

Tomás Luceño

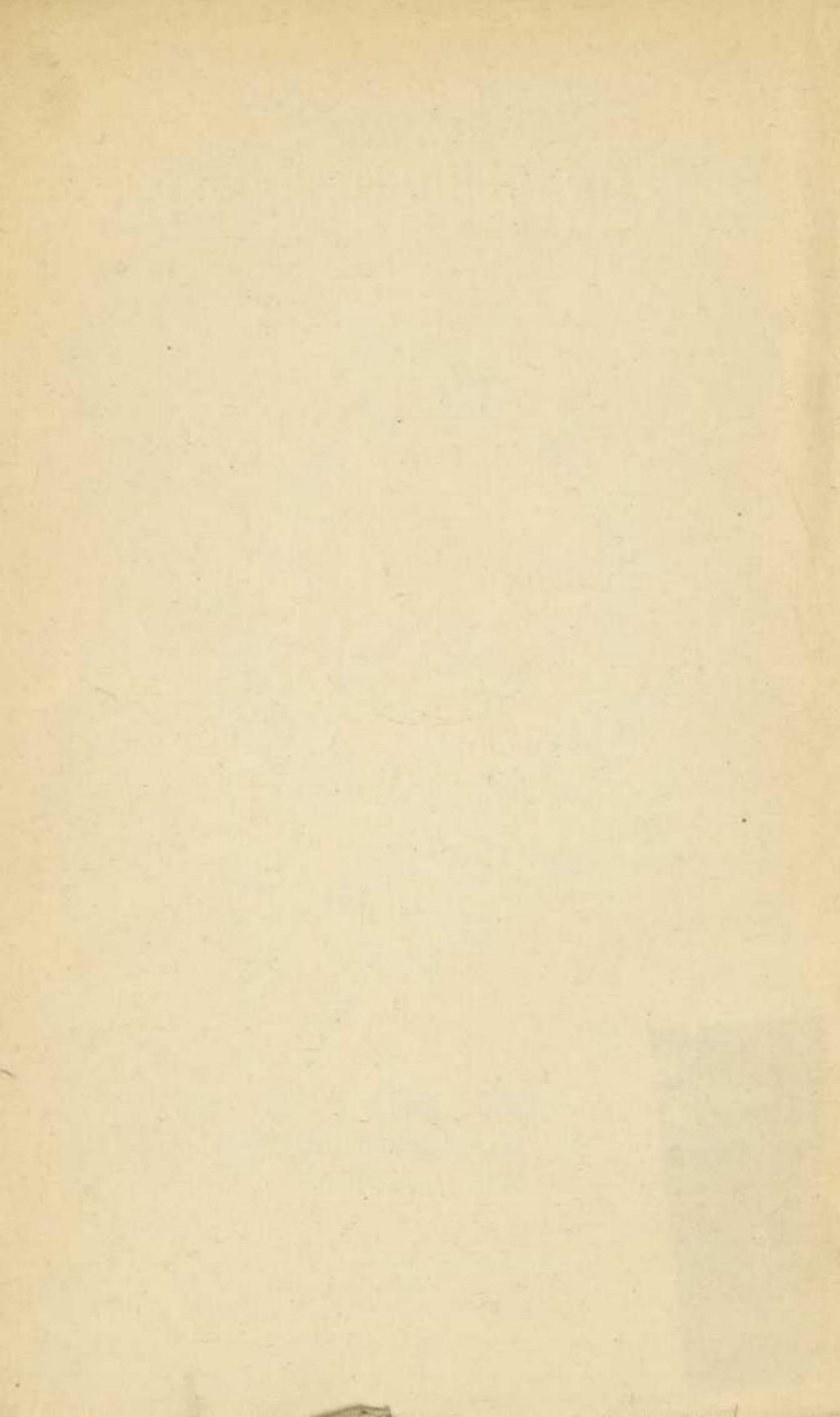
TEATRO ESCOGIDO

Ilustraciones de ANGEL LIZCANO



El corral de las Comedias - Cuadros al fresco - Ultramarinos-¡Amén! o el ilustre enfermo-Las Recomendaciones-Carranza y Compañía.

MADRID



TEATRO MODERNO

~~~~~  
VOLUMEN IV

117458

02

4406



# TEATRO MODERNO

---

EL CORRAL DE LAS COMEDIAS

CUADROS AL FRESCO.—ULTRAMARINOS

¡Amén! ó el ilustre enfermo.

LAS RECOMENDACIONES

CARRANZA Y COMPAÑÍA

POR

**TOMAS LUCEÑO**

CON UN PRÓLOGO DE

JACINTO OCTAVIO PICÓN

---

Ilustraciones de

ANGEL LIZCANO

FOTOGRAFADOS DE PÁEZ



Fondo bibliográfico  
Dionisio Ridruejo  
Biblioteca Pública de Soria

4406

MADRID

VIUDA DE HERNANDO Y COMPAÑÍA

Ferraz, 13, y Arenal, 11.

—  
1894



## PRÓLOGO

**Q**UARA dar idea de la personalidad literaria de Tomás Luceño, conviene decir cuatro palabras acerca de cómo el género á que pertenecen sus obras cayó en olvido, y de lo que él ha contribuído á que vuelva á disfrutar el favor del público.

El sainete es hermano gemelo del antiguo entremés, y guarda con él tan grande semejanza, que el Diccionario de la Academia casi no establece diversidad entre ambos, limitándose á consignar que son piezas dramáticas jocosas, en un acto, sin más diferencia que ponerse en escena el primero entre jornadas ó actos, y el segundo al terminar la representación de una obra seria. De su origen no hace falta que hablemos; todo el mundo sabe que constituyen una de nuestras más antiguas manifestaciones artísticas: respecto á su índole, nadie ignora que es acaso el género en que menos ha in-

fluido la imitación de lo extranjero, si es que ha influido algo. Lo que importa á nuestro propósito es probar que estuvo muy en boga, que sufrió un eclipse, y que ha vuelto á cultivarse y brillar, gracias, en cierto modo, á la iniciativa del modesto autor de quien estamos hablando.

Fray Martín Sarmiento, uno de los hombres que han trabajado más en reunir materiales para la historia crítica de nuestra literatura, escribía en 1763 al librero Francisco de Mena, y al acusarle recibo de unos entremeses, le decía entre otras cosas:

«El libro de los *don-aires*, esposo de las  
 »*doña-lluvias*, ha venido á pedir de boca,  
 »pues ya no tenía más entremeses que leer...  
 »Ya sabe vuestra merced que el título del  
 »catálogo de mis libros, manuscrito, dice:  
 »*Índice de los que me enfadan*. Puse el título  
 »por chiste y gracia: ahora ya le miro  
 »como título de justicia: después que me di  
 »á leer entremeses y donaires, vayan por la  
 »ventana y en día de lluvias toda la canalla  
 »de 6500 tomos que me ocupan los estan-  
 »tes, pues con ellos jamás pude saber *la*  
 »*verdadera lengua castellana hasta que lei*  
 »*entremeses.*» Y más adelante añade: «Así,

»no deje vuestra merced de juntarme todos  
 »los entremeses que tuviere...; pues el tiem-  
 »po ya no está para otro estudio que el de  
 »Demócrito, cuyos elementos son los entre-  
 »meses en puro castellano.»

Tal era la opinión de un sabio. La de los escritores de inferior cultura, pero más en contacto con el vulgo, está representada por los siguientes párrafos de un *diarista* de 1788, contemporáneo de Rita Luna y María Pulpillo: sus palabras demuestran que, á fuerza de costumbre, los cómicos habían llegado á sobresalir en el género: «El sainete de *La casa de vinos generosos* es muy bonito y ligero, pero su ejecución es aún mejor. Esta especie de comedias del género grosero, que puede reducirse á las *tabernarias* de los romanos, y que nosotros llamamos sainetes, no sólo se escriben bien entre nosotros, pero se ejecutan con una perfección y verdad imitativa tal, que poco ó nada tenemos que envidiar en este género á nación alguna.»

Calcúlese el efecto que producirían en el público los sainetes, cuando así pensaban y claramente lo decían gentes de tan opuesta clase social como un fraile estudioso y un

revistero del naciente periodismo. Lo cierto es que después de un drama como *Más pesa ser jueꝝ que hermano*, debía de saber á gloria *La comedia de Maravillas*, y á continuación de *La verdad aun entre persas, lauros y honores granjea*, sería un gran desquite oír *Las castañeras picadas*. No cabe duda de que las gentes discretas verían con verdadero placer que un solo género teatral, acaso el más humilde, bastaba para conservar y rejuvenecer el antiguo ingenio español, amenazado de muerte por los preceptistas á la francesa, que llamaban drama detestable á *La vida es sueño*, y disparatadas á las mejores comedias de Lope y de Moreto.

Pensando lógicamente, parece que don Ramón de la Cruz debió de formar escuela y tener imitadores, pero por desgracia le sucedió lo que á Goya: nadie supo ni quiso seguirle.

Al cabo de medio siglo, en la época romántica, algunos autores de verdadero mérito representaron sainetes, mas no hubo ningún escritor cómico notable que se dedicase á escribirlos; y de esta suerte, sin que ningún poeta conservase la tradición, llegamos hasta nuestros días.

En 1861 y 67, D. José Picón, el autor de la zarzuela *Pan y toros*, estrenó é imprimió dos *sainetes líricos* titulados *Un concierto casero* y *Los enemigos domésticos*, cuyas partituras escribieron respectivamente los maestros D. Cristobal Oudrid y D. Emilio Arrieta. Exceptuadas estas obras, el primer *sainete sin música* puesto en escena en la época presente, es *Cuadros al fresco*, de Tomás Luceño.

En 1870 estaba triunfante el género bufo: los amantes más ó menos ilustrados del arte serio ponían el grito en el cielo imaginando que *La bella Elena* y *Genoveva de Brabante* habían arrojado para siempre de la escena á las grandes figuras dramáticas de Lope y Calderón: autores, críticos y cómicos, discutían buscando remedio al mal, y entre tanto una sola empresa ganaba dinero: la de los *Bufos Arderius*. Por otra parte, los teatros de segundo orden, que por entonces comenzaban á explotar el sistema de las funciones por horas, se surtían casi exclusivamente de piezas en un acto, traducidas del francés, sin que á nadie se le ocurriese declarar guerra á este género de producciones, harto más funesto para nuestra cultu-

ra literaria, puesto que lo bufo había de ser una perturbación pasajera, y la costumbre de traducir podía echar, como echó, malas y hondas raíces.

Las tentativas que en aquella época se hicieron para distraer al público del género bufo, fueron varias; y una de ellas, acaso la más importante, consistió en la formación de una empresa de actores que arrendó el antiguo *Circo de Paul*, situado en la calle del Barquillo, frente al Ministerio de la Guerra, y previas algunas reformas, lo abrió con el nombre de *Teatro de Lope de Rueda*. La compañía estaba organizada de modo que cada actor de los principales había de dirigir durante un mes las obras que se estrenaran, para que así fuesen mejor apreciados su intervención en el negocio y su criterio artístico.

Llegado el mes en que había de quedar confiada la dirección á Emilio Mario, hallábase éste una tarde preparando su trabajo, cuando se le presentó Tomás Luceño, sin carta de recomendación ni tarjeta de nadie, diciéndole de buenas á primeras, al mismo tiempo que hacía ademán de sacar un manuscrito del bolsillo:

—He hecho *esto*, y' se lo traigo á usted, por si quiere representarlo.

—¿Y qué es eso? ¿Un drama? ¿Una piececita?

—No, señor; un sainete.

—¿Un sainete? repuso Mario, sin poder disimular la sorpresa. ¿Pero un sainete verdadero, á la antigua española?

—Sí, señor: bueno ó malo, no lo sé; probablemente malo, pero sainete desde donde comienza: *el teatro representa*, hasta donde acaba: *perdonad sus muchas faltas*.

—¿Cómo se titula?

—*Cuadros al fresco*.

—¿Y qué es eso?

—Madrid de madrugada...; lo que pasa por las calles á esas horas.

—Si fuera una piececita, no podríamos seguir hablando...: cuarenta tengo en los cajones de esa mesa...; pero un sainete... déjemelo usted.

Tomás Luceño entregó el original y se despidió aturdido de lo que llamaba su buena sombra, cuando no era en realidad sino la consecuencia de haberse fijado, por sus aficiones literarias, en un género injustamente olvidado, y que, en fuerza de ser

viejo, había de tener el encanto de la novedad.

Impaciente por oír la opinión de Mario, volvió al teatro transcurridos unos cuantos días. En el vestíbulo no había nadie: pasó adelante, entró en la platea, que estaba casi á oscuras; oyó rumor de voces hacia el fondo del escenario, donde ensayaban varios actores, y andando á tientas se sentó en una butaca de las últimas filas, resuelto á esperar. Poco á poco fueron acostumbrándose sus ojos á la falta de luz; vió moverse á mucha gente en la escena, pero como los actores hablaban á media voz, no entendió palabra de lo que decían. Entonces avanzó unas cuantas filas más de butacas, y los oyó clara y distintamente. Lo que estaban ensayando era *Cuadros al fresco*, su sainete; pero su sainete repartido á la Pepa Hijosa, Amalia Gutiérrez, Mario, Morales, Pizarroso, en fin, á lo mejor de la compañía.

La noche del estreno, el éxito fué completo: público y autores aplaudieron con verdadero entusiasmo á aquel joven desconocido que en pleno imperio bufo volvía por los fueros de la gracia española.

A la mañana siguiente, Tomás Luceño

salió temprano á la calle para ver su nombre puesto en los carteles y leer lo que dijeran los periódicos; mas como no hay en la vida dicha completa, el aprendiz de sainetero no pudo saborear aquellas consecuencias del triunfo que, dada su edad, habían de lisonjearle tanto como los aplausos de la víspera. Carteles y periódicos tenían su apellido equivocado: unos le llamaban *Ludeña*, otros *Cerceño*: en ninguna parte estaba bien escrito.

Desde entonces ha seguido haciendo sainetes, sin caer jamás en la tentación de escribir piezas de enredo, juguetes cómicos, revistas, ni otra clase de composición que no sea la misma que cultivó y á que debe su fama D. Ramón de la Cruz. Tal es, en lo que á esta constancia se refiere, su intransigente fidelidad, que hoy Tomás Luceño puede ser considerado como el mantenedor del antiguo entremés y el legitimista fanático del sainete, sin que haya querido nunca aceptar innovación ni alteración de ninguna clase; y vamos á tratar de probarlo.

Poco tiempo antes de que se estrenase *Cuadros al fresco*, se habían representado

algunas piezas en un acto de Ricardo de la Vega, como *Frasquito* y *El perro del capitán*, en que figuraban tipos de tal intensidad cómica, que fácilmente dejaban adivinar el ingenio y el estilo de un sainetero de extraordinarias facultades. *La canción de la Lola*, *Los baños del Manzanares*, *Providencias judiciales*, y cuanto Vega siguió estrenando, confirmaron aquella esperanza: *La canción de la Lola* parecía la segunda parte de *La casa de Tócame-Roque*, y su autor un segundo D. Ramón de la Cruz, pero no con casaca chupetín y calzón corto, sino enteramente modernizado. El nuevo sainetero, á pesar de sus instintos profundamente reaccionarios, era un reformista, un innovador.

El entremés y el sainete fueron siempre pintura de tipos cómicos, sueltos, desperdigados, sin lazo de unión, y Vega comenzó á presentarlos relacionados entre sí, como intérpretes de un asunto ó sombra de asunto, añadiendo de este modo á la verdad de las figuras el interés que la acción inspira, por sencilla que sea. Luceño no transige con esto, y aferrado á la tradición, sigue escribiendo sainetes conforme al patrón

antiguo, clásico, si así puede decirse. Se fija en un medio social, en una clase determinada, en una costumbre ó una diversión; escoge los tipos convenientes á su objeto, y los presenta, dibujándolos de una vez, casi aisladamente, sin más unión ni más enlace que su comunidad de origen y las afinidades hijas de su índole.

Gente que madruga ó trasnocha, en *Cuadros al fresco*; miedosos y pillos que quieren librarse de quintas, en *Juicio de exenciones*; tenderos de poco pelo y parroquianos de menos dinero, en *Ultramarinos*; fanáticos por la lotería y los toros, en *¡Hoy sale, hoy!* y *Fiesta nacional*; aduladores y lamerones políticos en *Amén, ó el ilustre enfermo*; cómicos de café en *El teatro moderno* y *A perro chico*; tramposos y cursis en *Carranza y Compañía*, y apasionados de la flamenquería y la juerga, en *Los lunes del Imparcial*: tales son algunos de los tipos que ha trazado con pocos y fieles rasgos, muchos de ellos de mano maestra, prestándoles el lenguaje que realmente usan y teniendo siempre un tacto exquisito y una habilidad extraordinaria para que aun los más ruines desarrapados y bajos salgan de

sus manos tolerables y puedan pisar la escena sin perder originalidad ni carácter; labor mucho más difícil de lo que á primera vista parece, pues dados tales elementos, le es preciso á veces trazar un cuadro artístico limpio y agradable, con figuras repulsivas al buen gusto y contrarias á todo sentimiento de lo bello.

Sainete... sainetón... dicen los tontos en tono despreciativo al salir del teatro, después de haberse reído mucho; y sin embargo, tan raro es hallar quien los haga buenos, que en nuestro rico teatro nacional se cuentan por docenas las comedias excelentes, y son pocos los sainetes de verdadero mérito.

Es el sainete un género literario que consiste en abultar verdades, en acentuar rasgos cómicos, y que no puede apartarse de la realidad ni excederse en la exageración: el sainetero participa del fotógrafo y del caricaturista, retrata desfigurando, y tiene que conservar el parecido; el resultado de su trabajo ha de ser análogo á las imágenes reproducidas por esos espejos ondulados que reflejan los rostros alterando las líneas, pero conservándolas todas. Si alguna forma

dramática exige disposición natural, aptitud ingénita, es el sainete: hace falta poseer un tino particular y delicadísimo para sacar á escena el espectáculo de la imbecilidad humana y las heces de la vida social de modo que traigan la risa á los labios, en vez de causar repugnancia y hastío; y luego de lograrlo, la duración del trabajo no corresponde al esfuerzo que ha costado ni al esmero que ha exigido. Un público compuesto de artistas, no se cansaría nunca de cuanto pudiese contribuir al estudio de las costumbres pasadas; consideraría como un verdadero agasajo el famoso entremés de *la Perendenga*, de que habla Cervantes, y el de *El alcalde de Navalpuerco*, citado por Covarrubias; pero el vulgo, atento sólo á lo presente, ni se cuida de lo porvenir, ni le importa lo pasado: al cabo de unas cuantas generaciones, ni siquiera lo entiende.

La mayor parte de los sainetes de D. Ramón de la Cruz, que serán siempre delicia de literatos, no impresionan de igual modo al público, que desconoce los tipos, la vida, las instituciones, las modas y las preocupaciones de antaño. El tiempo, que todo lo modifica, cuando no lo destruye, hace que

la parodia, la caricatura y la sátira más oportunas y mejor fundadas en un momento dado, pierdan interés al cabo de unos cuantos años: la frase llena de gracia, el ingenio mas vivo, inspirados por la actualidad, son flor de un día.

El amigo que tuvieron por gracioso nuestros padres, no logra arrancarnos una sonrisa, y lo que hoy nos hace reir á carcajadas, será indescifrable mañana para nuestros hijos; porque no habiendo en el mundo cosa que no sea pasajera y mudable, no puede ser permanente y continuo el efecto de la sátira cuando no tiene por base lo más íntimo y profundo de la naturaleza humana. Del mismo modo que la maja se transformó en manola, y la manola en chula, el pisaverde en lechuguino, y éste primero en silbante y luego en sietemesino y gomoso, hay aspectos, fases enteras de la vida social que, al variar, avejentan los cuadros literarios que los reflejan, dejando pálidos y fuera de juego los sainetes mejor pensados. Hasta las modificaciones que el uso introduce en el lenguaje, contribuyen á ello: ¿quién desentraña hoy, en su totalidad, el sentido y la picardía de los entremeses de

Quiñones de Benavente, ni aun los del mismo Cervantes? Nadie: como nadie comprenderá, de aquí á cien años, ciertas alusiones políticas y ciertas libertades del lenguaje que hoy empleamos. ¿En qué Diccionario irán á buscar los eruditos lo que significa «aguantar la lata,» «dar el timo» y «ser un panoli?»

Tales son la naturaleza, caracteres é inconvenientes del género á que Tomás Luceño se dedicó cuando nadie pensaba en cultivarlo, y en el cual ha sobresalido, obstinándose en conservarle su antiguo molde y su forma primitiva.

Del mérito de los sainetes reunidos en este volumen, juzgará el lector; y seguramente su fallo coincidirá con el del público que los ha visto representar aplaudiéndolos mucho y llenando los teatros de Variedades, Lara y la Comedia.

Quien conozca, aunque sea superficialmente, la vida de Madrid, la verá retratada y puesta en ridículo en estas páginas. Las escenas pintadas por Luceño son, en lo esencial y característico, profundamente reales: traslada, no inventa; copia, no miente. Los tipos parecen en su mayoría arranca-

dos á la calle, á la tienda, al café, al portal, al corredor de la casa de vecindad y á los puestos de los mercados. En sus diálogos palpita ese ingenio madrileño mordaz, insolente, despreciativo, burlón y descreído que para hacer gracia altera la índole de las ideas, trunca el sentido de las frases, varía el significado de las palabras y juega con la estructura del idioma, esgrimiéndolo como un látigo. Mas esta gracia descarada y procaz del pueblo de Madrid está en Luceño atenuada por el buen gusto y el respeto al público: al pasar por los puntos de su pluma, la desvergüenza pierde de su intensidad lo necesario, lo preciso para que pueda tolerarse en el teatro: los instintos del manolo, propios de todo escritor madrileño, quedan en él purificados por la delicadeza personal y la cultura literaria.

Y ahora, dejando á un lado al literato, en lo que al hombre se refiere, forzoso es repetir aquí, á propósito de Luceño, lo que dijimos en el primer tomo de esta colección respecto de Miguel Ramos Carrión. Si estos volúmenes hubieran de venderse sólo en Madrid, no habría necesidad de decir quién es, porque no hay círculo de escritores ni

reunión de aficionados donde no se celebren sus frases, periódico que no publique algo suyo, saloncillo de teatro donde su ingenio no sea elemento de conversación, empresa que no le busque, ni noche de estreno en que no se le vea aplaudir al compañero.

Su porte grave, casi severo; sus largas patillas, que le dan aspecto de banquero injerto en capitán de navío; su fisonomía poco móvil, su modo de hablar calmoso y reposado, dejando caer despacio las palabras, como pesadas antes que dichas; toda su persona, al parecer reflejo de un carácter frío y flemático, forman contraste con la viveza de su entendimiento y la espontaneidad de su gracia. Sentado en el cuarto de un cómico ó paseando en el vestíbulo de un teatro, pudiera tomársele por un señor grave y ceremonioso, obligado á pisar de mala gana sitios reñidos con sus inclinaciones y costumbres: pero en cuanto despliega los labios, la impresión que produce varía por completo. No alardea de chistoso; mas por mucho ingenio que tengan los que le rodean, siempre dice lo que á nadie se le ocurre, sacando partido lo mismo de las flaquezas

humanas que de las imperfecciones ó irregularidades del idioma, con tan rara originalidad, que sus frases corren luego de boca en boca, tomando por derecho propio carta de ciudadanía en el lenguaje pintoresco que emplea la gente de bastidores. Habla poco, no murmura ni maldice de nadie, sus censuras no lastiman, sus burlas no hieren, sus críticas no mortifican, y dice cuanto quiere sin que sus dichos tomen ese dejo amargo que en otros hombres parece vaho de malas pasiones removidas.

Si como hombre es Luceño dechado de amigos y espejo de compañeros, para clasificarle como autor cómico, basta decir que figura en primera fila á la cabeza de nuestros mejores saineteros, en unión del admirable Ricardo de la Vega y del cultísimo Javier de Burgos. Vega es el reformador del género; Burgos el cronista de la burguesía cursi; Luceño el tradicionalista del sainete.

Y basta de prólogo: ahora, lector, vuelve la hoja, empieza á deleitarte con esos saladísimos cuadros de costumbres, y pronto te convencerás de que Tomás Luceño es, por la originalidad de su gracia y lo castizo de

su ingenio, uno de los autores que más han contribuído á la renovación y prosperidad del sainete.

*Quinto Octavio Pedro*

Madrid, Agosto de 1894.

## ADVERTENCIA

---

Por un error involuntario, se ha estampado *juguete* por *sainete* en el titulado *Cuadros al fresco*, segundo de este volumen.

# EL CORRAL DE LAS COMEDIAS

SAINETE ORIGINAL Y EN VERSO

DE

TOMÁS LUCEÑO

Escrito expresamente para la inauguración del Teatro de la Princesa

— 15 de Octubre de 1885 —

# REPARTO

## PERSONAJES

DOÑA ALDONZA.....  
MARÍA CHAVES (cómica de sesenta años de edad).....  
MARQUESITA.....  
LUCÍA.....  
MORATÍN.....  
DON RAMON DE LA CRUZ.....  
DON LUCIANO COMELLA (poeta).  
DON CRISTOBAL CLADERA (abate).  
DON ANTONIO.....  
NARCISO.....  
NICOLÁS (cómico).....  
MARTÍNEZ (ídem).....  
DON JUAN DE LA CONCHA (poeta).  
CORREGIDOR.....  
AGAPITO.....  
ADONIS (alguacil).....  
HOMBRE 1.º.....  
UN ALGUACIL (no habla).....

## ACTORES

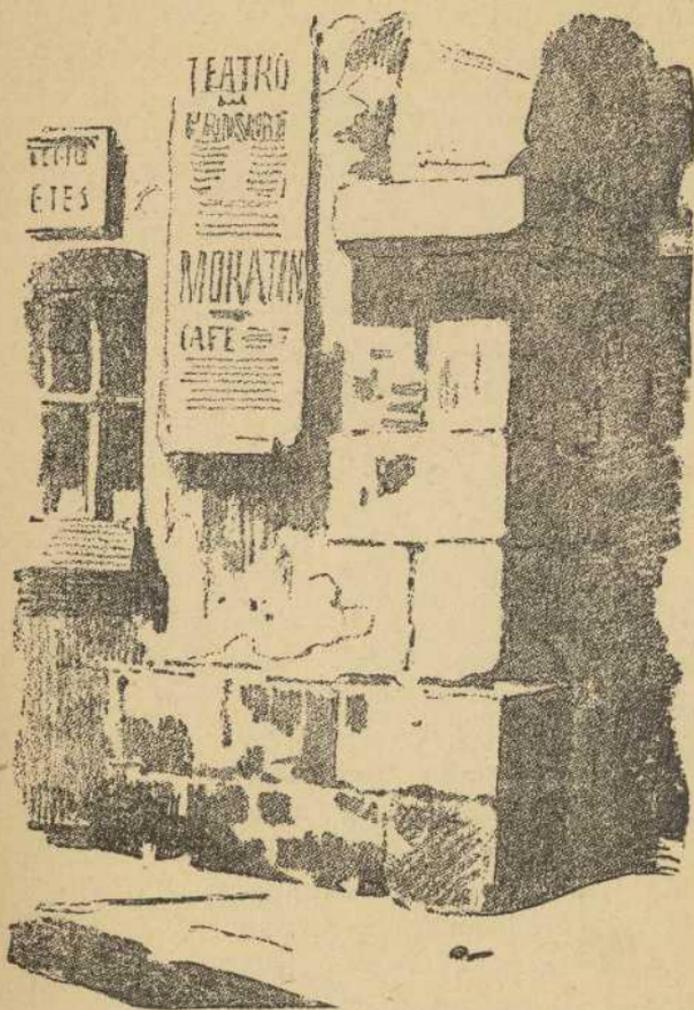
SRAS. LOMBÍA.  
  
ZAPATERO.  
STAS. MARTÍNEZ.  
MORALES.  
SRES. CEPILLO.  
AGUIRRE.  
SANCHEZ DE LEÓN.  
ROSELL.  
COMPTE.  
MARTÍNEZ.  
MENDIGUCHÍA.  
GUZMAN.  
MUZAS.  
DELGADO.  
VEGA.  
LA HOZ.  
N. N.  
N. N.

## PETIMETRES, PETIMETRAS Y GENTE DEL PUEBLO

La escena en Madrid, 7 de Febrero de 1792.

Empieza la acción á las dos y media de la tarde y termina á las seis.

## ACTO ÚNICO



Fachada principal del Teatro del Príncipe en 1792. A cada lado de la puerta principal una ventanilla pequeña con un letrero en la parte

alta de las dos: en el de la derecha, dice: *Despacho de billetes de hombres*, y en la otra: *Despacho de billetes de mujeres*. En sitio oportuno un pequeño cartel anunciando *La comedia nueva ó el Café, de Moratín, por la compañía de Rivera; Sainete de Cruz y Baile, Seguidillas del ole*. En la puerta del Teatro no hay más que un hombre del pueblo recogiendo las entradas que le entregan los espectadores al entrar.

## ESCENA PRIMERA

NICOLAS, de cómico pobre.

NICO.

¡Siempre corriendo! No sé cómo el diablo me la enreda, que no empiezo á comer nunca menos de las doce y media; y por más que me propongo dejar de dormir la siesta, en cuanto acabo, comienzo á sentir una pereza que, si no duermo una hora, vamos... soy un hombre á tierra. Me levanto, y mi costumbre es ir á dar una vuelta para oír lo que en las Gradas de San Felipe se cuenta. De esta manera me informo de todas las ocurrencias que han sucedido en España y en las Cortes extranjeras, porque allí se sabe todo con tal verdad y certeza, que pensando lo contrario de lo que la gente aquella refiere, me entero al punto

de cuanto pasa en la tierra.  
Así vengo echando el bofe  
á cumplir con mi tarea;  
porque ya habrán comprendido



al ver mi facha y mi fecha,  
que soy cómico de oficio,  
que á mi pobre faltriquera  
le faltan siempre ocho reales

para tener dos pesetas,  
y que tengo obligación  
de vender, si hay quien los quiera,  
asientos de barandilla,  
gradas, palcos y lunetas,  
y que muchas tardes hago  
un papel en la Comedia.  
Si por desventura silban  
la que esta tarde se estrena,  
por más que es de Moratín,  
que sabe lo que se pesca,  
se acaba la compañía  
y comienza la miseria,  
no teniendo otro remedio,  
por más que me cause pena,  
que colocarme un anuncio,  
que diga en letras muy gruesas:  
“Aquí se alquila un estómago  
con asistencia ó sin ella.”  
Vamos al despacho. ¡Apolo,  
ten de nosotros clemencial  
¡Si consigues que hoy aplaudan  
de Moratín la Comedia,  
te regalo dos asientos  
para que bajas á verla!

## ESCENA II

**MARIA CHAVES**, vestida con elegancia exagerada y cursi; **LUCIA y MARTINEZ**.

**MART.** Yo no vuelvo con vosotras  
á ninguna parte ¡ea!

En peinaros solamente  
tardáis tres horas y media.  
MARÍA. De mí, en rigor, te aseguro  
que no puedes tener queja.  
Mujer que menos se arregle  
que yo, no la hay en la tierra,  
pues siempre salgo á la calle  
como estoy en casa.

LUCÍA. Apenas  
he hecho esperar: habéis ido  
á casa á las once y media,



y á las dos y diez minutos  
ya me teníais compuesta.  
Hoy es día de venir  
al teatro de etiqueta.  
Como que se hace una obra

- del mejor de los poetas,  
según él mismo asegura,  
aunque no haya quien lo crea.
- MARÍA. Pensar que hoy á don Leandro  
de Moratín y otras hierbas,  
van á arrimarle una silba  
descomunal y estupenda,  
es una satisfacción  
para mí, de las primeras.
- MART. ¡Qué pensamientos tan ruines,  
mujer! Y si la comedia,  
como puede fácilmente  
suceder, está bien hecha  
y merece aplauso, ¿á qué  
esa intención tan perversa?  
Ya ves, yo soy director  
del otro Corral, y fuera  
muy razonable querer  
que silbaran la comedia.  
Pero si el hombre, en efecto,  
vale, y el arte prospera,  
todos á la vez ganamos.
- MARÍA. ¡Manuel, no digas simplezas!  
No puede tener talento...  
y voy á darte una prueba.  
Cuando llevó á tu teatro  
su detestable comedia  
*El viejo y la niña*, y quise  
hacer yo, por ser mi cuerda,  
la dama joven, me dijo  
manifestando sorpresa:  
¿Cómo pretende usted hacer

un papel que representa  
una niña candorosa,  
inocente, pura y bella  
de quince años? Eso es  
bien claro llamarme vieja.  
Y el hombre que me calumnia  
de tan inicua manera,  
no puede tener ni chispa  
de talento en su cabeza.  
¡Ofenderme á mí, á una cómica  
de mi nombre y de mis prendas;  
á mí, á María Chaves  
*la Zoronguita!* En Vallecas,  
por mi gusto, habían de oirse  
los silbidos que le esperan.

LUCÍA.

Mi padre, que es el mejor  
de todos nuestros poetas  
(y yo lo sé porque él mismo  
me lo dice con frecuencia),  
sostiene que Moratín  
es muy duro de mollera;  
como que tarda dos años  
en hacer una comedia;  
y mi padre en cuatro noches  
compone cinco tragedias.  
Anoche, sin ir más lejos,  
estaba el pobre de vena,  
¡y si no es por mí concluye  
dos óperas de las serias!

MART.

LUCÍA.

¡Por tu culpa! ¿Pues qué hiciste?  
Es en él costumbre añeja  
dictarme desde la cama;

apaga la luz y cierra  
los ojos; yo en la otra alcoba  
coloco tintero y mesa,  
y escribo lo que me dice...  
y corrijo alguna escena. (Con petulancia.)

A la una empezó á dictarme,  
y á eso de las cinco y media,  
me preguntó: ¿dónde vamos?  
Yo dije: donde usted quiera,  
pues me he quedado dormida  
y no he escrito ni una letra.  
¡Si no me encierro en mi cuarto,  
no me atiza mala felpa!

MART.

¡Pues, mira, razón tenía!  
¡La partida es de las buenas!  
Yo no niego que es tu padre,  
el buen Luciano Comella,  
una notabilidad  
en las artes y en las ciencias;  
conforme digo una cosa  
digo otra.

MARÍA.

¿Y en las lenguas?  
Sobre todo el italiano,  
no hay quien como él lo posea.

LUCÍA.

¡En el idioma del *Diantre*  
no cede el puesto á cualquiera!  
(Entran en el Teatro.)

### ESCENA III

DONA ALDONZA, EL CORREGIDOR, ADONIS, de alguacil, y  
Alguacil 2.º Aquel muy feo, con semblante de idiota.

ALD. Corregidor, yo supongo  
que en la tarde que te espera



darás de tu discreción  
y talento clara muestra.

Hoy habrá toros y cañas  
en el coliseo; gresca,  
silbidos, voces, insultos,



provocaciones, pendencias,  
y todos aquellos medios  
que el vulgo soez emplea,

siempre que aparece un genio  
que se opone á sus tendencias.  
Los chorizos y polacos  
tienen la lucha dispuesta,  
unos en favor, y otros  
en contra de la comedia  
de Moratín. Con que á ver  
cómo te portas. Es fuerza  
que para que el rey don Carlos  
(El Corregidor y Adonis se quitan el sombrero.)  
que sabiamente gobierna  
el reino, vea que tú  
tienes valor y entereza,  
llevés por lo menos hoy  
á la cárcel ciento treinta.

CORREG. Sabes que cuando presido  
el Corral de las Comedias,  
hay orden, pues no me aparto  
del plan que tú me aconsejas.  
Tus principios y virtudes,  
y otra infinidad de prendas  
que te adornan, son mi guía  
en el cargo que á la excelsa  
bondad de don Carlos cuarto  
(que Dios conserve y proteja),  
(Vuelven á descubrirse el Corregidor y Adonis.),  
he merecido hace tiempo,  
por más que yo indigno sea  
de tal honra...

ALD. ¡Indigno, no!  
que el que unido á mí se encuentra  
en matrimonio, no es mucho

que por tal razón merezca  
los puestos más elevados  
de la nación. Considera  
que yo soy, como no ignoras,  
legítima *descendiente*  
de la casa de Quirós,  
después de Dios, la primera.  
Tanto, que en Semana Santa,  
juzgo, con razón completa,  
que, muerto Dios, como está  
vacante su trono, es fuerza  
que á mi casa corresponda  
el mando de cielo y tierra.

CORREG.

¡No lo dudo!

ALD.

¡A ver, Adonis!

(Adonis se aproxima y va echando en los pañuelos, que sucesivamente le presenta doña Aldonza, las esencias que ésta indica.)

Echa aquí un poco de esencia  
de clavel. Aquí, de rosa,  
y en éste un poco de menta.  
No te apartes de mi lado  
por lo que ocurrir pudiera.

(Aparte.) ¡Qué guapo es! ¡Me enamora  
su semblante y su presencal

CORREG.

A Juan, que no se menee  
con el coche.

ALD.

¡Espera... espera!

(Deteniendo á Adonis, que ha intentado marcharse.)

(Al Corregidor.) Se me ha olvidado decirte  
que he dispuesto que se vuelva  
para asistir al entierro

del conde de Hierbabuena.  
Ya que tú no puedas ir  
por tus urgentes tareas,  
que al menos te representen  
el cochero y las dos yeguas.  
Es lo mismo.

CORREG.

Ciertamente:

¡ellos suplen mi presencia!  
¡Corregidora, mi brazo,  
que ya la hora se acercal  
(A Adonis.) Con que, á prender; cuantos más  
cojáis, mayor recompensa.  
Quiero que haya en el teatro  
más silencio que en la iglesia.  
(Entran en el coliseo. El hombre que está á la puerta  
hace una profunda reverencia.)

#### ESCENA IV

DON CRISTOBAL, de abate, DON LUCIANO COMELLA y JUAN  
DE LA CONCHA.

CRIST.

Moratín es un babieca:  
¡si no sabe ni la *a*!  
Lo diré todo: ayer tarde  
me aseguró don Cleofás  
en casa de la marquesa  
viuda de Madagascar,  
que es traducción su comedia  
de un drama antiguo alemán.

COMELLA.

¡Sí, traducción!

CONCHA.

¡Traducción!

COMELLA. Si él no tiene habilidad,  
si él no sabe, si él no ha sido  
de nuestro corro jamás,  
ni nunca nos ha traído  
sus obras á examinar.

CRIST. Si yo quisiera decir



lo que... pero bueno está.  
COMELLA. ¡Oigal ¿Pues qué ha sido? Vaya,  
díganos usted...

CRIST.

No tal.

No. Yo le estimo y no quiero  
que por mí le falte el pan.  
Yo soy muy sensible. Soy  
filósofo y tengo ya  
escritos catorce tomos  
que tratan de humanidad,  
beneficencia... Si ustedes  
me prometieran callar...  
(Le rodean todos con mucho misterio.)

CONCHA.

Hable: un secreto entre tres  
es muy fácil de guardar.

CRIST.

Pues bien... Señores, el caso  
es que ese cisne inmortal,  
imprime lo que no es suyo,  
todo es hurtado y... ¡qué más!  
sus comedias celebradas  
que tanta guerra nos dan,  
son obras de un religioso  
de aquí, de la Soledad.  
Dióselas para leerlas  
(nunca el fraile hiciera tal),  
no se las quiso volver,  
murióse el fraile, y andar...

COMELLA.

Lo que yo no le perdono  
y no olvidaré jamás  
es que ha llegado á creerse  
(¡si no lo quiero pensar!)  
¡que es superior su talento  
al mío!

TODOS.

¡Qué atrocidad! (Con asombro cómico.)

CRIST.

¿Pero eso es cierto?

COMELLA.

¡Certísimo!

Decid: ¿cuándo llegará  
á escribir una comedia  
con un argumento igual  
á aquella que yo compuse,  
*La defensa de Milán,*  
ó por otro nombre: *Siempre*  
*es heroico y leal*  
*contra su sangre y su raza*  
*por la patria pelear.*

CRIST.

¿Pues dónde me deja usted  
mi tragedia de años ha?  
El título solamente,  
hace á un poeta inmortal:  
*La mujer más penitente*  
*espanto de caridad;*  
*la hermana más venerable*  
*de la Iglesia universal,*  
*correspondiente á la orden*  
*tercera de San Froilán,*  
*hija de humildes pastores,*  
*pero ejemplo de piedad,*  
*perseguida de magnates*  
*y nacida en Alcalá.*

¿Se acuerda usted como acaba?

COMELLA.

¡No me tengo de acordar!

CRIST.

Bajando desde los cielos  
en nubes de oro y cristal  
la santa. Y cuando se encuentra  
del espacio á la mitad,  
entona en voz muy suave  
la seguidilla final

pidiendo perdón y aplauso  
por tanta barbaridad.  
(Movimiento de extrañeza en los otros dos.)

Me he equivocado, señores.  
¡Por tanta incomodidad!...

CONCHA. ¿Y á mí en el género cómico  
hay quien me pueda igualar?  
Ayer acabé una pieza  
que se denominará:

*Los toros salamanquinos  
son muy malos de lidiar.*

Sale la plaza y se corren  
seis..., pero seis de verdad.

El asunto es de primera,  
y como llegue á gustar  
la tal obrita, es seguro  
que muchos me imitarán.

COMELLA. En fin, que somos los tres  
personas de calidad,  
y que tenemos derecho  
indudable á murmurar  
de Moratín: ¡pues nos sobra  
mérito y autoridad!

CRIST. Yo he pagado cien personas,  
cuya misión es gritar  
desde la primera escena  
hasta después del final.

COMELLA. Perfectamente, me alegro:  
la cuestión es evitar  
que la comedia se acabe,  
y hacer que la autoridad  
ponga mano en el asunto;

y viendo que el principal autor de ello es Moratín, le prenda, y sin más ni más, le destierre á lo más lejos de España... á Ciudad Real, que para volver de allí trabajo le ha de costar.  
(Se oyen aplausos en el teatro.)

CONCHA. ¿Qué ruido es ése? Escuchemos.  
(Se aproximan los tres á la puerta del teatro y escuchan con gran curiosidad.)

COMELLA. Oigamos. ¡Qué atrocidad!

CRIST. ¿Eso es que aplauden, muchacho?

HOMB. I.º (Con ironía.) ¡Con las manos nada más!

CRIST. ¡Imposible, á no estar locos!

CONCHA. Entremos.

HOMB. I.º Se acabó ya  
el primer acto.

CRIST. ¡Aún es tiempo;  
en el segundo caerá! (Éntranse.)

## ESCENA V

AGAPITO, humildemente vestido.

AGAP. Ya se acabó el primer acto,  
y voy corriendo á la celda  
del padre Estala, que allí  
sé que don Leandro espera  
que le lleven la noticia  
de si gusta su comedia.  
Le voy á dar un abrazo,

un beso, un tirón de orejas,  
porque no he visto en mi vida  
una cosa más perfecta.  
¡Qué don Hermógenes! ¡Vamos,  
si hace reir á las piedras  
con aquellos latinajos  
que á cada momento suelta.  
Don Eleuterio, no hay duda,  
es don Luciano Comella,  
con sus dramas terroríficos  
y espeluznantes tragedias.  
¿Y el tal don Pedro? ¡Qué hombre,  
con qué talento se expresa!  
Y aquel infeliz mancebo,  
mozo del café. . ¡Qué acémil!  
¿Pues no dice que él también  
querría escribir tragedias?  
¡Qué zopenco! Y vaya un nombre,  
Pipí-Pipí. ¡Qué rareza!  
Ese nombre no es cristiano.  
(Reflexionando un momento.)  
Pues, señor, vamos á cuentas,  
que puede ser... ¡Yo me llamo  
Agapito! La comedia  
se supone en un café,  
y, según todas las señas,  
es el de San Sebastián,  
donde yo sirvo. (Alarmado.) ¡Canela!  
Ahora recuerdo que siempre  
que don Leandro allí entra,  
me dice, Agapipi, buenas  
te las dé Dios. Nunca emplea

para llamarme mi nombre,  
como Cristo nos enseña.  
Luego es decir, que Pipí,  
¡aquel sandio, aquel babcica,  
soy yo! Eso no está bien;  
una broma así es muy seria.  
Voy á decirle ahora mismo  
que quite de la comedia  
ese personaje, y que  
todo el público celebra  
su obra; pero le enfada,  
y contra ello protesta,  
que se burle de un sujeto  
de tan estimables prendas.  
(Vase por la derecha.)

## ESCENA VI

DON CRISTOBAL, COMELLA y JUAN DE LA CONCHA

- CRIST.** Esto ya no puede ser.  
**CONCHA.** Para esto ya no hay paciencia.  
**COMELLA.** Aplauden el primer acto,  
que no vale una peseta,  
y al hacer la tonadilla,  
que en su género es perfecta,  
como escrita por nosotros  
y mi hija, se arma gresca,  
y de los palcos y gradas,  
del patio y de la cazuela,  
gritan como descosidos,  
y silban que se las pelan.

- CRIST. Envidia. Conspiración  
de Moratín. ¡Nos detesta!  
Señores, una pregunta:  
¿Somos ó no buenos poetas?  
¿Tenemos ó no talento?
- COMELLA. ¡Muchísimo! ¿Quién lo niega?
- CRIST. Pues á realizar el último  
esfuerzo; que aún nos queda  
el acto segundo. En él  
lograremos que perezcan,  
hundiéndolos para siempre,  
Moratín y su comedia.  
Recorramos velozmente,  
ya que nos coge tan cerca  
las Gradadas de San Felipe,  
la Fontana y Covachuela,  
y traigámonos de allí,  
con halagos y promesas,  
cuanta gente se halle á mano,  
con la condición expresa  
de que hoy en el teatro  
armen la marimorena.
- COMELLA. ¡Aprobado!
- CONCHA. Es excelente,  
y como de usted la idea.
- COMELLA. Si hay que dar dinero, eso  
correrá de vuestra cuenta.
- CRIST. Usted lo paga, no es cosa  
de cumplidos la materia. (Vanse deprisa.)

ESCENA VII

MORATÍN y AGAPITO

- MORAT.     ¿Conque dices, Agapito,  
que la obra va gustando?
- AGAP.     Sí, señor; y ha habido vivas,  
elogios y mucho aplauso;  
y siempre que los chorizos  
querían armar escándalo,  
con protestas sofocaban  
sus gritos desaforados.  
La aprobación es completa.
- MORAT.     Bien sabe Dios que trabajo  
por ennoblecer el arte,  
lleno de fe y entusiasmo;  
y si algún día consigo  
que se levante el teatro  
de la postración en que  
Comella y sus partidarios  
le tienen, no habrá en el mundo  
hombre más afortunado  
que yo.
- AGAP.             Señor Moratín,  
le voy á ser á usted franco;  
hay solamente una cosa  
que creo que no ha gustado.
- MORAT.     Dime cuál es, y te ofrezco  
que he de quitarla en el acto,  
pues del público los juicios  
los respeto y los acato.

- AGAP.** Me refiero al personaje  
de Pipí... pues todo el patio  
ha comprendido al instante  
que soy yo, y como es tan bárbaro  
y dice tantas sandeces,  
y yo soy más ilustrado,  
el público ha comprendido  
que está mal hecho el retrato.  
Quite usted ese personaje,  
y apuesto diez contra cuatro  
á que así queda su obra  
un trabajillo acabado.
- MORAT.** ¡Pobre Pipí! No te ofendas  
y entremos, que ansío tanto  
ver el término dichoso,  
ó tal vez el desgraciado  
de mi obra, que no me deja  
respirar el sobresalto.
- AGAP.** Vamos allá, que muy pronto  
concluirá el segundo acto... (Yéndose.)  
Pero, no le dé usted vueltas,  
ese personaje es falso. (Entran en el teatro.)

### ESCENA VIII

**LA MARQUESITA**, del brazo de **NARCISO**, ambos muy petimetres y  
compuestos y **DON ANTONIO**, bien vestido.

- NARC.** Te digo que estoy en brasas  
y abochornado, Marquesa.  
¡Pedro Romero... el espada  
más famoso de la tierra,

hallarse postrado en cama  
hace ya semana y media,  
y aún no haberle visitado!...  
¡Vamos, es una vergüenza!



**MARQ.** Tú no le has faltado en nada,  
pues yo he suplido tu ausencia,  
estando por tarde y noche  
sentada á su cabecera,

dándole las medicinas,  
consolando su tristeza  
y leyéndole á raitos,  
á fin de que se durmiera,  
la historia de Carlos quinto  
en latín.

**NARC.**

Bueno; pero esa  
caridad y buen cuidado  
por tu parte, no compensan  
el placer que al gran torero  
le he de dar con mi presencia.  
Luego, el diablo del Obispo,  
mi tío, me tuvo en Cuenca  
ocupado en sus negocios  
más de lo que yo quisiera;  
pero al saber la catástrofe,  
busqué un coche de colleras,  
me puso al punto en camino,  
y en jornadas de tres leguas  
sin detenerme á comer,  
ni á cenar, ni á dormir siesta,  
con la rapidez del rayo  
en dos semanas y media  
me puse en Madrid. ¡Ya ves  
cuál sería mi impaciencia!

**D. ANT.**

Señores, yo también soy  
aficionado á las fiestas  
de toros, y de Romero  
soy un amigo de veras;  
pero esta tarde no puedo...  
vengo á ver una comedia  
que, según lo que se dice,



qué elegancia en las piruetas!  
Chico, no me da rubor;  
lo confieso sin vergüenza:  
no sabré si "hacer," se escribe  
con h...

MARQ.

¡Hombre, sin ella!

NARC.

Bueno: por eso te digo  
que lo ignoro, y no me pesa.  
Yo no sabré matemáticas,  
yo no entenderé de letras,  
que sólo sirven de estorbo  
y dan dolor de cabeza;  
pero á bailar minuets,  
á poner juegos de prendas  
y tener siempre al dedillo  
con exactitud perfecta  
el curso fiel de las modas  
nacionales y extranjeras,  
te aseguro que, sin miedo,  
se las apuesto á cualquiera.

D. ANT.

(Voy á divertirme un rato  
á costa de esta pareja.)  
Vamos, me doy por vencido  
y me confieso un babieca.  
Pero no acompaño á ustedes  
á esa visita funesta  
porque... (Afligiéndose por grados, pero cómicamente.)

¡Si no puedo hablar,  
si me embaraza la pena!...  
El ilustre enfermo... ¡Oh cielos!  
¡Es muy fácil que ya sea  
espíritu que á este mundo

- pérfido no pertenezcal  
NARC. (Horrorizado.) ¡Qué dices! ¡Ha muerto acaso!  
MARQ. ¿Y tienes alma tan negra  
que nos das esa noticia  
sin prepararnos siquiera?  
D. ANT. No sé si será verdad:  
al menos eso se cuenta.  
NARC. No perdamos un instante.  
MARQ. ¡Ay Virgen de la Almudena!  
Si la vida tan preciosa  
de Romero me conservas,  
te ofrezco ayunar tres meses  
y hacerte quince novenas.  
(Vanse precipitadamente.)

## ESCENA IX

DON ANTONIO

- D. ANT. ¡Cómo van! Se lo han creído.  
(Riéndose á carcajadas.)  
Cuando sus padres se mueran,  
de fijo no llorarán  
su muerte con tanta pena.  
¡Oh pueblo de pan y toros,  
Dios te dé lo que merezcas!  
(Se dirige al teatro, y D. Ramón de la Cruz le sale al encuentro.)

## ESCENA X

DICHO y DON RAMÓN DE LA CRUZ.

- D. RAM. ¿Adónde va don Antonio?

D. ANT. Bien claro está, á la Comedia.  
D. RAM. ¡Voto al diablo! Y á qué hora  
vuestra merced se descuelga.  
En este momento acaba.



D. ANT. ¡Por vida del... Esos babiecas  
me han detenido diciendo  
necesades y simplezas.  
¿Y qué ha pasado? ¡Por Dios,  
dígalo al pie de la letra!

- D. RAM. Aprobación, entusiasmo,  
delirio: la tal comedia  
será, mientras haya mundo,  
gloria y honor de la escena.  
¡Qué sencillez de argumento,  
Don Antonio! ¡Qué belleza  
en el dialogo! ¡Qué tipos  
todos los que allí presental  
Ninguno de ellos parece  
personaje de comedia,  
pues son, hablando y sintiendo,  
la misma naturaleza.  
Lucha ha habido; pero al fin  
la victoria ha sido nuestra.
- D. ANT. ¡Ay, don Ramón de la Cruz,  
qué alegría tan inmensa  
recibo!
- D. RAM. ¡Ya se acabaron  
las tremebundas tragedias  
de princesas deshonradas,  
de muertos, de sangre y guerra!
- D. ANT. Y ya podremos traer,  
sin que el decoro padezca,  
nuestras hijas al teatro.
- D. RAM. ¡Sí, señor, y á nuestras nietas!  
Moratín, con su talento  
señala una nueva senda,  
y desde hoy el teatro  
será imagen verdadera  
y exacta de las costumbres  
de la sociedad moderna;  
y criticará sus vicios

y ensalzará sus grandezas.

D. ANT. ¡Un abrazo, pues los dos  
pensamos de igual manera!  
¡Viva Moratín!

D. RAM. ¡Que viva!  
¡Y al que le pese, que muera!  
(Empieza á salir más gente del teatro, y entre ellos el  
Corregidor, doña Aldonza y Adonis con Alguaciles.)

### ESCENA XI

DICHOS, DOÑA ALDONZA, CORREGIDOR, ADONIS y ALGUACILES. DON RAMON y DON ANTONIO tropiezan con ellos, que salen del teatro.

CORREG. Señores, vayan con Dios.  
¿Qué dicen de la comedia?

D. RAM. Que nos ha maravillado.

ALD. Un poco de inexperiencia  
y languidez. No es extraño  
en un escritor que empieza.  
Yo creo que si se aplica,  
es fácil que haga carrera.  
Por supuesto, se ha salvado  
esta tarde su comedia,  
porque he venido con éste  
á ejercer la presidencia.

A todo aquel que gritaba  
le mandaba mi pareja  
de alguaciles, y á la cárcel.

CORREG. Entre varones y hembras  
ciento siete.

ALD. ¿Ven ustedes?

Así el orden se conserva  
en cualquier parte. ¿Y aquel  
embozado hasta las cejas  
que gritaba: "que fusilen  
al autor de esta comedia,,  
le has cogido?

ADONIS.

Sí, señora. (Turbado.)



A.L.D.

¡Pues traedlo á mi presencia,  
que quiero saber quién es  
y echarle una reprimenda!  
Ustedes serán testigos.

D. RAM. Y }  
D. ANT. } Estamos á la orden vuestra.

ADONIS. (Aparte.) Le cogí, pero el tunante  
me propinó tal puntera,  
que me hizo caer de bruces,  
y se escapó; mas es fuerza  
á fin de que no me quiten  
el destino, irme á la puerta  
del patio, y al primerito,  
sin reparar en quien sea,  
le echo la garra, y lo traigo  
cogido por las orejas.

(Vase en dirección al teatro; tropieza con Moratín que  
sale, y le coge de un brazo, después de los versos que  
siguen.)

ALD. (Al Corregidor.) A este muchacho le debes  
dar hoy una recompensa.

ADONIS. Aquí está. (Presentando á Moratín.)

MORAT. ¡Bárbaro, suelta!

¡Corregidor!

CORREG. ¡Moratín,  
mil veces enhorabuena!

Retiráos. (A Adonis y Alguaciles.)

ALD. ¡Te has lucido! (A Adonis.)

¡Quítate de mi presencia!

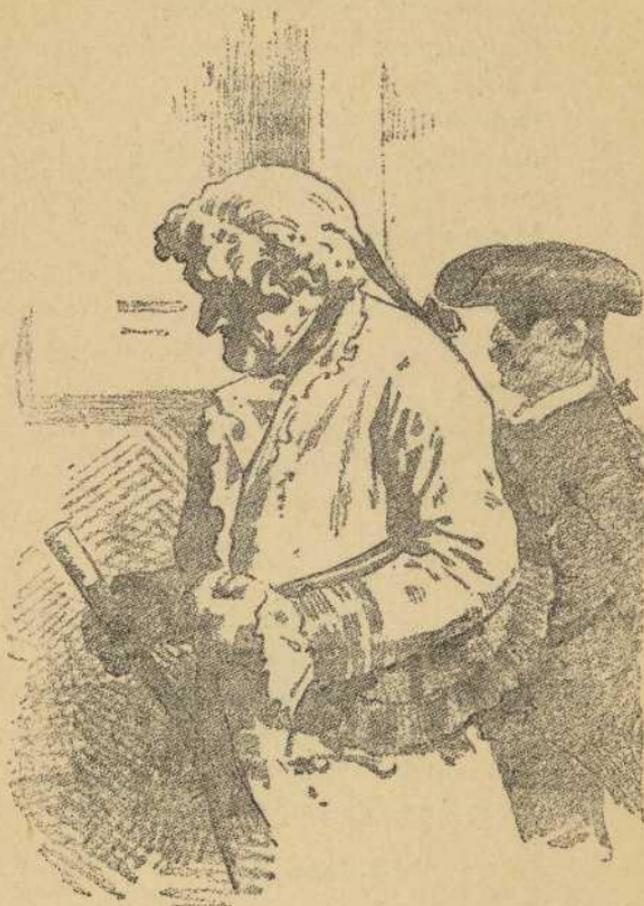
(Vánse Adonis y Alguaciles.)

## ESCENA XII

DICHOS, menos ADONIS y Alguaciles.

CORREG. ¡Reciba usted el parabién,  
es usted un gran poeta!

ALD. Su producción no parece  
la de un escritor que empieza.  
Allí se ven grandes dotes,



MORA1. y sobre todo experiencia.  
Gracias, señores.

CORREG.

Ahora

cuidado con que se duerma  
en los laureles y... á otra. (Dándole la mano.)  
ALD. A otra que valga más que ésta. (Vanse.)

### ESCENA XIII

Salen izquierda DON CRISTOBAL, DON LUCIANO y JUAN DE LA  
CONCHA, seguidos de alguna gente del pueblo.

LUC. (Abrazando á Moratín.) ¡Vitor, Moratín! Celebro  
la ovación. ¡Obra maestra!

CRIST. Con toda el alma me alegro.

CONCHA. Eso es escribir comedias.

CRIST. Hemos aplaudido todos  
á rabiarse; mire la muestra,  
las manos despellejadas (Enseñando las manos.)  
y con la garganta seca  
de gritar: (Atragantándosele la frase )

¡Viva el autor!

Es que ahora, aunque quisiera,  
no puedo decirlo.

MORAT. (Aparte á Cruz.) ¡Es claro,  
la envidia que se lo vedal

CRIST. Al corral hemos traído  
pagadas más de doscientas  
personas para que aplaudan  
su ya famosa comedia.  
Esto le dará á entender  
nuestra amistad verdadera.

MORAT. Estoy muy agradecido.

LUC. Voy á hacerle una advertencia,  
que supongo atenderá,

pues no soy lego en la escena.  
El final debe variarlo.

MORAT. Usted dirá.

LUC. No me llena  
lo de que don Eleuterio  
de ser autor se arrepienta.  
Debe dispararse un tiro  
y morir.

MORAT. ¡Muy buena ideal (Con ironía.)

COMELLA. La hermanita, envenenarse,  
y la mujer del poeta,  
meterse monja: y el otro,  
don Hermógenes, que sea  
el que quede contemplando  
los cadáveres en tierra,  
y aproximándose al público  
le diga: ¡qué consecuencias  
arrastran los que ambicionan  
apartarse de su esferal  
(Todos los que le oyen dan señales de aprobación.)

MORAT. ¡Mil gracias: desde mañana  
el final de mi comedia  
será ése!

D. RAM. ¡Ya lo creo!  
que don Luciano Comella  
sólo habla para decir  
filosóficas sentencias.

LUC. ¡Ya lo ve usté, en un instante  
he improvisado la escena!

ESCENA XIV

DICHOS, MARQUESITA y NARCISO, que vuelven muy contentos.

MARQ.      Plácemes y enhorabuenas  
(Colocán lose en medio de todos.)  
recibamos, pues á todos



- por igual nos interesan  
los bienes que sobre España  
Dios esparce á manos llenas
- NARC. No olvidaré yo este día.
- MARQ. ¡Estoy loca de contental  
Moratín, venga un abrazo.  
Otro el abate Cladera.
- NARC. Hombre, no apriete usted tanto.  
(Interponiéndose.)
- CRIST. Si pertenezco á la iglesia  
y no importa.
- NARC. Por lo mismo.
- MORAT. ¿De modo que usted también  
ha asistido á mi comedia?
- MARQ. No tal: ¡buena estaba yo  
esta tarde para fiestas!  
¡Es que Romero se hallaba,  
como quien dice, á las puertas  
de la muerte, y fuera ya  
de todo riesgo se encuentral  
¡Se ha salvado!
- NARC. ¡Lo celebrol
- MORAT.
- NARC. (Con énfasis.) ¡La noticia es de primera  
¡Señores: sangre española  
corre por todas mis venas,  
y mientras Dios nos conserve  
á don Luciano Comella  
para hacer obras dramáticas,  
que ilustran tanto la escena;  
y á Romero toreando  
con valor y gentileza,  
no envidio á ningún país

de todos los de la tierra!

Vámonos. (A la Marquesita y á los demás.)

LUC.

Es usted un sabio.

(Dándole un golpecito en el hombro.)

¡Moratín, chúpate esal!

(Vánse todos, excepto Moratín, don Antonio y don Ramón, que los ven alejarse con amargura.)

### ESCENA ULTIMA

MORATIN, DON ANTONIO y DON RAMON DE LA CRUZ.

MORAT.

Con ver á ese currutaco,  
á su ilustre compañera,



al abate don Cristobal  
y á don Luciano Comella,  
puede usted decir que ha visto  
á la sociedad moderna.  
Esos tipos dibujados  
con exactitud perfecta,  
mezclados con los manolos  
y chisperos en sus fiestas;  
los Grandes, enamorando  
con ridiculas finezas  
á las manolas, que siempre  
los humillan y desdeñan.  
Todo este cuadro, el buen Cruz  
en sus obras nos presenta,  
con tanta verdad y gracia  
que, aunque en la forma modesta  
de sainetes, cumplen siempre  
la misión de la comedia,  
que es deleitar enseñando;  
él dice á su pueblo: "observa;  
todos éstos son tus vicios  
y tus virtudes son éstas;  
mis sainetes, son tu espejo:  
si al verte en él te avergüenzas,  
no me echas á mí la culpa;  
tus desaciertos enmienda,  
y yo te presentaré  
digno de alabanza eterna."

D. RAM. ¡Don Leandro, su cariño  
le hace hablar de esa manera!

MORAT. ¡Mi cariño y la justicia!  
Buen Cruz, á mis brazos venga

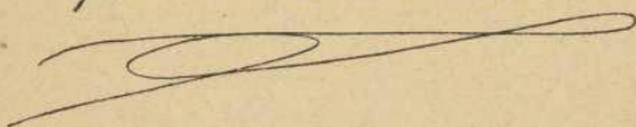
que si Madrid hoy prodiga  
elogios á mi comedia,  
lo debo á usted, pues sus obras  
me inspiraron, y la senda  
del teatro nacional  
me enseñaron todas ellas.

D. RAM. (Muy contento y abrazando á Moratín.)  
Dios le premie y le bendiga  
por frases tan lisonjeras.  
De aquí á la botillería  
de Canosa, que está cerca,  
yo convidó á refrescar  
á cuanto usarcedes quieran,  
no pasando de seis reales,  
se entiende.

D. ANT. ¡Brava ocurrencia!  
(Van á marchar, y los detiene don Ramón.)

D. RAM. Pero antes, justo es decir  
lo que en todo fin de fiesta.  
(Quitándose el sombrero y dirigiéndose al público.)  
Aquí se acaba el sainete,  
perdonad las faltas nuestras.

Tomás Lucero





# CUADROS AL FRESCO

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

TOMÁS LUCEÑO

---

Estrenado con aplauso en el Teatro de Lope de Rueda,  
el 31 de Enero de 1870.

# REPARTO



## PERSONAJES

DOÑA RITA (viuda).....  
DOÑA RAMONA (cuca).....  
ELOISA.....  
NICOLASA (verdulera).....  
MATILDE.....  
ANSELMA (criada).....  
CESANTE.....  
DON TADEO.....  
MANOLILLO (jornalero).....  
ABELARDO.....  
UN INVÁLIDO.....  
SALCEDO.....  
DON CORNELIO (esposo de doña  
Ramona).....  
ANDRÉS.....  
UN CRIADO.....  
COSME (cafetero).....  
AGENTE DE POLICÍA.....  
BARBERO.....  
UN CIEGO.....  
UN SERENO.....  
UN PILLUELO.....

## ACTORES

SRAS. SAMPELAYO.  
HIJOSA.  
GUTIÉRREZ.  
CRUZ.  
ALVAREZ,  
SIERRA.  
SRES. MARIO.  
PIZARROSO,  
MORALES,  
OSORIO.  
ALISEDO.  
BENETTI.  
  
RUIZ (D. M.)  
FUENTES.  
BENEDÍ (D. R.)  
BARDO.  
RUIZ (D. E.)  
SEDANO.  
ESPEJO.  
BENEDÍ (D. V.)  
RÓDENAS (niño de  
doce años de edad).

JUGADORES, CUCAS Y GENTE DEL PUEBLO

La escena en Madrid: época, la actual.

## ACTO ÚNICO

---

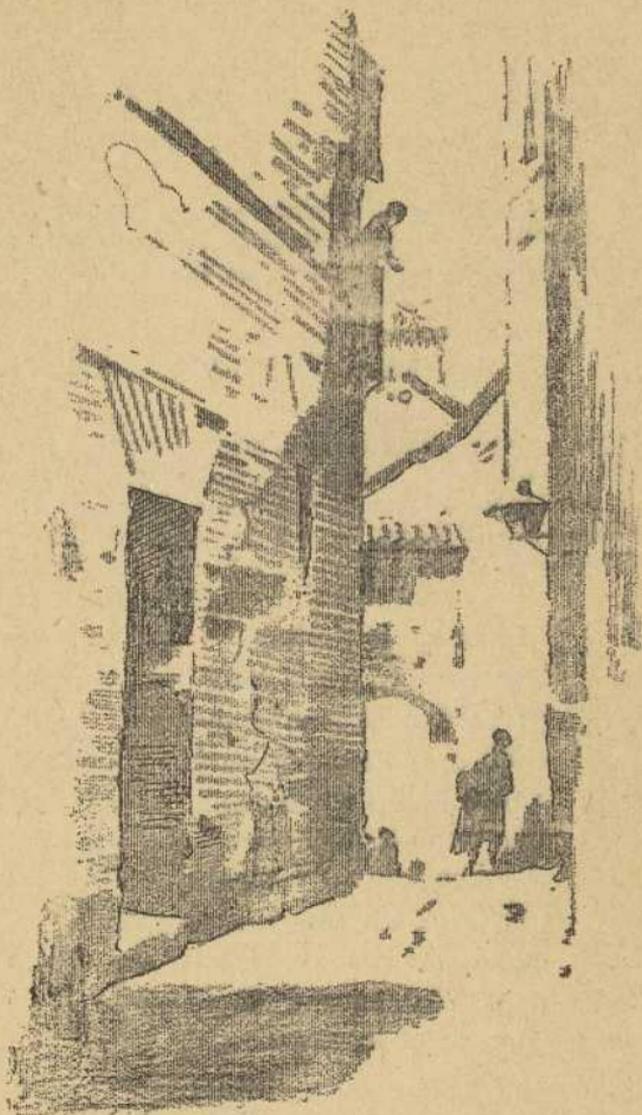
Calle. En el fondo una casa con un balcón, en cuyas vidrieras se refleja bastante claridad; á la derecha, primer término, otra casa con balcón también, y á la izquierda, segundo término, un puesto de café, aguardiente y buñuelos. Es de noche.

### ESCENA PRIMERA

ELOÍSA, en el balcón de la casa de la derecha; ABELARDO, en la calle; el SEÑOR COSME arreglando el puesto, y el SERENO sentado y dormido en el dintel de la puerta de la casa de enfrente. Antes de empezar el diálogo, se oyen por breves instantes los ruidos del Sereno.

- ABEL.           Sí, Eloísa, te confieso  
                  que te adoro con delirio.
- ELOISA.       ¡Y yo á til Si comprendieras  
                  cuánto, te quedabas bizco.
- ABEL.           Entonces no me lo digas,  
                  que sentiría muchísimo  
                  me ocurriera tal desgracia;  
                  guarda el secreto. (Breve pausa.)
- ELOISA.       (Suspirando.)           ¡Ay, bien míol
- ABEL.           (Idem.) ¡Ay, encanto de mi alma!
- ELOISA.       ¿Por quién suspiras?
- ABEL.                           Suspiro  
                  por tu amor (y por mi capa:  
                  no puedo con este frío;

me voy á quedar más tieso  
que un lacayo de servicio).



Mira ¿no crees prudente.

puesto que ya hemos tenido  
un ratito de palique,  
que me marche? Son las cinco...

ELOISA. Sospecho que no me quieres,  
que estás mal al lado mío.  
¡Ingrato! Te estás burlando  
de mi amor; lo he conocido.  
Sé que tienes otra novia;  
sí, lo sé, porque te han visto  
la otra noche en Capellanes  
con ella; tú ibas vestido  
de oso blanco, ella de monja,  
con un manto muy raído,  
y más viejo que el pedir  
prestado.

ABEL. ¡Vuelta á lo mismo!

ELOISA. Abelardo, ¡eres un pez!...

ABEL. ¡Eloísa! Ya te he dicho  
mil veces que á nadie quiero  
más que á ti.

ELOISA. Pues yo imagino  
que no, porqu<sup>e</sup> hace tres meses  
tienes amores conmigo,  
y aún nada me has hablado  
de matrimonio ¡clarito!  
¿Qué, crees que soy yo tonta?  
Pues no lo soy, hijo mío.  
Y debo advertirte ahora,  
que si no estás decidido  
á casarte, te retires  
con la música á otro sitio.

ABEL. Pero, hija mía, ¡por Dios!

- ELOISA. Si vienes con fin torcido,  
nada lograrás, que soy  
honrada: ¡nací en Trujillo!...
- ABEL. Deja al menos que termine  
la carrera.
- ELOISA. No es preciso:  
es tanto lo que te quiero,  
que con gusto me resigno  
á que tus padres nos tengan  
en su casa...
- ABEL. Un sacrificio  
es ese que me demuestra  
que sientes por mí un cariño...
- ELOISA. ¿Cuándo acabas la carrera?
- ABEL. Muy pronto: me faltan cinco  
años; mas ya sabes tú  
que soy un muchacho listo,  
y en un año estudiar puedo  
todo lo que otros en cinco.
- ELOISA. Bien, esperaré ese tiempo,  
y si una vez transcurrido  
no me cumples tu palabra,  
sin más ni más *te suicido*.
- ABEL. ¡Qué barbaridad!  
(Se oye dentro ruido, y Eloísa escucha un breve rato.)
- ELOISA. En la alcoba  
de mi padre siento ruido...  
Y anda en la mesa de noche...  
Hasta luego, Abelardito.  
Ya lo sabes, ve al Café  
de Madrid, al mismo sitio  
de siempre, con disimulo

te haces el encontradizo,  
pagas la cena á mamá  
para que no esté de hocico,  
y no dudes un momento  
de mi amor...

ABEL. Oye, ángel mío.

ELOISA. ¡Ahora me voy á ganar  
la gran paliza del siglo! (Se retira Eloísa.)

ABEL. Súfrelo todo por mí.  
Hasta luego...

UNA VOZ. (Dentro, que figura ser la del padre de Eloísa.)  
¡Adiós, cernícalo!

## ESCENA II

DICHOS, menos ELOÍSA.

ABEL. El día que me le encuentre  
en la calle, le santiguo.  
¡Es un padre este papá,  
de padre y muy señor mío!  
Y la niña no es maleja,  
pero ya desde que ha dicho  
que pensemos en la boda,  
me gusta menos; y opino  
por dejar el puesto á otro  
y largarme. Sí, está visto:  
en amor soy desgraciado...  
Siete novias he tenido  
en tres meses, y á las siete  
se les ocurrió lo mismo.  
El padre dé ésta es un hombre ..

que debe de ser muy listo;  
me vió una vez, y al instante  
á fondo me ha conocido.  
Dice que soy calavera,  
algo aficionado al vino,  
jugador, desvergonzado...  
en fin, que soy un perdido.  
Y es la verdad, nunca tengo  
un cuarto, ni á quien pedírselo.  
Pero en cambio soy en trampas  
extremadamente rico.  
Aquella es casa de juego;  
(Fijándose en la casa de enfrente.)  
el aspecto es de lo mismo;  
esa luz que se distingue  
al través de los visillos,  
y el ver dormido en la puerta  
al sereno, son indicios...  
Voy á subir, y si puedo,  
levantaré un *muertecito*  
de poco, de cuatro duros...  
ó mejor será de cinco.

(Entra en la casa, cuya puerta le abre el Sereno: éste la deja abierta, y se va por la izquierda.)

### ESCENA III

CESANTE, que sale por la derecha, frotándose las manos y con muestras de sentir mucho frío: se dirige á la mesa del SEÑOR COSME.

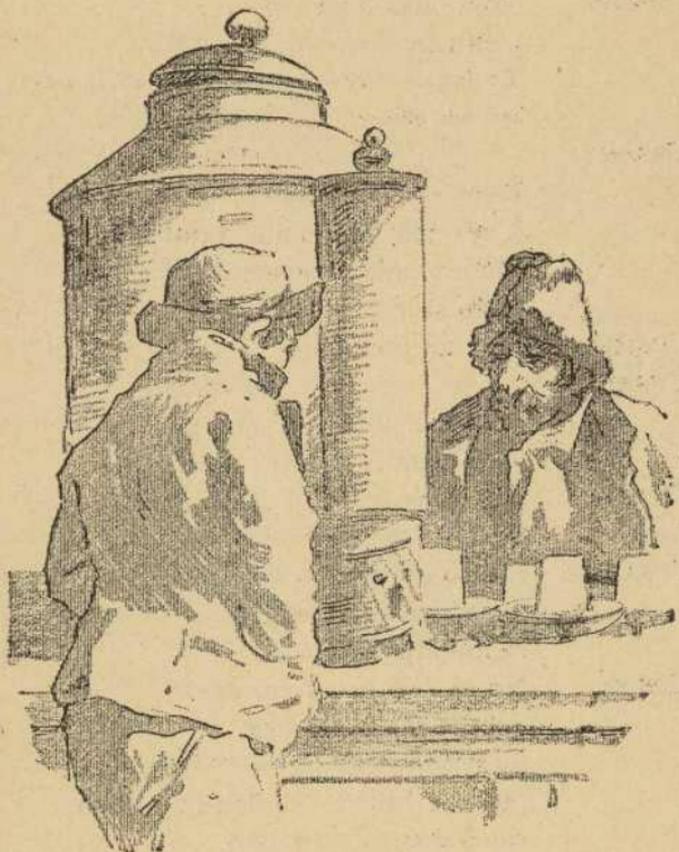
CESANTE. Dios guarde á usted, señor Cosme.

COSME. Hola, amigo, ¿viene ya  
á tomar el desayuno?

CESANTE. Sí, señor: ¡qué atrocidad!  
Hace un frío insoportable.

COSME. Un poquillo...

CESANTE. Luego, están



los bancos de la plazuela  
tan fríos, que es por demás.  
No pude en toda la noche

un momento descansar.  
Pero ¿qué es esto, Dios mío?  
Siento así como humedad  
en la pierna izquierda. (Mirándose.) ¡Ah, vamos!  
algún perro, que al pasar...

COSME. Tome usted una copita  
y entrará en calor.  
(Le da una copa de aguardiente, y el Cesante la bebe  
haciendo gestos.)

CESANTE. ¡Ajaál  
(Después de haber bebido.)  
¡Caramba! Tiene más grados  
que un teniente general.  
¡Esto sí que es bala rasa!

COSME. Pica un poquillo.

CESANTE. Es verdad.  
Al principio escuece un poco;  
pero luego... escuece más.

COSME. Ahí tiene usted el café...  
(Se le sirve en un vaso pequeño.)

CESANTE. Siento un apetito tal,  
que si tuviera otro cuarto  
lo tomaría con pan.

COSME. No lo deje usted por eso,  
que ya me lo pagará.  
(Le pone en el plato medio panecillo.)  
(Aparte.) ¡Infeliz! Me dan más pena  
estos pobres de gabán,  
que los que de oficio imploran  
la pública caridad.

CESANTE. Tiene usted un café excelente,  
y la leche es regular;

y, sobre todo, en el precio  
no cabe más equidad.  
Dos cuartos café con leche,  
y tres si se toma pan.  
¿Tendrá usted mucha parroquia?  
COSME. Sí, no me puedo quejar;  
y ahora que intento reformas  
en el puesto, acudirá  
más gente...

CESANTE. ¡Hola! ¿Tal vez  
va usted la mesa á ensanchar,  
ó á comprar otro servicio?

COSME. Justamente, y además,  
tengo apalabrado á un chico  
que toca el arpa, y vendrá  
mientras almuerza la gente.

CESANTE. Hombre, bien: á no dudar  
va usté á hacer un gran negocio.

COSME. ¡Ya lo creo!

CESANTE. Y mucho más  
si ajustara una pareja  
que aquí bailase el *can-can*.

COSME. Puede ser que con el tiempo  
lo haga.

CESANTE. Y ¿qué hora será?

COSME. Precisamente hacia aquí  
viene el sereno.

CESANTE. ¡Es verdad!

## ESCENA IV

DICHOS y el SERENO, que sale por la derecha, y después de haber llegado pausadamente á la mitad de la escena, se detiene, y con voz bronca y fuerte canta la hora, haciendo muchos gorgoritos, pero sin que se le entienda una palabra.



CESANTE. ¿Le ha entendido usted?

COSME.

Yo no.

CESANTE. Siempre me sucede igual.  
Los serenos de Madrid  
son una calamidad.  
Y eso que á mí, sean las dos  
ó las tres, igual me da.  
(Se oyen á lo lejos las campanillas de las burras de leche.)  
Ese es el mejor reló;  
pronto de día será.  
(El Sereno da un soplo á la luz del farol, y se acerca á  
la mesa del señor Cosme; éste le sirve el café, y después  
se va el Sereno.)

## ESCENA V

DICHOS y DON TADEO, fumando y con capa.

TADEO. ¡Cuando digo que esa chica  
me va á trastornar el juicio!  
Vamos, parece mentira  
que pegar no haya podido  
los ojos, pensando en ella.  
Ya pronto vendrá: me ha dicho  
que va á la compra temprano,  
y yo, como soy tan pillo.  
jé, jé, me dije: "Tadeo, (Riéndose.)  
mañana, ten cuidadito  
con madrugar, porque tienes  
que hablar con tu dulce hechizo."  
Francamente, las criadas  
(Empieza á amanecer.)  
son mi ramo favorito...  
Jé, jé, jé, están tan frescotas,

y tienen unos carrillos,  
y unos ojos, y unas... Vamos  
con calma, don Tadeito,  
no se sofoque usted así,  
quæ parece usté un chiquillo.  
¡Ya se ve! Como yo soy,  
aunque me esté mal decirlo,  
un viejo bien conservado..  
me dan cuanto yo les pido.  
Tengo ochenta y cuatro años  
y aparento treinta y cinco,  
gracias á mi peluquero,  
que me fabricó un postizo  
excelente: nadie dice  
que este pelo no es el mío.

(Se quita el sombrero y se le ve una peluca muy mal  
figurada.)

¡Jé, jél si soy el demonio:  
tenía un pelo hermosísimo;  
me di aceite de bellotas,  
y todo se me ha caído.

CESANTE. (Acercándose con una colilla de cigarro en la mano  
que apenas se distingue.)

¡Caballero!

TADEO. ¿Qué se ofrece?

(Ya se escapó del asilo  
este pobre. ¡Es imposible  
el tenerlos recogidos!)

CESANTE. ¿Me hace usté el favor del fuego?

TADEO. ¿Para qué?

CESANTE. Es muy sencillo;  
para encender mi cigarro.

TADEO. ¡Ah! Vamos, no le había visto:  
es tan pequeño, que apenas  
se distingue, amigo mío.  
(Le da don Tadeo el cigarro, enciende el Cesante, y  
después le entrega la colilla, quedándose con el puro.)

TADEO. ¡Me gusta!...  
(Sorprendido y sin tomar la colilla.)

CESANTE. Dispense usted.  
¡Como soy tan distraído!  
(Deshacen el cambio, después de dar el Cesante dos  
chupadas, con ansiedad muy marcada, al cigarro de don  
Tadeo.)

¡El tabaco que usted fuma  
es un tabaco magnífico!  
Si quisiera usted decirme  
á qué hora y en qué sitio  
tirá usted la colilla  
de ese cigarro... Lo digo  
porque, francamente, iría  
á cogerla.

TADEO. (¡Pobrecillo!)  
Vaya, tome usted y fúmelo  
á mi salud.  
(Saca la petaca y le da un cigarro puro.)

CESANTE. (Conmovido.) ¡El treinta y cinco  
me declararon cesante,  
y desde entonces no he visto  
un puro entero en mis manos!  
¡Dispense usted si me admiró!

TADEO. Ya se sabe: no se puede  
en este país maldito  
ser empleado...

CESANTE.

Sí tal:

ser empleado es magnífico;  
lo que no se puede ser  
es cesante. No me aflijo;  
tengo la seguridad  
de que, en viniendo los míos...  
¿Ve usted qué perdido estoy?  
Pues estaré más perdido.

## ESCENA VI

DICHOS y el BARBERO, que sale por el fondo derecha.

BARBERO. ¿A quién le dejo la cara  
como el papel?

CESANTE.

Con permiso,

voy á que me den un *pase*,  
que parezco un capuchino.  
¿Usted gusta?

TADEO.

Muchas gracias,

que no le desuellen vivo  
me alegraré. ¿Dónde diablos  
se habrá esa chica metido? (Vase.)

## ESCENA VII

DICHOS, menos DON TADEO.

CESANTE.

Oye, *Sisí*, ven acá,  
prepara al punto los trastos  
de matar, y en un momento...

BARBERO.

En menos que canta un gallo...  
(Coloca un banquillo con asiento de tela en el suelo, y

saca una de las navajas que llevará en el bolsillo de la chaqueta )

No se siente usted con fuerza,  
que está recién enclado.

(Se sienta el Cesante, se quita el sombrero, que coloca entre las piernas, y saca del mismo un pañuelo azul grande, poniéndosele á manera de paño de barba.)

**CESANTE.** ¡Demonio! A ver si me cortas  
las narices.



BARBERO. ¡No es *pa* tanto!

Además, teniendo yo  
el instrumento en la mano,  
no hay miedo.

(Empieza á afeitarse. Unas veces se arrodilla, otras le coloca la cabeza casi debajo de su brazo, y, en fin, haciendo cuantos movimientos contribuyan á la propiedad de esta escena.)

CESANTE. ¡Dios me socorra!

Oye, en la esquina parado  
hay un perro que te mira  
hace ya bastante rato.  
¿Es tuyo?

BARBERO. ¡Cál no señor,  
sino que el muy condenado,  
porque le eché el otro día  
un pedacillo de labio,  
que le arranqué á un aguador  
mientras le estuve afeitando,  
cree que todos los días  
voy á hacerle ese regalo.

CESANTE. ¡Ay, Dios mío! no prosigas.  
(Queriéndose levantar.)

BARBERO. ¿Por qué no, si pronto acabo?  
¿Le hace daño la navaja?

CESANTE. No; ¡ah! ¡oh! ¡uh! ¡Qué manos  
te dió el Señor!

BARBERO. Se entusiasma  
conmigo...

ESCENA VIII

DICHOS y un CIEGO, que sale por el primer término izquierda, y tropieza con el CESANTE y el BARBERO.



CIEGO.

¡A quartito, á quartol...

(Vase por la derecha.)

CESANTE.

(Levantándose e precipitadamente, y tapándose la barba con el pañuelo.)

¡Animal! ¡Buena la has hecho!

¡Socorro, que me desangro!

(Desaparece corriendo.)

BARBERO. ¡Y se marcha sin pagar!

Ya verás tú si te alcanzo,

(Coge el banquillo, y echa á correr tras el Cesante.)

## ESCENA IX

Salen de la casa de juego varios jóvenes; mujeres vestidas con ridícula elegancia, y SALCEDO y DOÑA RAMONA. Desaparecen todos en distintas direcciones, menos estos últimos, que bajan al proscenio.

RAMONA. (Con talma encarnada, una rosa blanca en la cabeza, y el peinado en desorden.)

Te digo que no me voy  
sin tomarle el cuadro, ea.

SALCEDO. (Vestido de señorito, pero con aire de chulo.)

Mira, márchate á dormir  
y déjate de quimeras,  
que si se entera la gente,  
es una mala vergüenza...  
Además, ella no tuvo  
la culpa, dió el juego quiebra,  
y ¡es claro! en el cuarto golpe  
perdió la vaca.

RAMONA. ¡Si es mema

esa mujer! Tú, figúrate  
que le dije:—Micaela,  
¿quieres hacer una vaca  
conmigo?—Corriente, venga,  
me contestó, y le entregué

veinte reales en pesetas.  
—Ten cálculo, juega siempre  
á las sotas, que Manguela  
las sabe amarrar muy bien,  
y suele echarlas en puerta.  
Consiguió darle tres golpes  
á la vaca, de manera  
que yo tenía bastante  
para pagar una deuda  
perentoria: un polisón  
y otra dentadura nueva.  
Quise retirarme al punto,  
pero vi sobre la mesa  
una sota con un rey,  
y yo le dije: aquí es ella,  
*mételo todo* á la sota,  
y nos armamos; y esa...  
como ha tenido en Palacio  
empleadas á su abuela  
y á su mamá, puso al rey,  
como de respeto en prueba.  
Y por más que yo grité:  
*“esa postura no juega,”*  
fué tarde, porque el banquero  
había ya dado vuelta  
á la baraja, y ¡es claro!  
apareció la primera  
la sota. ¡Vamos, la ahogo  
en cuanto baje!

SALCEDO.

Más cuenta  
te tiene marcharte á casa,  
que son ya las seis y media,

y si tu pobre marido  
al levantarse se encuentra



sin ti, y llega á saber  
que por las noches le dejas  
solo y te vas á jugar,  
¡te va á pegar una felpal  
RAMONA. ¡Es verdad! Me estoy portando  
con él de inicua manera.  
No creas, que muchas veces  
me remuerde la conciencia,  
sobre todo cuando pierdo...  
Sí, me marchó antes que venga  
á la compra: el infeliz  
madruga que se las pela  
por traerme de la plaza  
todo lo mejor que encuentra.  
Si ves á esa chica, dile  
que le ajustaré las cuentas. (Vase.)

ESCENA X

SALCEDO

SALCEDO. Nunca estoy yo más contento  
que cuando pierde esa necia.  
Se pone tan sofocada,  
tan nerviosa y tan colérica,  
que se quisiera comer  
á la baraja, á la mesa,  
y á toda la sociedad  
que en la partida se encuentra.  
Se le tuerce la peluca,  
y la barbilla le tiembla;  
llora, reza, gruñe, ríe,  
ó comienza á hacer promesas  
á los Santos, y si gana  
de cumplirlas no se acuerda.  
¡Digo que es cosa de ver  
incomodada á esa *plepa!*

ESCENA XI

SALCEDO y MANOLILLO, que sale por la derecha en traje de  
jornalero.

SALCEDO. Manolillo, anda con Dios;  
no saludas á la gente.

MANOL. No te había visto, dispensa.

SALCEDO. ¿Dónde vas?

MANOL. Adonde siempre,  
á trabajar: es muy tarde

y no puedo detenerme.

SALCEDO. ¿Vas muy lejos?

MANOL. Más allá  
de Chamberí.

SALCEDO. Oye, detente  
un momento. ¿Cuánto ganas?

MANOL. Muy poco, á razón de siete  
reales diarios.

SALCEDO. ¡Pero, hombre!  
¿Y tienes valor?

MANOL. ¿Qué quieres?  
¡Y ojalá que no me falten!

SALCEDO. ¡Eres un pobre inocente!  
¿Voy yo bien vestido?

MANOL. Sí.  
Un marquesito pareces;  
tienes tal vez una vieja  
que te...

SALCEDO. ¡Cá! Y si tú quieres  
vestir como yo, gastar  
y tener un duro siempre  
en el bolsillo, hazme caso,  
y puede ser que te alegres.

MANOL. No acierto...

SALCEDO. (Bajando la voz.) Me dan un duro  
por cada joven que lleve  
á jugar en ese cuarto  
principal que ves enfrente.  
Ya sabes lo que es Madrid,  
y fácilmente se puede  
engañar á diez ó doce  
al día; y aquí me tienes

que yo sería de oro...  
sí, de oro, si no fuese  
porque lo que aquí se gana  
en otra parte se pierde.

**MANOL.** ¿Conque aceptas, Manolillo?  
¡Eso es decir que pretendes!...  
(Separándose con indignación.)

**SALCEDO.** ¡Ya verás qué vida pasas!  
**MANOL.** Quitá, quitá, no te acerques  
á mí, que tu infame aliento  
es fácil que me envenene.



Ser tu amigo me sonroja;  
si á tu lado alguien me viese,  
tal vez creyera que soy  
como tú, falso y aleve.  
Si me encuentras otro día,  
no me saludes. ¿Lo entiendes?  
Antes que ser un perdido,

- quiero mil veces la muerte.
- SALCEDO. Chico, ¡parece mentira!  
¡Con qué *repulgos* me vienes!...  
¡No eres poco escrupulosol!...
- MANOL. ¡Soy honrado!...
- SALCEDO. No parece  
sino que yo no lo soy.
- MANOL. Y todo el que honra tiene,  
quiere ganarse la vida  
con el sudor de su frente.
- SALCEDO. Déjate de tonterías,  
Manolillo; anda, vente  
y yo te daré otro traje  
mucho mejor; que tú eres  
simpático, y para el arte  
de *gancho*, precio no tienes.
- MANOL. Adiós, infame; es en vano  
que trates de corromperme.  
Si tú y otros como tú  
en la cárcel estuviesen,  
la juventud fuera otra.
- SALCEDO. A mí no pueden prenderme;  
vestido de caballero  
nadie á sospechar se atreve...  
Si fuera de ti...
- MANOL. ¡Es verdad! (Con tristeza.)  
El mundo ha buscado siempre  
al malvado en este traje,  
sin que quiera convencerse  
de que hay muchos como tú  
que á la sociedad pervierten.  
(Vase por la izquierda.)

ESCENA XII

SALCEDO

SALCEDO. Por su bien se lo decía:  
á mí, que el diablo le lleve  
me importa un bledo. Está visto:  
el bien nunca se agradece. (Vase.)

ESCENA XIII

ANSELMA, que sale por la izquierda con cesta en el brazo, y NICOLASA por la derecha, también con cesta llena de hortalizas.

NICOL. Buenos días, doña Anselma.

ANSEL. Dios te guarde, Nicolasa.  
¿Quieres decirme por qué  
con tal *rispeto* me tratas  
que me llamas *doña*?

NICOL. Sí...  
Tengo razones fundadas.  
Como está en moda hace tiempo  
tratar con buenas palabras,  
con *riverencia* y dulzura  
á aquél que debe y no paga...  
Y soy tu *inglesa*, lo cual  
no me hace *nenguna* gracia,  
por eso... ¿Me entiendes ya?

ANSEL. ¿Que si te entiendo! Anda, anda  
ya te veo de *venil*  
y me pongo *coloráa*.  
¿No los ves? *Miá* qué sofoco

que se me sube á la cara.  
Mira, mira ya los *niervos*...

Y si hubiera una butaca  
cerca de mí, pueda ser  
hasta que me desmayara.

NICOL. Pero como no la hay,  
es claró, no te desmayas.  
¿Sabes lo que estoy pensando?  
Que estás cada vez más guapa  
desde que no vendes coles  
y te has *metío* á criada.

ANSEL. ¿De veras?

NICOL. Como lo oyes.  
Y ayer me han dicho en la plaza,  
que tanto tu amo te quiere,  
que muy pronto serás ama.

ANSEL. ¡Pueda ser! ¿Y vendes mucho?

NICOL. Así, así, una miaja,  
y estoy *mu* triste: ¿por qué  
no eres ya mi parroquiana?  
La única que no me debe  
un cuarto, eres tú.

ANSEL. ¡Carambal...

Estás muy provocativa,  
y yo no estoy para chanzas.  
¿Sabes por qué no te pago?  
Pues porque no tengo gana...  
Si buscas un *gofetón*  
que se perdió esta mañana  
aquí, yo te le daré  
y estamos en paz.

NICOL. ¡Hay calma

*pa* escucharte! Si no fuera  
porque hace cuatro semanas  
que salí de la Galera  
y no quedé arregostada  
para ir otra vez, hoy mismo  
de tu moño fabricaba  
un *bisoñé pa* taparle  
al amo tuyo la calva.

ANSEL. *Pus* mira, yo que no he *estao*  
en ese sitio, pensaba  
dar motivo para verlo,  
y creo que no se pasa  
el día sin que consiga  
mi gusto.

NICOL. Con verlo basta.

(Deja la cesta en el suelo.)

ANSEL. ¿Es que me vas á *pegal*?

NICOL. ¡Es que sí!

ANSEL. ¡Pero, muchacha!

Para reñir debes darme

lo que me llevas de alta.

¿No ves que soy muy chiquita

y tú eres *grande*?

NICOL. ¡Qué lástima!

¿No sabes que aunque pareces

pequeñita, eres *mu largá*?

ANSEL. ¡Vaya, pues pega primerol

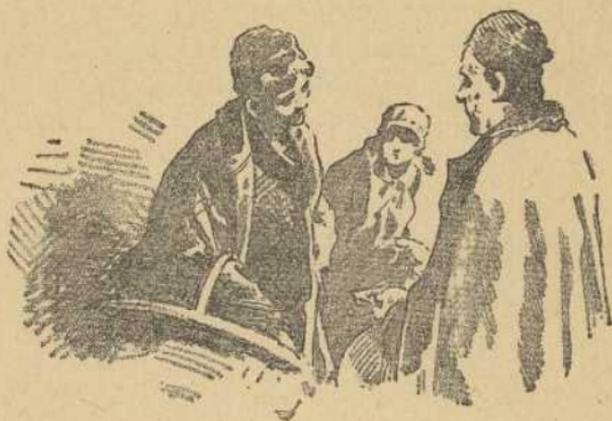
NICOL. ¡Pega tú!

ANSEL. ¡Si no miraral

NICOL. *Pus* no mires, que la vista  
para pegar no hace falta.

ESCENA XIV

DON CORNELIO, con gorro de terciopelo, capa larga sin esclavina, y un talego en la mano derecha; DOÑA RITA, vestida pobremente de luto.



- CORN. (Interponiéndose.)  
Vamos, vamos, haya paz  
entre dos ruines: ¡caramba!
- RITA. No os maltratéis, hijas mías;  
que Dios á todos nos manda  
que como hermanos vivamos  
en paz y en eterna calma.  
Vamos, dáos un abrazo  
y un beso.
- NICOL. ¡Un beso! Ya baja.  
Vete tú por tu camino.
- ANSEL. Y tú por el tuyo, anda.
- NICOL. Sí, me voy, porque si no  
*me la bebo...* ¡Si eres chata!

ANSEL. ¡Mira quién habló, y parece  
que se han *sentao* en su cara! (Vase Nicolasa.)

### ESCENA XV

DICHOS, menos NICOLASA.

ANSEL. No se escapará, que hoy  
por fortuna en la Pradera  
de Guardias ahorcan á uno,  
y ella irá con Antoñeja,  
el traperero, y de seguro  
que allí le salto las muelas.

CORNEL. Allí no la encontrarás;  
dice *La Correspondencia*  
que indultan á ese infeliz.

ANSEL. (Con disgusto.) ¿Me lo dice usted de veras?

CORNEL. Pero, chica, ¿te disgusta?

ANSEL. ¡Tengo una sombra más negra!  
Yo que pensaba esta tarde  
llevar allí la merienda  
y pasar alegremente  
el rato... ¡maldito sea!  
Basta que piense una cosa  
*pa* que no salga derecha. (Vase.)

### ESCENA XVI

DICHOS, menos ANSELMA.

RITA. ¿Pero ha visto usted qué gente?

CORNEL. Hay que dejarlas, señora:

tan pronto andan á la greña  
como van juntas de broma.  
Casi todas las mañanas  
cuando yo voy á la compra,



veo escenas semejantes;  
por eso ya no me chocan.  
RITA. Usted vive solo ¿eh?  
CORNEL. Estoy casado, señora.  
RITA. ¡Por muchos años!  
CORNEL. Mil gracias.  
Y quiero tanto á mi esposa,  
que porque no se moleste  
hago una porción de cosas,  
como barrer la cocina,  
planchar y lavar la ropa,  
rizarle el pelo, y también  
le suelo limpiar las botas.

RITA. Entonces se encontrará  
con usted como en la gloria.  
No era mi difunto así;  
que un día, por poca cosa,  
porque me encontró enredando  
en el cajón de su cómoda,  
tal bofetón me arrimó,  
que estoy desde entonces sorda.

CORNEL. ¡Qué barbaridad!

RITA. Y ahí tiene  
usted lo que son las cosas:  
le amaba con frenesi,  
y hoy lloro como una loca  
su muerte, y voy á la iglesia  
y allí estoy dos ó tres horas  
rezando por su descanso.  
(Aparte.) (Y viendo si las devotas  
tienen algo en el bolsillo  
que me sirva.)

CORNEL. Pues muy tonta  
es usted en encomendarle  
á Dios, cuando tan penosa  
fué para usted su existencia.

RITA. ¡No importa, amigo, no importa!

CORNEL. ¿Y hace mucho que murió?

RITA. Veinticuatro años.

CORNEL. ¡Sopla!

Y en ese tiempo ¿no pudo  
acostumbrarse á estar sola?

RITA. No, señor, que necesito  
mucho de un varón la sombra.

CORNEL. (Aparte.) (El cuerpo es lo que quisieras.)

¡No estás tú mala gazmoñal)  
Con el permiso de usted  
me retiro. Hice mi compra,  
y no quiero que me riña,  
si tardo mucho, mi esposa.  
Hasta otro día.

RITA. ¡Id con Dios!

CORNEL. (Registrando el talego.)  
Acelgas y zanahorias,  
bacalao... ¿Se me olvida  
que comprar alguna cosa?  
¡Carne! Hoy no compro carne,  
porque al pasar por la alcoba  
de mi mujer, entre sueños  
gritaba como una loca:  
“¡Maldita vaca! ¡Maldita  
sea mil veces la hora...”  
Y esto es que ayer le hizo daño;  
así, aunque hoy no la coma...  
(Vase don Cornelio, dejando caer un pañuelo, que reco-  
ge doña Rita con el mayor sigilo.)

## ESCENA XVII

DOÑA RITA

RITA. Si yo quisiera, podría  
ganar la vida cosiendo;  
mas tengo tal afición  
y tanto amor á lo ajeno,  
que... vamos, no estoy tranquila  
hasta que no lo poseo.

Y eso que hace quince días  
que en cuantos bolillos meto  
la mano, no hallo un real.  
Tengo en casa un cofre lleno  
de pañuelos de algodón,  
cajas de rapé, llaveros,  
dedales y cortaplumas,  
y papeletas de empeño,  
Si esto sigue así, no hay más,  
el mejor día me muelo:  
y no es eso lo peor,  
sino que voy al infierno  
derecha, si es que le hay,  
que yo, francamente, creo  
que al fin y al cabo en la gloria  
todos juntos nos veremos.

### ESCENA XVIII

DOÑA RITA y el CRIADO, que sale por la derecha con una cesta  
grande en el brazo.

- RITA.           ¿Adónde vas, buen mozo?  
CRIADO.       (Mirándola con extrañeza.)  
                  Voy hacia casa.  
RITA.           ¿Tan pronto?  
CRIADO.       Nunca he visto  
                  vieja más rara...  
                  No la conozco...  
RITA.           ¿Sabes que eres muy guapo?  
CRIADO.       ¡Me echa piropos!  
                  En mi pueblo me han dicho

que aquí hay marquesas  
que enamorarse suelen  
de nuestras prendas.  
Bueno estaría...



RITA. Pero esta no es marquesa;  
tiene una pinta...  
Se conoce que ricos  
son tus señores,  
porque llevas la cesta  
con provisiones  
que hay para un año.

CRIADO. Pues no sé si con ellas  
se dará abasto.

(Doña Rita empieza á registrar la cesta del criado, sin que éste se aperciba.)

Sirvo en *ca* de un fondista  
de los mejores,  
y acuden á su casa

mil señorones,  
que, aunque no pagan,  
quieren que se les sirva  
lo mejor *que haiga*.  
Hoy tendremos un día  
barbián, flamenco,  
porque hay tres desafíos,  
boda y entierro.  
Y como es moda,  
*dimpués* de todo esto,  
van á la fonda.

RITA. (Después de haber logrado robar de la cesta una liebre  
que oculta debajo del mantón.)

Entonces, vete, corre,  
no te detengas...

CRIADO. Y digasté, ¿á qué debo  
la dicha ésta,  
de haberle hablao?

RITA. Te lo diré mañana,  
ven más temprano.  
¡Adiós, pillín del alma!  
(Haciéndole fiestas en la cara.)

CRIADO. ¡Adiós, pichona!  
Volveré... (Las espaldas.  
¡Vaya una momia!) (Vase.)

### ESCENA XIX

DOÑA RITA, contemplando entusiasmada la liebre.

RITA. ¡Qué hermosa eres!  
¡Donde menos se piensa

salta la liebre!  
(Se dirige al fondo y le detiene un pilluelo.)

## ESCENA XX

DICHA y el PILLUELO.

PILL. Ahora mismo viene usted  
conmigo á aquella taberna,  
y me ha de dar la mitad  
de la liebre; y si se niega,  
llamo al muchacho, y le digo  
que la robó de su cesta.

RITA. (Queriendo ocultar la liebre.)  
Pero ¡chico, tú deliras!...

PILL. ¿Que deliro? ¡Eh! (Llamando al criado.)

RITA. (Tapándole la boca y cogiéndole de un brazo.)  
¡Ten la lengua!

¡Maldito, permita Dios  
que veneno se te vuelva!

(Vanse por el fondo, pero sin que el Pilluelo suelte la  
liebre.)

## ESCENA XXI

ANDRÉS, vestido muy elegante, en traje de mañana; MUNICIPAL  
detrás de él; después gente del pueblo, que los rodea, y NICOLASA.

MUNIC. ¿Caballerito?

ANDRÉS. ¿Qué ocurre?

MUNIC. Nada, que me entregue usted  
medio duro.

ANDRÉS. No comprendo;  
yo medio duro, ¿por qué?

MUNIC. Dispéñseme la pregunta,  
pero usted, ¿sabrá leer?

ANDRÉS. Sí, señor, y de corrido.

MUNIC. Pues entonces, lea usted  
lo que dice en la fachada  
de esa casa.

ANDRÉS. (Poniéndose los quevedos y mirando hacia adentro.)



Veamos, pues.

(Leyendo.) “*No se permite fijar  
carteles...*”

MUNIC. Siga.

ANDRÉS. (Continúa leyendo.) “*Ni hacer...*”  
Es verdad, amigo mío,  
(Metiéndose la mano en el bolsillo del chaleco,  
me ha cogido usted en la red.  
Pero debo á usted advertirle  
que yo no sé si tendré...

- MUNIC. No importa: quiere decir  
que si á usted lo mismo le es  
pasar un día en la cárcel,  
de pagar se evita usted.
- ANDRÉS. ¡Qué horror! ¡No faltaba más!  
¡Pues sería cosa de ver  
metido en el Saladero  
á todo un hijo de un juez!
- MUNIC. Allí hay de todo: hay personas  
que habrá visto alguna vez  
frecuando las tertulias  
de un barón ó de un marqués...
- ANDRÉS. Tome usted una peseta  
(Le da una peseta.)  
en plata; espérese usted...  
Ahí van dos reales en décimas...  
es decir que le dí seis...
- MUNIC. Faltan cuatro.
- ANDRÉS. Sí, es verdad;  
que seis y cuatro son diez.  
(Se registra los bolsillos.)  
Pues, hijo, siento decirle  
que no tengo...

## ESCENA XXII

DICHOS y MATILDE, en traje de modista.

- MATILDE. ¡Pero, Andrés,  
está usted con esa calma!...  
¡Hombre, me parece bien!...  
Y hace una hora esperándole

*pa* que me lleve al taller...

ANDRÉS. ¡Cielos, mi novia!

MATILDE. (Reparando en la gente.) ¿Qué es esto?  
¿Qué ha podido suceder,  
que se encuentra rodeado  
de gente?

MUNIC. Cállese usted.

Es que este caballerito  
acaba de cometer  
de urbanidad una falta,  
y estoy esperando á que  
me entregue los cuatro reales  
que faltan para los diez.

MATILDE. (Riéndose.) ¡Ah! Ya adivino, ¡qué risa!

ANDRÉS. ¡Por Dios! No se ría usted.  
¡Yo me desmayo, Dios mío!

MATILDE. (Sacando una peseta del portamonedas, y entregándosela al Municipal.)

Ahí va.

MUNIC. Tome usted el papel.

(Le entrega un papel.)

ANDRÉS. (Abriéndose paso entre la gente.)

Hasta otra vista, señora...

¡Qué vergüenza! (Huye precipitadamente.)

MATILDE. ¡Escuche usted!

(Vase riéndose en la misma dirección de Andrés; la gente que les rodeaba se esparce en distintas direcciones, menos Nicolasa, que se coloca en la mitad de la escena y se queda mirando al sitio por donde desapareció Andrés.)

ESCENA XXIII

NICOLASA.

NICOL. Vamos, *miste* que es gracioso.  
¡Si este Madrí es un belén!  
La *mitá* de los que van  
vestidos á la *dilniel*,  
como dicen los franceses,  
nunca tienen un *calé*.

ESCENA XXIV

NICOLASA y MUNICIPAL, que sale por la izquierda.

MUNIC. Y usted, ¿qué hace aquí parada?  
(Con malos modos.)

NICOL. Toma, *pus* bien claro está;  
estoy *pará*... porque estoy  
*rendía* de tanto andar.

MUNIC. Pues descanse en otro lado;  
aquí estorba el paso.

NICOL. ¡Yal  
Como fuera la Pascuala  
no le habría de estorbar...

MUNIC. ¡Silencio, desvergonzada!

NICOL. (Cogiendo la cesta con furia.)

¡Y dicen que hay *libertá*!

(Con retintín.)

¡Quién quiere comprar *guindillas*! (Vase.)

ESCENA XXV

MUNICIPAL.

**MUNIC.** No se las puede aguantar.  
Siempre en lucha estoy con ellas,  
y ni una vez se verá  
que á relucir no me saquen  
lo de que “no hay libertad”.  
Y no son ellas las únicas;  
que casos se han dado ya  
de decirle á un panadero:  
“amigo, venga ese pan,  
porque está falto de peso,  
y no es nada regular  
que así engañe usted al público.”  
“No lo entrego, ¡voto á san!...  
que para eso tenemos  
un Gobierno liberal,  
y hay libertad para todo.”  
Sí, suelo yo contestar,  
tiene usted razón, la hay,  
pero no para robar.  
(Mirando al reloj.)  
¡Hola! Son las siete y veinte;  
me retiro, que hora es ya...

ESCENA XXVI

**DICHO** y el **CESANTE**, que sale por la derecha, con la cara vendada.

**CESANTE.** ¡Por Dios, venga usted á poner  
entre aquella gente paz!

MUNIC. ¿Qué sucede?

CESANTE. Que dos hombres

en la plazuela se están  
dando cada navajazo,  
que tiembla el mundo, y es tal  
la rabia con que pelean,  
que yo los fui á separar,  
y si me descuido un poco,  
vamos, me abren en canal.

¡Mire usted qué navajazo  
me dieron en el gabán!

(Se vuelve de espaldas y se le ve roto el gabán desde el  
cuello á los faldones.)

MUNIC. No los veo.

CESANTE. (Colocándose más cerca de los bastidores.)

Desde aquí...

Más abajo del billar.

MUNIC. Yo no soy de ese distrito;  
allí está el municipal. (Vase.)

## ESCENA XXVII

CESANTE.

CESANTE. Hoy no gano para sustos...  
no hay que dudarle, yo vivo  
de milagro: ¡si tuviera (Desesperado.)  
á mano algún cachorrillo!... (Transición.)

Le vendía ó le empeñaba,  
porque ya siento apetito.

(Mirando á todas partes.)

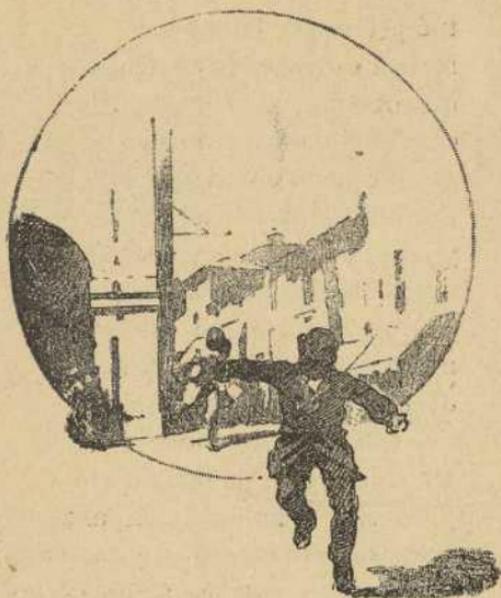
¿Dónde estará el de orden público?

¡Ya le veol

(Echa á correr hacia la derecha, y tropieza con el Barbero, que sale.)

¡Mi asesino!

(Huye aterrorizado, y el Barbero le sigue corriendo.)



### ESCENA ULTIMA

Se oye á lo lejos una marcha; la gente se agolpa hacia el segundo término derecha, y entre aquélla se verá á NICOLASA; un INVÁLIDO cojo, tuerto y manco, atraviesa corriendo la escena y se coloca entre la gente: este cuadro ha de presentarse animadísimo.

NICOL. Chicas, mirad los soldados que se marchan á la Habana.  
¡Qué buenos mozos son todos!

INVÁL.

¡Ay, pobrecillos! ¡Qué lástima!  
Señor inválido, ¡qué!  
¿al verlos no se entusiasma?  
¡Voto á un cañón! ¡Quién pudiera  
acompañarlos! ¡Mi alma  
se llevan tras sí; mi dicha  
fué pelear por la patria!  
Nunca estuve más contento  
que oyendo silbar las balas  
en medio de los combates  
al grito de “¡Viva España!,  
Por ella estoy tuerto, manco  
y cojo, y tengo la espalda  
abrasada, de una vez  
en que, al entrar por Navarra,  
me arrojaron agua hirviendo  
desde un balcón de la plaza.

(Se oye la música más cerca.)

Ya se acercan: ¡hijos míos!  
¡Que viva el honor de España!

(Todos contestan calurosamente á este *viva*, y después  
de salir por la derecha Salcedo atado codo con codo, y  
detrás un municipal, cae el telón.)

Fernando Lucreño

# ULTRAMARINOS

SAINETE ORIGINAL Y EN VERSO

DE

*TOMAS LUCEÑO*

Estrenado en el Teatro de la Comedia la noche del 26 de Noviembre de 1886.

# REPARTO



## PERSONAJES

## ACTORES

---

|                                                |                      |
|------------------------------------------------|----------------------|
| DOÑA TECLA (ama de huéspedes).....             | SRA. GÓRRIZ.         |
| ROSA (pantalonera).....                        | SRTA. GONZÁLEZ.      |
| DOÑA LUCÍA.....                                | SRA. VEDIA.          |
| LUISA.....                                     | SRTA. MONTES DE OCA. |
| ANTOÑITA (criada de once años de edad).        | NIÑA RIAZA.          |
| DON PABLO (amo de la tienda).....              | SR. ROMEA.           |
| RUFINO (cochero).....                          |                      |
| EL SEÑOR MELCHOR (zapatero de }<br>viejo)..... | RUIZ DE ARANA.       |
| RODRÍGUEZ (Seren).....                         | ALTARRIBA.           |
| DON LINO.....                                  | RIQUELME.            |
| NICASIO (dependiente de la tienda.)....        | BALAGUER.            |
| UN TIMADOR.....                                | GALVÁN.              |
| ALFREDITO.....                                 | RUBIO.               |
| UN INSPECTOR.....                              | MAÑAS.               |
| MARIANO (dependiente).....                     | PIRIZ.               |
| AYUDANTE DEL TIMADOR.....                      | SERNA.               |

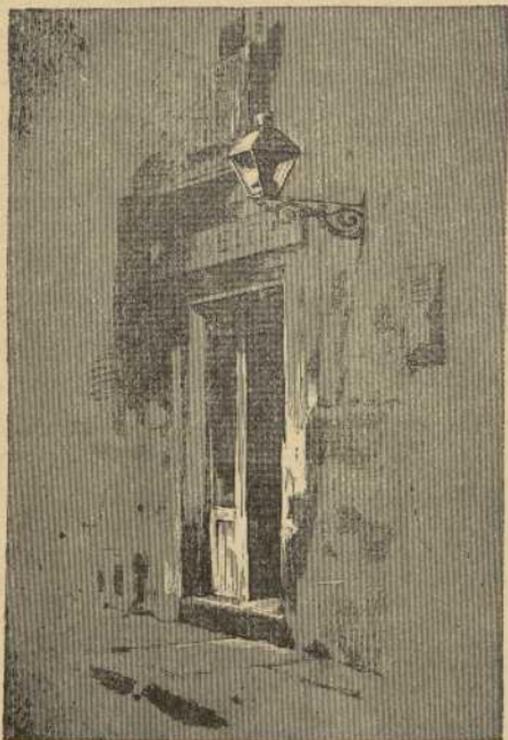
---

La escena en Madrid.—Época actual.

## ACTO ÚNICO

---

Tienda de comestibles en un barrio extremo de Madrid. Puerta al foro: á la izquierda un escaparate con los artículos propios de estos establecimientos. A la derecha, primer término, mostrador. A la izquierda, primer término también, una mesita con una silla. Sacos de arroz,



garbanzos y judías, etc., esparcidos por la escena de modo que no estorben la acción. Detrás del mostrador NICASIO escribiendo. DON PABLO, colocando en el escaparate los géneros que marca el diálogo, y MARIANO entregándole los que le va pidiendo aquél. Ambos están de espaldas al público. Empieza á amanecer. Óyese el ruido de las campanillas de las burras de leche. Suenan seis golpes y dos repiques cerca de la tienda, y una voz que dice: «¡El burreroooo!» que es contestada, á poco rato, por otra de mujer: «¡Ahora bajo, pero no mire usted!»

## ESCENA PRIMERA

DON PABLO, MARIANO y NICASIO.

MAR. ¡Seis golpes y dos repiques!  
Pues cuando esté incomodado  
el vecinito, si quiere  
coge el cielo con las manos.

PABL. No lo creas: ¡si es el cura  
que habita en el piso bajo!  
Como la casa es moderna,  
la distribución de cuartos  
es con arreglo á la moda;  
hay primero piso bajo;  
encima bajo segundo,  
bajo tercero, más alto,  
subes cincuenta escalones  
y estás en el cuarto bajo.

MAR. ¡Bien dicen, que cada día  
se sabe algo nuevo!

PABL. ¡Clarol

(Contemplando con gozo el escaparate.)

¡Has visto un escaparate  
mejor puesto en todo el barrio?

Mira: formando la base  
de lo demás, los garbanzos.  
Sobre ellos, así... esparcidos  
higos, pasas y cacao...  
¡Esto es elegancia y gusto!  
No lo dudes, Mariano,  
los artículos *comibles*,  
mucho antes que en el estómago,  
deben entrar por los ojos.

El *Champagne*.

(Mariano le acerca una botella.)

Hay que anunciarlo  
con la majestad debida,  
por ser artículo caro. (Leyendo la etiqueta.)  
A ver: precio fijo, un duro;  
pero si es para llevarlo (Sigue leyendo la etiqueta.)  
dos pesetas. Me parece  
que no le hay ya más barato.  
Mi tienda, por el surtido  
tan numeroso y variado,  
no parece que se encuentra  
lo que se dice pegando  
con la puerta de Toledo,  
y casi casi en el campo.  
(A Nicasio.) ¿Y los anuncios?

Nic.

Ya están.

(Nicasio deja de escribir, salta por encima del mostrador y se acerca á don Pablo, presentándole dos cuartillas de papel, atravesadas cada una por una caña de cortas dimensiones.)

Fíjese usted bien, don Pablo;  
me han salido dos quintillas

de cuatro versos.

PABL. (Con asombro.) ¡Canario!

NIC. (Leyendo con pretensiones:)  
“Aunque me esté mal decirlo,



soy garbanzo sin igual;  
parroquiana, si me pruebas,  
no te hartas con un costal.,

PABL. (Admirado.) ¡Perfectamente!

NIC. El segundo  
está mejor acabado.

(Leyendo:) "Soy de buena calidad,  
comerme sin regodeos,  
soy blando como el coral...  
También se venden fideos."  
(Con orgullo.) ¿Pegan bien?

PABL. ¡Divinamente!

¿Pero son tuyos? ¡Me escamo!..  
Yo recuerdo una comedia  
que vi cuando era muchacho,  
en donde había unos versos  
parecidos. (Como queriendo recordar.)

¡Ahl ¡Ya caigo!

*Los amantes de Teruel.*

¿Ves? ¡De ahí los has copiado!

NIC. (Muy enfadado.) Si no son míos, permita  
Dios que cuando esté expirando  
la salud me falte... ¡Vaya,  
después de tanto trabajo!

PABL. Bien; pero aquí hay un defecto  
y es conveniente enmendarlo...

La palabra *calidad*

termina en *s*, muchacho,  
¿no comprendes tú que hace  
referencia á los garbanzos?

(Marcando mucho la *s* de la palabra «garbanzos».)

NIC. (Dudando.) ¡Me extraña! De ortografía  
mire usted que entiendo algo.

(Quitán lose de repente la pluma que habrá tenido detrás  
de la oreja.)

¡Toma, toma; pues si he escrito  
con la pluma de Mariano!

¡Ya decía yo!..

(Se dirige al mostrador, hace como que enmienda el escrito,  
y se lo presenta de nuevo á don Pablo.)

PABL.

¡Qué cabezal

¡Al fin escritor! Veamos:  
están bien... Ponlos en sitio  
que los lea el parroquiano  
á primera vista.

(Nicasio los coloca dentro del escaparate.)

Ahora

al mostrador; y yo, en tanto  
que empieza á venir la gente  
le voy á dar un repaso  
al folletín; es precioso  
y ya me va interesando...

(Se coloca detrás del mostrador y empieza á leer *La Correspondencia de España*.)

Vamos á ver cómo acaba:

(Leyendo:) "El conde sigue *parlando*  
con su *gran madre*, que tiene  
en desorden los *caballos*;  
un bello joven *remonta*  
la escalera: lleva el *hábito*  
de *campiña*, y en la puerta  
suenan golpes *espaciados*.  
La duquesa está *seriosa*,  
y colocando la mano  
*gacha* sobre las rodillas  
del conde, dice: *mi caro*,  
*qué hora tiene él*. Y entonces  
contesta el conde, sacando  
su *muestra: las once horas*  
*gran madre*, si no me engaño „

“Se continuará mañana.”

¡Muy bien!... (Repasando el periódico.)

A ver si trae algo.

(Leyendo otra vez:) “Hoy han llegado á Madrid los antiguos diputados Ruiz y Pérez, con divisa verde y azul; son hermanos de aquellos que tanto juego dieron el lunes pasado.”

(Asombrado.) ¡Qué atrocidad!... ¡Toma, toma!... ¡Si me he comido de un salto dos columnas... ¡Cuando digo que estoy del todo chiflado!

## ESCENA II

DICHOS y RUFINO, de cochero, entra muy desesperado.

RUF. ¡Buenos días!

PABL. ¡Buenos días!

RUF. (A uno de los dependientes.)  
Dame un panecillo largo  
con un cuarterón de queso;  
y si me das cuatro palos  
en mitad de la cabeza,  
te lo agradezco y te abrazo.

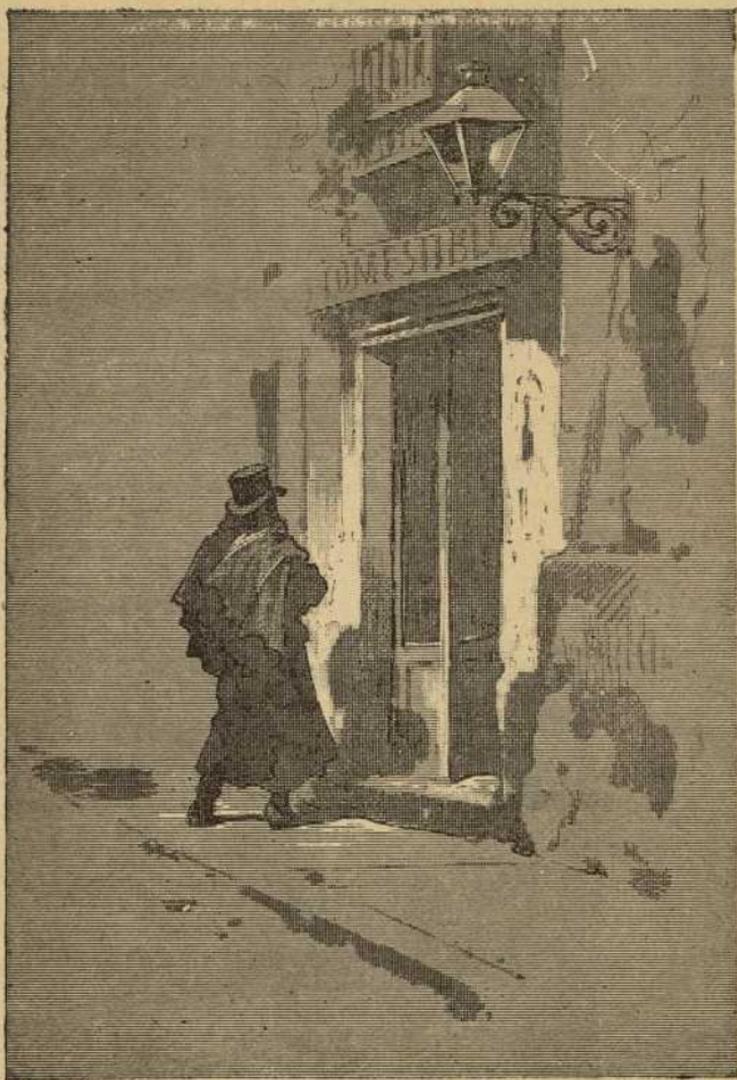
PABL. ¿Qué pasa?

RUF. ¡Malditos sean  
los coches y los caba los,  
el que inventó los simones,  
el que pensó en alquilarlos,  
las mujeres y los niños,

los jóvenes, los ancianos!...

PABL. ¿Y nada más?

RUF. Sí, señor;



y todo el género humano.  
Hace lo menos dos meses  
que no sé lo que es un cuarto.  
"Cochero, á la Castellana;  
pero no, que me he fijado  
en el número; es el trece,  
y va á sucederme algo.,,  
"Oye, simón, dice otro,  
me vas á llevar vo ando...  
No quiero ya, que es el número  
de mal agüero, y me escamo.,,  
Y así se me pasa el tiempo,  
siendo lo peor del caso  
que si alguien me toma el coche  
lo disfruta sin pagarlo.

PABL. Pues ayer en tu berlina  
iba gente.

RUF. Un diputado  
con la mujer de un ministro,  
que en Atocha me tomaron.  
A las doce nos pusimos  
en movimiento, y al rato  
se presentó su excelencia  
y la emprendió á bastonazos,  
rompiéndome los cristales  
y dándome á mí de palos.

PABL. ¡Qué atrocidad!

RUF. Sí, señor;  
y buenos, y más de cuatro.  
Me causó una conmoción  
cerebral en este brazo.  
Por supuesto que después

del lance, se evaporaron.  
Yo pregunté á un polizonte  
que quién me abonaba el gasto,  
y me respondió que el Nuncio,  
y se fué tan campechano.  
Al pasar por Fornos sacan  
á un señor muy bien portado  
que quiso cenar de gorra,  
y le hicieron mil pedazos  
la cabeza... “Alto el coche,  
me dice un guardia; volando  
á la casa de socorro  
con este pillo.”—Llegamos...  
y ya no pido el importe  
porque sé que no han de dármelo;  
pero saco mi cartera  
y apunto: Diciembre, cuatro;  
me debe el Nuncio un servicio  
en Madrid, y otro en el Prado.  
Dígame usted si ahora debo  
renegar de los caballos,  
maldecir á los simones...

PABL. Y á todo el género humano.  
Si ya me lo has dicho antes;  
no hace falta enumerarlo.

RUF. En fin: vamos á almorzar,  
y paciencia. Antes un trago.

(Se acerca á la mesita de la izquierda, y se dispone á almorzar.)

ESCENA III

DICHOS, ALFREDITO y LUISA, sietemesinos en traje de camino, elegantes, pero muy exagerados. Entran con precipitación y toda esta escena la llevan con rapidez.

- ALF. (Acercándose al mostrador:)  
Deprisita, que es muy tarde.  
(Don Pablo y los dependientes se preparan á servirle.)  
Una botella de Ojén.
- LUISA. Hombre, no; que escuece mucho  
y dan ganas de toser.  
Es mejor anís del mono.
- ALF. Bueno, del mono también...



- LUISA. Queso manchego, dos kilos.  
Manchego, no, de Gruyère.
- ALF. (Impaciente.) Lo mismo da; pastas finas.

- LUISA. (A don Pablo.) No se las despache uste  
son mejores los bizcochos  
para tomar el café.
- PABL. (Dejando de despachar.) Vamos, decídanse ustedes.
- ALF. Que se va á marchar el tren,  
no seas tan caprichosa,  
que nos quedamos á pie.
- LUISA. (Enfadada.) Bueno, compra lo que quieras  
que yo no lo he de comer.
- PABL. Vamos, no hay que disgustarse.
- LUISA. Si es éste; calcule usted  
que hace una hora nos hemos  
casado aquí en San Andrés,  
y mire usted qué principio  
tiene mi luna de miel.  
Si hoy me llevas la contraria  
dime tú: ¿qué harás después?
- ALF. (Con cariño.) ¿Después?... Eso, en el camino,  
despacio lo pensaré.  
(A don Pablo.) Diga usted. ¿A qué hora sale  
el mixto para Aranjuez?
- PABL. Siete y sesenta minutos.
- ALF. Anda, me alegro: ¿lo ves?  
Ya no llegamos.
- LUISA. Sí tal:  
en un coche de alquiler  
nos plantamos en un verbo.
- ALF. (Sacando el reloj.) Ocho menos dieciséis.  
Además, es necesario  
lo que nunca suele haber,  
que es un caballo que corra  
mucho.

RUF. (Dejando precipitadamente de almorzar y levantándose del asiento.)

Servidor de usted.

Vengan los líos.

(Coge las maletas y demás enseres que llevan Alfredo y Luisa.)

Son pocos.

ALF. Hombre, ¡cuántos han de ser,  
si somos recién casados?

(Con malicia.) ya se aumentarán después.

RUF. (Echa á correr hacia la puerta del foro, dejando antes en el mostrador su botella de vino, el queso y el pan.)

(A don Pablo.) Aquí le dejo el almuerzo,  
que yo pronto volveré.

No olvide que está pagado.

PABL. ¡Bueno!

ALF. (Cogiendo del brazo á Luisa y saliendo apresuradamente con Rufino.)

Servidor de usted.

(Vanse Rufino, Alfredo y Luisa.)

#### ESCENA IV

DICHOS y RODRÍGUEZ, que aparece en la puerta y entra después de haber apagado de un soplo la luz del farol que llevará pendiente del chuzo.

ROD. Señor don Pablu, buen día.

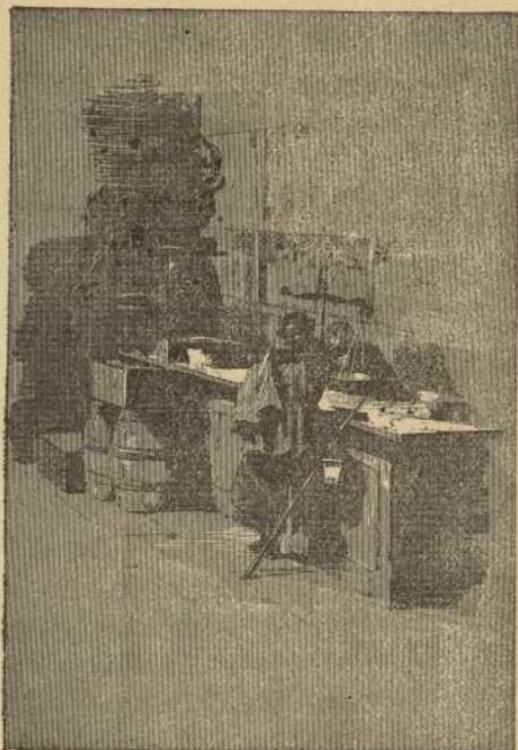
PABL. ¡Hola, Rodríguez, muy buenos!

¿Qué tal ha sido la noche?

ROD. Muy mala: cuando no he muerto  
bien puedo decir á usted

que de fiju nun fallezcu  
mientras viva.

(A Mariano.) El chocolate.



Marianín,

(Bebe una copa de aguardiente que le sirve Mariano.)

ha habidu un fuegu  
monrucutudo, en la tienda  
de Nicolás el barbero.  
Ya todú aquello es *paviesas*.  
¡Se le ha quemado hasta el pelu!  
Pues habrá sido muy poco;

**PABL.**

es más calvo que San Pedro.

ROD. Digo el del escaparate,

PABL. Siendo así, ya lo comprendo.

ROD. ¡He dejadu tamañitu  
á todo el barrio!

PABL. ¡Lo crecl

ROD. Penetré como un valiente  
en el establecimiento,  
y encontréme desmayada  
una mujer en el suelo;  
estaba medio desnuda  
y ardíale todo el cuerpo.  
Yo, sin mirar el peligro,  
en mi capote la envuelvo,  
cargu con ella, á la casa  
de socorru me la llevo,  
y á los médicos de guardia  
con gran cuidado la entrego;  
pero, amigo, yo non tuve  
la culpa del contratiempo  
que sobrevinu.

PABL. ¿Murió?

ROD. ¡Cál non señor, ni por piensu;  
resultó que la señora  
á quien salvé del incendio,  
era una de esas muñecas  
que tienen los peluqueros.

PABL. (Riéndose.) Hombre, ¡el lance es muy gracioso!

ROD. Pero mi comportamiento  
es *dino* de que me den  
en recumpensa algún premio.  
A mi primo Bonifacio,

por salvar en otro fuego  
á un señor que estaba ya  
carbonizado, le dieron  
en pagu de semejante  
hazaña, la cruz del Mérito  
naval... Yo creo tener  
á esa misma cruz derecho.

PABL. (Aparte.) ¡Qué estúpido!

ROD. ¡La reclamó!

PABL. Hombre, yo no entiendo de eso.  
Bebe la última copa  
y á descansar.

ROD. Hoy no puedo;  
celebramos una junta  
á las diez los matuteros,  
para tratar de negocios  
correspondientes al gremio.

PABL. (Con sorpresa.) ¿Te dedicas al matute,  
Rodríguez?

ROD. ¡Pues ya lo creo!  
hay que ganarse la vida.

PABL. (Con gravedad.) Pues eso está muy mal hecho:  
¡autoridad por la noche  
y por el día ratero!

¡Tu proceder es indigno  
y ya mi amistad te niego!

(Le vuelve la espalda con desprecio; pero en seguida le dice  
con afabilidad:)

Mas, si no te comprometes  
traéme dos ó tres pellejos  
de vino.

ROD. ¡Con mucho gusto...

- abonando los derechos!
- PABL. Hombre, no: ¡qué cosas tienes!
- ROD. ¡Como dice usted *qui es feo*  
eso del matute!
- PABL. (Con gravedad otra vez.) Sí:  
lo repito y lo sostengo.  
(Transición como antes.)  
Y si hay jamones baratos,  
te *cuelas* con un par de ellos.
- ROD. Vamos, como todos; mucho  
sermón, y ande el movimiento.  
(Disponiéndose á pagar.)  
¿Qué se debe?
- PABL. (Dándole golpecitos en el hombro):  
Cuando cumplas  
mis encargos, hablaremos. (Vase el Sereno.)

## ESCENA V

DICHOS, ANTONITA, criada de once años de edad, que aparece en el dintel de la puerta, desde donde dice las primeras palabras. Lleva pañuelo á la cabeza y una cesta descomunal, que no esté en relación con su estatura.

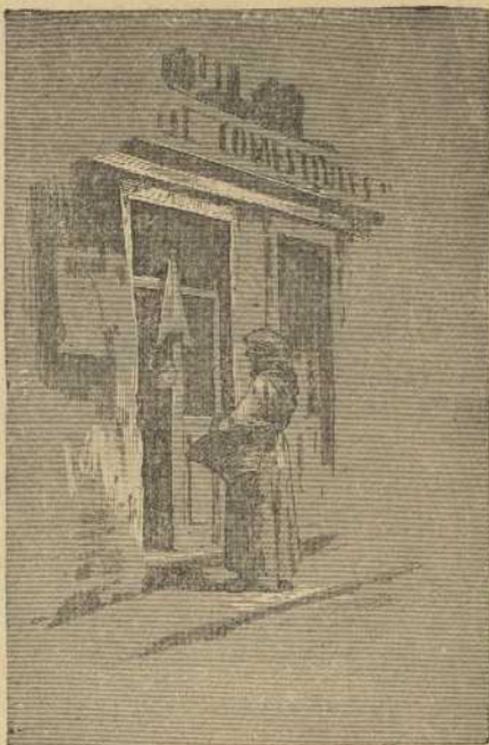
- ANT. ¿Ha venido mi señora?
- PABL. (Con extrañeza.) ¡Tu señora!
- ANT. Doña Tecla:  
una patrona de huéspedes,  
parroquiana de esta tienda.
- PABL. No la he visto por aquí.  
Tardará poco.
- ANT. (Entrando.) Pues mientras,

váyame usted despachando.

PABL. (Con ironía.) ¿Te se ha olvidado la cesta?

ANT. (Muy enfadada.)

Le advierto que no me gustan



las bromas.

PABL. Mujer, dispensa...

Despáchala tú, Nicasio,  
y haz porque quede contenta.

ANT. (Dejando la cesta sobre el mostrador.)

Chocolate, media libra  
de lo mejor; de á peseta.

- NICAS. (Metiendo en la cesta el chocolate.)  
Superior.  
(Tocándole la cara.) ¿Sabes que tienes  
un palmito de primera?
- ANT. (Retirándose con dignidad cómica.)  
Estése usted quieto, vaya;  
busque usted quien le divierta.
- NICAS. ¡Chica, qué genio me gastas!
- ANT. El de los días de fiesta.  
Estoy ya desengañada  
de los hombres... dan más vueltas.  
Decir hombre, es decir... trucha.
- NICAS. (Con ironía.) ¿Las quería usted en conserva?  
(Siguen hablando en voz baja.)

## ESCENA VI

DICHOS y DOÑA TECLA, patrona de huéspedes pobres. Tiene muy mal genio y se dirige furiosamente á don Pablo.

- TECLA. Felices.
- PABL. Dios guarde á usted.
- TECLA. Me tiene usted muy contenta.  
Si así se porta con una  
parroquiana de mis prendas,  
y que paga puntualmente..
- PABL. (Aparte.) A los diez meses de fecha.
- TECLA. Dígame usted lo que haría  
con una mujer cualquiera.
- PABL. Es decir, que la criada  
que le envié, no era buena.
- TECLA. No, señor; usted me dijo

que era fiel, limpia y discreta,  
y he tenido que plantarla  
de patitas en la acera.  
Y gracias á que he tomado  
ayer mismo esta doncella (Por Antoñita.)  
que me sirve para todo...  
aunque es verdad que me cuesta  
tres duros cada dos meses...  
¡Vaya con la tal Ruperta!  
Después que yo la trataba  
como trato á todas ellas,  
con dulzura y con respeto...  
que lo diga la pequeña.  
(A Antoñita.) ¡Tenga usted cuidado, estúpida,  
que se va á caer la cesta!  
En alhajas solamente  
me ha robado una riqueza;  
vaya usted contando: una  
preciosísima pulsera,  
imitación de azabache,  
que me costó tres pesetas;  
un medallón guarnecido  
de esmeraldas y de perlas,  
que de noche, y de algo lejos,  
daban un chasco á cualquiera.  
En fin, hasta se ha llevado  
(y esto no habrá quien lo crea)  
una colección de ligas  
católicas.

PABL. ¡Doña Teclal! (Como dudando.)

¿Y qué es eso?

TECLA, Es un periódico

que se publicó en Valencia,  
y del que fué director  
mi marido, que Dios tenga...

PABL. ¿Pero ha muerto?

TECLA. ¡De raíz!

PABL. ¿Y á qué edad?

TECLA. A los ochenta:  
cuando más le sonreía  
el porvenir.

PABL. ¡Frioleral...

TECLA. Cuando tenía seis meses,  
enfermó de una rabieta,  
y desde entonces no tuvo  
el infeliz hora buena. (Afligiéndose.)  
¡Desgraciado... En fin, patatas!...  
(Pausa, como esperando á que don Pablo la despache.)

TECLA. Despácheme usted: ¿en qué piensa?

PABL. ¿Pero qué es lo que usted quiere?

TECLA. ¡Hombre, no sea usted babeiaca!  
¿Está usted sordo? Patatas.

PABL. Dispense usted, doña Tecla.  
Yo creí que como término  
á la historia de sus penas  
exclamaba: en fin, patatas.

TECLA. ¿Hay fiambres?

PABL. Cuantos quiera.

TECLA. Entonces, póngame usted  
dos cuarterones de lengua.  
Tengo un huésped académico  
y me gustará que vea  
que, aunque patrona, también  
entiendo de esa materia.

Chorizos de confianza,  
¿tiene usted?



- PABL. No: de etiqueta;  
francamente, son muy malos  
y el crédito de mi tienda  
es ante todo.
- TECLA. Sardinas  
en lata... ¿Pero son frescas?
- PABL. (Dándole la lata.) Superiores: yo respondo.
- TECLA. Pues quédese usted con ellas;  
(Va á colocarla en la cesta y se arrepiente y se la da á don Pablo.)  
no me conviene llevarlas,  
porque cuando son muy buenas  
se las comen en seguida  
mis huéspedes.
- PABL. ¡Ay, qué pelma!  
¿No se ofrece nada más?
- TECLA. No, señor. (A Antoñita.) ¡Vamos, acómila!  
(Antonia va á levantar la cesta y no puede.)  
¿Pero qué es eso, no puede  
usted levantar la cesta?
- ANT. No, señora, pesa mucho.
- TECLA. ¡Cómo está el servicio! Venga.  
(Coge la cesta y saca de ella un sombrero de copa muy apabullado, y se lo entrega á la criada.)  
Este sombrero, ahora mismo...  
sombrotería de Huertas,  
que le pasen bien la plancha,  
y que esté á las diez y media.  
Diga usted que es de don Roque,  
el senador por Palencia.  
Nada más: ya le conocen;  
tienen con él varias cuentas.

(Vase la criada cantando «Pobre chica, la que tien: que servir...» de *La Gran Via*.)

PABL. ¡Qué señora más cargante!

(Doña Tecla se dirige á la puerta, y de repente vuelve al mostrador.)

TECLA. ¿Sabe usted que no estoy cierta de si le he dado la lata?

PABL. ¡Ay, sí, señora, completa!

TECLA. Ea, pues, hasta otro rato; apúntelo usted á la cuenta. (Vase.)

PABL. Está bien; el mejor día se me acaba la paciencia, y, en vez de apuntar, disparo, y no vuelves á mi tienda.

(Don Pablo hace como que toma nota en un libro, y se retira por la puerta que habrá detrás del mostrador.)

## ESCENA VII

MARIANO y NICASIO, solos en el mostrador. Aquél empieza á enredar en el cajón del azúcar y á comerse algunos terrones.

NICAS. Marianito, estáte quieto,  
y no andes en el azúcar,  
que por comer golosinas  
estás como una lechuza...  
Voy á decirselo al amo,  
no me vaya á echar la culpa.

MAR. Mejor: yo le contaré  
que te levantas á oscuras  
por la noche, y que le coges  
chocolate y aceitunas,

para dárselos después  
á ese tipo de Tiburcia,  
que es tu novia.

NICAS. (Amenazándole.) ¡Si no callas!...

MAR. ¿Pero crees que me asustas?  
Le voy á decir también,  
para que te dé una zurra,  
que no estás matriculado  
en ninguna asignatura,  
y que, en vez de ir al Fomento,  
vas con esa pelindrusca.

NICAS. Que no consiento que nadie  
le falte á esa criatura. (Le da un coscorrón.)

MAR. ¡A mí tú! ¡Ya te has caído!  
¡Hortera, bribón, granuja!



(Luchan breves instantes sin salir del mostrador. En la  
pelea caen debajo de éste: se oyen los cachetes; hay mo-  
mentos en que no se ve á los dos dependientes. Entra don

Lino, se queda impasible viéndolos pelear, sin tratar de separarlos. Don Lino lleva dos talegos, la jarrita de la leche, y un mimbre con cuatro ó seis buñuelos.)

### ESCENA VIII

DICHOS y DON LINO.



- LINO. (Con mucha calma.)  
Suplico á ustedes que acaben pronto, porque tengo prisa.  
(Los dependientes dejan de pegarse.)
- MAR. Disimule usted, don Lino (Llorando.)  
han sido unas palabrillas entre yo y mi compañero.
- LINO. Con franqueza: yo no sirva de estorbo... si han concluído, á despacharme en seguida;

pero si no, continúen,  
que yo volveré otro día.

MAR. Vaya, ¿qué es lo que usted quiere?

LINO. ¿Cómo andamos de judías?

MAR. Se han subido.

LINO. ¡Caracoles!

En fin, echa media libra.  
Nada de kilos, ni gramos;  
no entiendo esa algarabía.  
Un cuarterón de lentejas;  
pero ¿sabes? de las finas,  
que mi mujer está anémica  
y el doctor que la visita  
se empeña en que ha de comer  
siempre cosas nutritivas.  
Me pondrás en un papel  
cualquiera, una cuentecita,  
pues mi esposa se figura  
que la siso... y no es mentira.

MAR. (Escribiendo:) Lentejas, catorce céntimos.

LINO. Pon veinte, y en las judías  
aumenta también un poco.  
¡Como hago tantas conquistas  
necesito esos piquillos!  
¡Claro!... estando todavía  
en la edad de las pasiones,  
las muchachas me electrizan.  
Tengo una pantalonera,  
Nicasillo, que es divina.  
A Dios le llama de tú...  
y á mí también.

NICAS. ¡Hola!

LINO.

Mira:

como tú eres reservado  
no importa que te lo diga.  
En este talego llevo  
su compra, y aquí la mía.  
Pon en el de ella, una lata  
ó dos de merluza frita  
en aceite, que sea buena.  
En este otro, media libra  
de bacalao del más malo,  
porque es para mi familia.  
Dos bollos de cinco céntimos  
á mi mujer... Pastas finas,  
queso de bola, que sea  
del mejor, para Rosita.  
Mi mujer, que no sospecha  
de todo esto ni pizca,  
por no saber, hasta ignora  
lo de... (De repente, y bajando un poco la voz.)  
¿tenéis aquí harina  
lacteada?

MAR.

Sí, señor.

LINO.

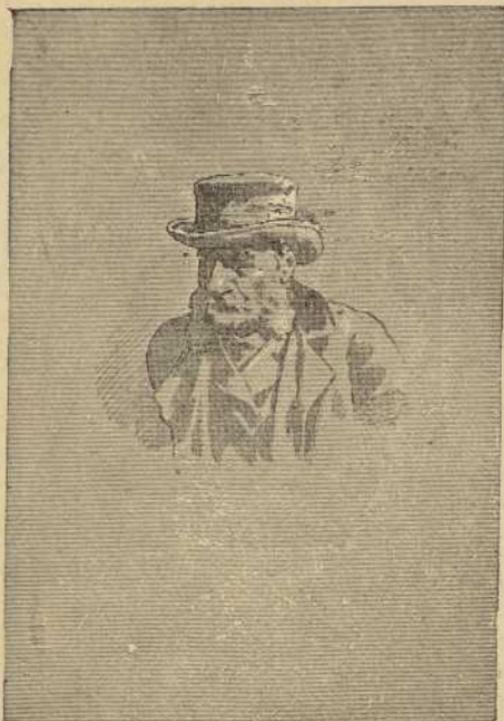
Dame una lata en seguida,  
que ya es tarde, y mi mujer  
habrá salido de misa.  
¡Es claro! lo que yo digo:  
no puede haber armonía  
entre ambos: e!la no piensa  
más que en las cosas de arriba,  
y yo en las cosas de abajo.  
¡Ya ves tú qué tontería!

ESCENA IX

DICHOS y DOÑA LUCIA, de luto, aspecto de gazmoña, rosario, devocionario, etc.

LUCÍA. ¡Gracias á Dios!

LINO. (Ocultando uno de los talegos.) ¡Mi mujer!



LUCÍA. Pero, hijo mío, ¿qué haces, dónde te metes? Después de oír misa y confesarme y cumplir la penitencia de seis Credos y diez Salves,

que recé por el camino  
viendo los escaparates,  
subo á casa, y no hay siquiera  
lumbre para el chocolate.

¡Ay, Lino! Voy sospechando  
que te entretienes con alguien.

LINO. (Aturdido.) No lo creas; el afán  
de comprar casi de balde,  
para que no te incomodes,  
fué causa de que tardase.  
Mira: yo vuelvo en seguida.

(Quiere irse, y doña Lucía le detiene.)

LUCÍA. Podemos ir juntos: ¡trae!

(Le quita el talego donde hace la compra para su novia, y lo registra.)

¡Cómo pesa!... ¡Calamares!

(Figura que ve en el talego lo que indica el diálogo.)

¡Ay, cuánto te lo agradezco!

LINO. (Turbado.) ¡Ha sido por obsequiarte!

LUCÍA. (Sigue registrando.)

¡Hígalo de bacalao! (Horrorizada.)

¿Para quién es esto? ¡Infame!

LINO. ¡Como es vigilia!

LUCÍA. (Sacando un paquete.) Y harina  
lacteada... ¡Miserable!

(Continúa registrando con mucha agitación.)

¡Aquí hay gato!

LINO. No, mujer,  
es una liebre muy grande...  
como es tu santo.

LUCÍA. Ahora sí  
que comprendo tus maldades.

ESCENA X

DICHOS, ROSA desde la puerta.

ROSA. ¡Pero, hombre, me traes la compra  
ó no! ¡Qué salero tienes!



LINO. *¡Tableau!* (Como está escrito.)

ROSA. Por esperarte  
se me ha pegado el aceite,

y tan y mientras tú aquí  
entregado al sexo débil.

LUCÍA. ¡La débil lo será usted,  
desvergonzada, insolente!  
¡El señor es mi marido  
desde el año treinta y siete!

ROSA. ¡Pues buen provecho le haga  
y que Dios se lo conserve!

LINO. (A su mujer.) ¡Cálmate!

ROSA. Yo vengo aquí  
por lo que me pertenece,  
que es mi talego. (Quiere quitárselo.)

LUCÍA. Este es mío.

ROSA. ¡Pues me gusta; que si quieres!... (Se lo quita.)

LUCÍA. (A Lino.) ¡Cuando lleguemos á casa  
te diré cuántas son siete!

LINO. Si ya lo sé... tres y cuatro:  
por eso no te molestes.

ROSA. Conque, abur.

LUCÍA. Voy á dar parte  
al juez, para que la lleven  
por seducción de menores  
á la cárcel de mujeres.

ROSA. Me las *guiyo*; pero quiero  
que sepa usted mayormente  
que si le hice caso, fué  
por la portera del nueve,  
que me habló por él; lo cual  
que para que le admitiese  
me dijo: «como una prueba  
de que es persona decente,  
te diré que es viudo».

- LINO. ¡Vamos!  
la razón es de las fuertes.
- ROSA. Además, me he resistido  
cuanto resistirse debe  
una mujer que se estima  
en todo lo que merece,  
esto es, dos días con sus  
dos noches correspondientes.
- LUCÍA. ¡Monstruo!... ¡Vámpiro! (Acometiéndole.)
- ROSA. Otra vez (Idem.)  
no vuelva á comprometerse.
- LINO. ¡Para cuándo son tus rayos  
Temístocles!
- LUCÍA. ¡Falso, alevel!
- ROSA. Yo me marchó á mis negocios.  
Abur, y usted me dispense.  
¡Cómo está la juventud  
en el siglo diecinueve! (Vase.)

## ESCENA XI

DICHOS, menos ROSA.

- LUCÍA. ¿Te has fijado en mi conducta?
- LINO. (Conmovido.) Ofrezco ser para siempre  
un casto Susano.
- LUCÍA. (Con gravedad.) Escucha:  
mi programa de hoy es éste:  
Ahora, á casa: allí á almorzar  
como dos que bien se quieren;  
que sin tener el estómago

bien repleto, no se puede  
alborotar todo un barrio  
como yo deseo, ¿entiendes?  
Después, escándalo en gordo,  
tanto, que se oiga en el puente  
de Vallecas; luego abro  
el balcón del gabinete,  
tomo carrera, y me tiro!

LINO. (Aparte.) ¡Ay, si tuviera esa suertel

LUCÍA. (Casi llorando) Y cuando venga el juzgado  
(que vendrá indudablemente)  
á levantar mi cadáver,  
diré sin compadecerme  
de tí, que tú sólo has sido  
el motivo de mi muerte.

(Se dirige á la puerta, seguida por Lino.)

LINO. ¡Señor, por piedad, que cumpla  
su programa textua'mente! (Vanse.)

## ESCENA XII

MELCHOR, zapatero de viejo, completamente borracho. NICASIO,  
MARIANO, que no han desaparecido de la escena y DON PABLO,  
que poco antes de terminar ésta habrá vuelto á colocarse detrás del  
mostrador.

MEL. A los pies de ustedé, don Pablo..  
¿Quiere ustedé hacerme el favor  
de decirme dónde vivo?

PAB. Vamos, éste la pescó  
de mañana. ¿No lo sabes  
hombre?

MEL.

¿Que no lo sé yo?  
Mejor que usted. Pero quiero  
que me haga usted el favor  
de decírmelo... lo exijo...



PABL.

Fues aquí cerca, en el dos  
de esta calle.

MEL.

¿Lo ve usted?  
¡Si no hay equivocación!  
á la derecha los pares,  
porque así lo manda Dios;  
los *impares* á la izquierda  
¿no es eso? Pero, señor...  
y ésta ha sido mi *matanza*,  
desde que tengo razón:  
¿por qué han de estar á la izquierda  
los *nones*? Sería mejor

todos en la misma acera,  
para evitar confusión,  
porque hay momentos en que uno  
no sabe cuál de las dos  
es la derecha... por mucha  
que sea su educación.  
Una copita.

PAB. ¡Pero, hombre!  
¿no te da vergüenza?

MEL. No.  
¿usted conoció á mis padres?  
Pues ninguno de los dos  
la tuvo, y yo no soy menos  
que ambos.

PAB. Por amor de Dios,  
vete á casa, que tu esposa  
estará con el temor  
consiguiente, y es preciso,  
siquiera por compasión,  
que salga de ese cuidado.

MEL. ¿De su cuidado? Si no  
hay de qué. ¡Bueno estaría,  
con más años que Sansón!  
Me tiene muy resentido  
y sin causa... porque yo  
soy con ella consecuente  
y firme como reloj.  
El día en que nos echaron  
en San Luis la bendición,  
en vez de darle un abrazo  
le di una tunda feroz;  
desde entonces á la misma

hora .. la misma función.  
Si quiere más consecuencia,  
que avise.

PAB.                   Vamos, Melchor;  
¡qué temprano la has cogido!

MEL.               Eso de temprano, no:  
¡la cogí ayer por la tarde  
y me ha tomado afición!

PAB.               ¿Y has pasado bien la noche?

MEL.               ¡Vaya! Con un inspector  
que me parece que estaba  
mismamente como yo.

¡Me ha dado la gran jaqueca!...

Empeñado el buen señor  
en saber lo que pensaba  
respecto á la dirección  
de los globos, y hasta que  
se lo dije, no paró.

Me voy á casa derecho,  
es decir, derecho... no.

Y diga usted, ¿dónde vivo?

(Pablo hace un movimiento de impaciencia.)

¡Ah! en el número dos.

Los pares á la derecha;

¡Vaya una numeración!

De seguro que en Marruecos  
está arreglado mejor.

(Desaparece tambaleándose y cantando una copla, á elección del actor que haga este papel.)

ESCENA XIII

MARIANO, NICASIO, PABLO y TIMADOR disfrazado de teniente alcalde con su AYUDANTE. Ambos tipos, raros. El Timador lleva bastón de autoridad.



(Dirigiéndose á don Pablo con malos modos.)

TIM. A ver, saque usted al momento  
salchichón, pan y garbanzos,  
y todo lo que usted tenga.

PAB. Si viene á decomisarlo,  
le advertiré, con respeto,  
que va á llevarse un gran chasco.  
Géneros como los míos  
no hay en Madrid.

TIM. ¡Bien, veamos!

Eso mismo dicen todos  
y luego hay cada gazapo...

(Don Pablo pone sobre el mostrador varios trozos de salchichón y los artículos que indica el diálogo.)

Corte usted una raja.

(Don Pablo corta un poco de salchichón.)

(Comiéndosela.) ¡Hombre!

¡Pero tiene usted descaro!

Este salchichón amarga  
y es más duro que un zapato.

(Dándole al Ayudante otro pedazo.)

¿No es cierto?

AYUD. (Después de comérselo.) Dice usted bien;  
se traga, mas con trabajo.

TIM. Venga un vaso de aguardiente;  
de Valdepeñas, de algo,  
á ver si hacemos que pase.

PAB. ¡Pero, señor, si no es malo!

TIM. ¡Silencio!

(Le entrega todo el salchichón al Ayudante y éste se lo  
guarda en los bolsillos de la americana.)

(Cogiendo varios panecillos y examinándolos.)

¡Y es éste el pan  
que usted despacha! Está falto  
de peso. (Al Ayudante) ¡Guárdese usted  
estos panecillos largos!

(El Ayudante se los guarda en la americana, de manera  
que queden á la vista del público.)

Café de Matías López...

(Cogiendo un paquete.)

¿Será bueno?

(Va á desenvolverlo; pero se arrepiente y se lo da al Ayu-  
dante.)

Por si acaso,  
guárdese usted estos paquetes;  
también van decomisados.

(Fijándose en el almuerzo que dejó el cochero sobre el  
mostrador.)

Este vino y este queso  
de seguro serán malos.

(Se lo entrega al Ayudante.)

¡Yo le ajustaré las cuentas!

¡Y éste es el comercio honrado  
de Madrid!... (Yéndose.)

PAB. (Saliendo tras él.) ¡Pero, señor,  
que no lo ha visto despacio!

TIM. ¡Volveré!

PAB. ¡Si esto no es justo!  
Y diga usted ¿á quién reclamo?

TIM. (Bruscamente.) ¡Al Nuncio!

RUF. (Sale con gran desesperación.) Precisamente  
yo le he servido hace un rato.  
(A Don Pablo.) ¡Mire usted qué medio duro  
de aquellos recién casados!

PAB. (Sofocado.) ¡Déjame en paz, bueno estoy  
para negocios extraños!

RUF. ¡Mi almuerzo!

PAB. Sí, búscale,  
también lo han decomisado.  
¡Ahí tienes la autoridad!

RUF. (Acercándose al Timador y á su Ayudante, que se habrán que-  
dado á la puerta arreglando los artículos que se llevaban.)  
¡Ése! Ahora que reparo,  
si este señor es el mismo  
de Fornos: pues si es un caco.

(Quiere sujetarle, y echan á correr; va á seguirlos y le de-  
tiene el Inspector, que sale.)

INSP. (Desde la puerta.) No apurarse, que los guardias  
los pondrán á buen recaudo. (Mirando hacia la  
calle.)

Ya los han cogido... pronto  
á la prevención.

PAB. ¡Canastos!  
¿Pero no es teniente alcalde?  
INSP. ¡Si es un timador, don Pablo!  
¡Se ha dejado usted engañar!  
PAB. ¡Por vida del rey de bastos!  
Pero me devolverán  
los géneros.

INSP. ¡Pues es claro!  
aunque es forzoso que antes  
se queden en el juzgado:  
formarán causa á los reos  
y cuando estén sentenciados,  
dentro de cinco ó seis meses,  
ó, todo lo más, de un año,  
entonces se los devuelven.

PAB. ¡Ya comprendo... apollados!  
¡Quiere decir que de todas  
maneras soy el pagano!

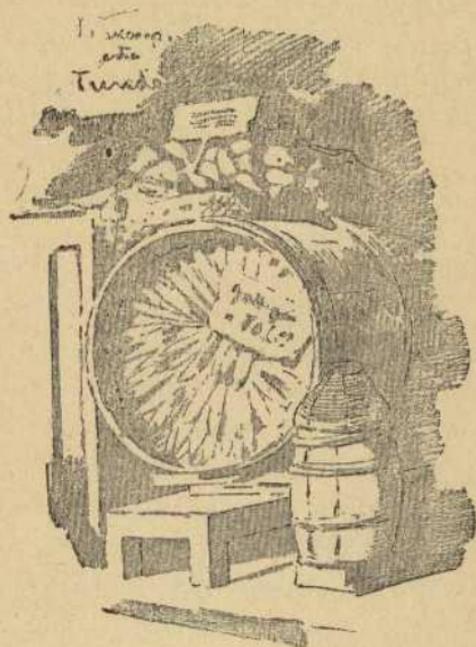
(Se oye en la calle gran ruido de silbidos, gritos y dos tiros no muy cercanos. Todos se dirigen con gran curiosidad á la puerta, por donde entra don Lino muy asustado.)

## ESCENA XIV

DICHOS y DON LINO

INSP. ¿Qué ocurre? (Todos rodean á don Lino.)  
LINO. No hay que asustarse (Sobresaltado.)  
señores, que ya no es nada.  
Don Pablo, haga usted el favor  
de darme un vaso de agua.

Un matutero á caballo,  
que quería entrar dos cajas  
de petróleo y tres pellejos  
de vino y ¡claro! los guardias,



aunque parezca increíble,  
eran de opinión contraria;  
se enredan á tiros, y él,  
viéndose sin esperanza,  
echa al galope, y arroja  
al suelo cuanto llevaba;  
pero las cajas malditas,  
no sé por qué circunstancia,  
caen dentro de una berlina

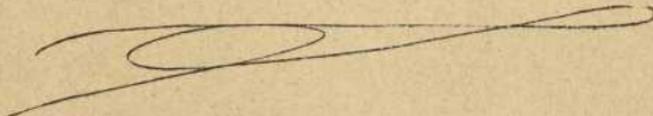
- de punto, al golpe se inflaman...
- RUF. (Aterrorizado y echando á correr.)  
¡Mi coche! ¡El número trece!  
Era el fin que te esperaba. (Váase.)
- INSP. Pues yo me marchó en seguida  
porque estaré haciendo falta. (Vase con don Lino.)

## ESCENA ÚLTIMA

DON PABLO y los DEPENDIENMES

- PAB. (A Nicasio.) Y tú, pon en un papel,  
pero en prosa lisa y llana,  
un letrero en que se lea:  
"esta tienda se traspasa,,  
que no quiero más belenes  
ni servir á gente baja.  
Me voy á mudar al centro,  
si hoy no es posible, mañana.  
(Al público.) Y ahora ustedes disimulen,  
señores, la confianza...  
y aquí se acaba el sainete,  
perdonad sus muchas faltas.

Tomás Lucero





¡AMÉN!

O

EL ILUSTRE ENFERMO

SAINETE EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

TOMAS LUCEÑO

Estrenado en el teatro Lara la noche del 8 de Abril de 1890.

# REPARTO

| PERSONAJES                                                     | ACTORES                       |
|----------------------------------------------------------------|-------------------------------|
| CLOTILDE.....                                                  | SRA. VALVERDE.                |
| LUISA.....                                                     | SRTA. RODRÍGUEZ.              |
| UNA JOVEN DEL PUEBLO BAJO....                                  | SRA. MAVILLARD.               |
| UNA VOZ DE MUJER.....                                          |                               |
| MERCEDITAS (hija del Presidente del Consejo de Ministros)..... | SRTA. BLANCO.                 |
| LA DONCELLA DE S. E.....                                       | CRUZ.                         |
| LA SEÑORITA DEL PRINCIPAL IZQUIERDA.....                       | MARTÍNEZ.                     |
| DON CEFERINO (senador).....                                    | SR. RUBIO,                    |
| AYUDANTE DEL GENERAL PÉREZ.                                    | RUIZ DE ARANA.                |
| DON RUFINO SUÁREZ (cesante).....                               |                               |
| UN DESCONOCIDO.....                                            |                               |
| DON MANUEL (enfermo).....                                      | TAMAYO.                       |
| LORENZO (portero).....                                         |                               |
| DON CALIXTO (inspector de policía)...                          | GALVÁN.                       |
| DON SEBASTIÁN (médico y diputado)...                           | TOJEDO.                       |
| DON ROQUE SÁNCHEZ (médico)....                                 | ROBLEDO.                      |
| LUIS (secretario particular de S. E.)....                      | RAMÍREZ.                      |
| DON MIGUEL (ayuda de cámara).....                              | CAPILLA.                      |
| DON ANTONIO (médico).....                                      | JIMÉNEZ.                      |
| DON EDUARDO (idem).....                                        | CASTRO.                       |
| CHULO 1.º.....                                                 | ROMERO.                       |
| CHULO 2.º.....                                                 | SOTO.                         |
| UN LACAYO.....                                                 |                               |
| UNO DE ORDEN PÚBLICO.....                                      | GERONA.                       |
| OTRO ID. ÍD.....                                               | N. N.                         |
| UNA NIÑA. } (hijos del Presidente) .....                       | SRA. RIAZA.<br>SRTO. SÁNCHEZ. |
| UN NIÑO.. }                                                    |                               |

## ACTO ÚNICO

---

Portal de casa grande, adornado con todo el lujo posible. En el foro, la puerta de la calle. A un lado y á otro, escalera que conduce á los cuartos principales, que estarán dando frente al público, con su correspondiente barandilla, en lo que figura descanso. El principal derecha es donde vive el Presidente del Consejo. A la izquierda, en el portal, una mesa ó velador pequeño, con recado de escribir, y un plie-



go grande de papel, lleno de firmas. Cuando no perjudique al diálogo, una pareja de Orden público pasará por delante de la puerta, sin entrar en el portal hasta que la acción lo reclame. La portería está á la derecha, con su correspondiente trampilla practicable. La escena en Madrid. Época actual. Empieza á las doce del día y termina al anochecer. Por derecha é izquierda, la del espectador.

## ESCENA PRIMERA

EL INSPECTOR, hablando con los de Orden público, que están á la puerta. DON MIGUEL, de levita y pantalón negros, grandes patillas y aspecto de hombre importante. Baja por la escalera de la derecha y se pone á hablar con LORENZO, portero, que llevará un mandil á rayas, y que estará limpiando la bola dorada del principio de la escalera.

INSP. Si no bastan ochenta carros de arena, que traigan ciento. Lo principal es evitar el



ruido de los coches; y si á pesar de eso no se consigue, prohibid el paso á los carruajes. ¡Tengo que estar en todo! (Los guardias se van, Dirigiéndose á don Miguel y á Lorenzo.) Ya ven ustedes el interés con que cuido de la salud del Presidente. ¡Me parece que si me dan un ascenso, me lo he sabido ganar! Ahora voy á la botica, y después á decir al maestro Trullas que venga á cortar el pelo á los niños de su excelencia. Adiós. (Vase por el foro.)

MIG. Hasta luego. (Sigue hablando con Lorenzo.)

## ESCENA II

DON MIGUEL y LORENZO, que siguen hablando en voz baja. DON RUFINO SUÁREZ, de aspecto humilde, con sombrero de copa y levita, entra pausadamente, y acercándose al velador, dice:



RUF. ¡Soy el hombre más desgraciado del mundo! En cuanto pretendo un destino, ó cae el Gobierno, ó se muere el que ha de dár-melo. (Fijándose en la lista que habrá sobre la mesa.) No encuentro sitio donde firmar. ¡Ni en el papel hay vacante para mí! A ver si en este huequecito... (Coge la pluma para firmar.) ¡Dios mío!... haced que no se muera, y si se muere, que deje firmada mi credencial; y si no la deja firmada, que vaya al purgatorio, para que sepa lo que es este mundo. (Leyendo.) “El enfermo continúa lo mismo.” Me extraña que no esté mejor después del soneto que le escribí ayer. Firmaremos. (Escribiendo en la lista.) “Rufino Suárez, el cual tiene ofrecido, si vucencia se pone bueno, ir descalzo al cerrillo de San Blas.” ¡Así como así, voy descalzo á todas partes!... (Firma, y se va por el foro.)

### ESCENA III

DICHOS, menos DON RUFINO.

MIG. Cuando te traje del pueblo te hacía yo más listo; pero voy viendo que discurre en todo lo mismo que un colchón de muelles.

LOR. ¡Gracias, Miguelín!

MIG. ¿Ves? Otra necedad. ¿A qué me llamas Miguelín? ¿No estás viendo que todo el mundo me llama don Miguel? ¿Crees tú que á un ayuda de cámara del señor Pre-

sidente del Consejo de Ministros se le debe llamar Miguelín?

LOR. Hombre... como eres mi primo, y de pequeño te llamaba así, pur eso... Por lu demás, *desimula*, don Miguel.

MIG. Todavía no has aprendido á conducirte con las personas como es debido. El otro día trataste con muy malos modos al embajador de Portugal.

LOR. Miente si fué cun esa embajada al amu. Lu que sucedió fué que me dió una tarjeta que decía: «Piñeiro, embajador ordinario...», y díjeme yo:—pues si es ordinario, que suba pur la escalera de los criados;—y pur ella le encaminé. Pero déjate de sermuneo, y dime cómo está el amu. Yo me intereso verdaderamente por su salud, porque si se muere, tú dejarás de tener tanta mano cun él, y te echarán á la calle. Y lo que es enfermo de veras, me parece que lo está el infeliz. El médico me dijo esta mañana que tenía una calentura de curenta grados sobre el nivel del mar.

MIG. ¡Gracias á Dios que has dicho algo que tenga sentido común! Pues hoy está un poco más aliviado; y aunque ha pasado la noche con angustias y con dolores...

LOR. Cumprendido. Con tu mujer y tu hermana.

MIG. ¡Lorenzo, no seas animal, por Dios!

LOR. ¡Ah! Vamos, sí; dolurido y angustiado.

MIG. Realmente la enfermedad es poca cosa; pero le conviene figurar que está grave,

con el fin de que le sirva de pretexto para dejar el Gobierno, porque ya está cansado de mandar.

LOR. Como yo de obedecer.

MIG. Oye: si me llaman, estoy en el principal interior, en casa de don Lucas.

LOR. ¡Ah, sí! El profesor de piano... de manubrio.

MIG. Voy á ver cómo está su hijo. Ahora está allí el médico, y él me dirá si es cosa de cuidado.

LOR. Pues ¿qué le ha ocurrido?

MIG. Percances del oficio. El pobre muchacho se ha metido á picador de novillos, y, eso sí, tiene sangre torera, como ahora se dice.

LOR. Si es picador, será sangre picadora.

MIG. Ayer salió por primera vez, y al poner la primera puya, le enganchó el toro, le volteó, le recogió... en fin, se encariñó con él...

LOR. ¿Y á eso lo llamáis encariñarse?

MIG. Y no le ha dejado un hueso sano. ¡Y en qué ocasión! Ahora que el amo, por recomendación mía, le iba á hacer cartero.

LOR. ¿Y por qué no haces que le den esa plaza á mi primo Antolín? Es chico listo, y para el correo interior sirve. El nun sabe las calles, pero las cartas que lleven señas que no sepa, las vuelve á echar al correo, y así sale del paso.

MIG. Conténtate con la posición que te he dado, y no te metas á protector de nadie. ¡Cuántos gobernadores cesantes quisieran ocupar tu puesto! Vuelvo pronto.

- LOR. Anda cun Dios, Miguelín.  
MIG. ¡Eh!  
LOR. Vaya cun Dios, don Miguel. Hazte cuenta que no he dicho nada. (Vase Miguel por la escalera de la izquierda.)

#### ESCENA IV

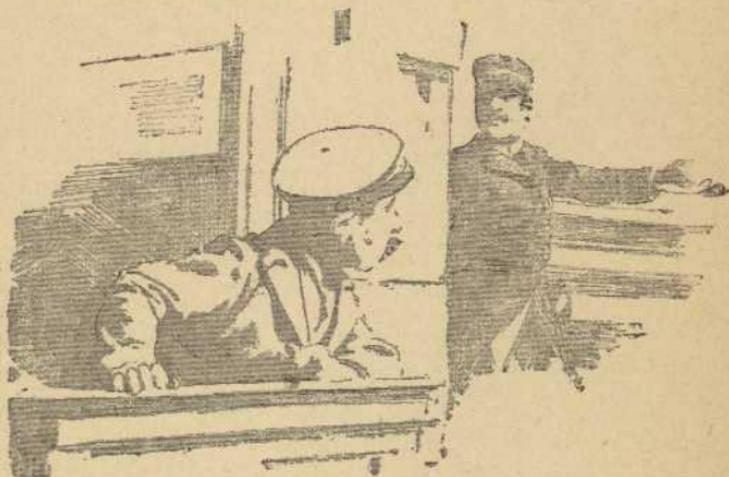
LORENZO

Me va puniendo en cuidado la salud del Presidente, porque el día que él cierre el ojo, nosotros tenemos que cerrar la boca. Si yo tuviera segura una colocación mejor que ésta, ya me daba lu mismo que sanara comu que no sanara; y esu que, como bonachón y campechano, lu es. La otra tarde le encontré en la escalera, y le dije:— Señor, nun salga vucencia, que hace mucho aire, y el viento de Madrid mata á una bestia y no apaga un candil.—Creí que rodaba la escalera de risa.—No hay más remedio—cuntestó me;—hoy tenemos que elegir la mesa del Congreso.—A lo cual díjele yo:—Pues para elegir la mesa, que vaya la señora, ú yo, que también entiendo de muebles.—Y vuelta á reirse el pobrecillo... Voy á ponerme la librea, y luego á subir *El Motín*. ¡Qué risa le va á dar cuandu vea la caricatura! Le pintan de gran uniforme cun orejas de caballo y tirando de un carro de mudanza. ¡El demo-

nio son los periodistas! Antes voy á darle un repasón á *La Correspondencia*. Me gusta mucho leer todos los días “el crimen de anoche y el desfalco de Cuba.” (Entra en la portería, y se sienta á leer.)

### ESCENA V

DICHO, y AYUDANTE del general PÉREZ, vestido de uniforme. Se dirige á la escalera de la izquierda, y cuando ha subido dos ó tres escalones, se detiene y dice:



- AYUD. Portero. (Pausa.) ¡Portero!  
LOR. ¿Qué hay? (Sin dejar de leer.)  
AYUD. ¿En qué piso vive el señor Presidente?  
LOR. (Sin dejar de leer.) En el principal, hombre, en el principal. Estás trayendo todos los días el carbón, y nun sabes el cuarto.  
AYUD. ¿Pero con quién habla usted?  
LOR. (Djando de leer, y saliendo de la portería.) Usted

dispense, señor. Es que tiene usted la misma voz del carbonero, y por esu le confundí. Vive en el principal. ¿Quiere el señor que le acompañe?

AYUD. No hace falta. (Lorenzo entra en la portería. El Ayudante sube y llama en el principal de la izquierda. La campanilla no suena.) Estas campanillas me azaran de un modo horrible. No me atrevo á llamar fuerte por temor de armar un escándalo; y si llamo flojo, no suena. ¡Tiraré un poco más! (Se oye un campanillazo tremendo, y el ladrido de un perro de Terranova.) ¡Adiós, ya se alborotó el perro del Presidente!

## ESCENA VI

DICHOS, y la SEÑORITA del principal de la izquierda.

SRTA. (Abriendo la puerta.) ¿Qué se le ofrece á usted? Pase usted adelante. (El perro sigue ladrando.) ¡Calla, Boulanger!

AYUD. Venía... ¡Pero, señora, por Dios, que calle ese animalito!

SRTA. No tenga usted cuidado. No muerde más que al que no conoce.

AYUD. Pues haga usted el favor de presentarme.

SRTA. (Figurando que pega al perro.) ¡Tomal (Se oye el alarido del perro, que se aleja.)

AYUD. Soy el ayudante del general Pérez, y vengo á saber cómo sigue...

SRTA. ¡Ah, sí... Muchas gracias; y dígame usted que está mejor.

- AYUD. ¿Qué ha tenido?  
SRTA. Una niña muy hermosa, que ha dado á luz esta mañana.  
AYUD. ¡Señora... por Dios!... ¡Si yo pregunto por el señor Presidente!  
SRTA. ¡Já, já! ¡Tiene gracia! Es en el cuarto inmediato. (Entrase, y cierra la puerta.)  
AYUD. ¡Pues no me he llevado mal susto! ¡Qué atrocidad! ¡Tendría que ver! (Llama en el de la derecha, y después de hablar en voz baja con el Ordenanza que sale á abrir, vase.)

## ESCENA VII

DON SEBASTIAN y DON ANTONIO, médicos, bien vestidos.

- ANT. (En el foro.) Pase usted.  
SEB. De ninguna manera, señor La Olla: usted primero.  
ANT. ¡No faltaba más! Usted es el médico de cabecera.  
SEB. Pero usted, en cambio, es un distinguido profesor llamado á la consulta.  
ANT. Como usted quiera. (Entran en el portal.)  
SEB. Pues, como le iba diciendo á usted, con la vida que trae este señor, y con su temperamento nervioso, no sé cómo no ha dado un estallido. Toda su enfermedad está en la garganta. Como habla tanto, y tan mal, en las Cortes, se le ha presentado una angina catarral que no me gusta; de esas que nosotros llamamos anginas de oradores,

- ANT. producida por el abuso del aparato vocal. He curado muchas á esos que venden específicos en carretela.
- SEB. Las enfermedades de garganta parece que se extienden entre la gente política.
- ANT. Sobre todo entre los diputados ministeriales.
- SEB. ¡Es natural! Tragan tanto, que á la fuerza han de tenerla irritadísima.
- ANT. Pues la dolencia de este señor es preciso combatirla.
- SEB. Pues la combatiremos.
- ANT. Y la venceremos.
- SEB. ¡Y el Presidente se restablecerá!
- ANT. Pese á quien pese. Porque su existencia es preciosa para el país.
- SEB. Y para nosotros. ¡Figúrese usted si le salvamos la vida!...
- ANT. Todo le parecerá poco para pagarnos.
- SEB. En dinero no será mucho, porque estos señores lo pagan todo en especie.
- ANT. ¡Cómo en especie!
- SEB. En distinciones honoríficas. Yo no me escapo sin una gran cruz; y á usted ya le estoy viendo con la cabeza en ferrocarriles... porque una plaza de consejero en esas Compañías es una ganga. Y aquí, para *inter nós*, yo sólo podría sacar adelante al ilustre enfermo; pero, como además de médico, soy diputado de oposición, me pareció que la familia estaba... así, un poquillo escamada; y entonces dije: "yo no

hago nada sin traer á consulta una emi-  
nencia en esta clase de enfermedades...: á  
don Antonio La Olla. „

ANT. Muchas gracias.

SEB. A lo cual accedieron todos, y en particular  
la suagra del Presidente, que me dijo en  
seguida: “Doctor, no ande usted con mira-  
mientos: A la olla, á la olla „

ANT. Repito las gracias. Le reconoceré con mu-  
cho cuidado, y después acordaremos el  
tratamiento.

SEB. En cuanto al tratamiento, el primer día le  
di vucencia; pero me le apeó al instante.

ANT. ¡Si no me refiero á eso, por Dios!...

SEB. Perdone usted, don Antonio... si es que  
estaba distraído. A mi juicio, lo primero  
que debemos darle es la estrignina.

ANT. Es lo que procede, siendo usted diputado  
de oposición. (Se dirigen á la escalera de la iz-  
quierda.)

## ESCENA VIII

DICHOS, y una JOVEN del pueblo bajo, que entra por el foro.

JOV. (Dirigiéndose á don Sebastián.) Don Sebastián,  
por la Virgen del Carmen, que hace tres  
días no va usted por casa, y aquel hombre  
se me está muriendo.

SEB. Estoy sumamente ocupado. La salud del  
Presidente es antes que todo.

JOV. Eso es; y á los demás que nos parta un rayo.

SEB. Si lo que tiene tu marido, no es nada.



JOV. Pues lo que yo veo es que no puede resistir los dolores, y que se está dando de coscorrones contra la pared.

SEB. Bueno, bien; que siga así hasta que yo vaya, y no tengas cuidado. (Vase la Joven por el foro, y don Sebastián y don Antonio suben pasadamente la escalera.)

### ESCENA IX

LORENZO; un DESCONOCIDO, que sale por el foro, y con mucho sigilo se acerca á la portería, y dice:

DESC. Portero...

LOR. (Saliendo del cuchitril ya con librea y gorra de uniforme.) ¿Qué hay?

- DESC.       ¿Ha muerto ya el Presidente?
- LOR.        ¡Hombre! ¡Qué barbaridad! *Nin* lleva trazas.
- DESC.       ¿Que no? (Con mucha extrañeza.)
- LOR.        Comu que está más aliviado.
- DESC.       ¡Qué contrariedad! ¿Pero no le asiste don Sebastián Menéndez?
- LOR.        El mismo.
- DESC.       ¿Cuántas visitas le ha hecho?
- LOR.        Dos.
- DESC.       Pues no le dé usted vueltas, á la tercera cae. Hasta luego. (Vase corriendo.)
- LOR.        ¡Eh! Buen hombre... ¡Sí, sí, échale un galgo! En cuanto venga el Inspector le digo lo que sucede, porque este mucito me va escamando. (Entra en la portería.)

## ESCENA X

DON SEBASTIÁN, DON ANTONIO, que han subido ya y les ha abierto la puerta la DONCELLA; pero ninguno de los dos quiere entrar antes que el otro, y se pasan gran rato haciéndose cortesías y cumplidos.

DONC.       (Saliendo á la puerta del principal.) Señores: el enfermo se va empeorando. Hagan ustedes el favor de dejarse de cumplimientos, y de pasar pronto. (Los dos continúan haciéndose reverencias, hasta que, al cabo de un rato, entra primero don Antonio. Entretanto, por la escalera de la izquierda han bajado don Miguel y don Eduardo; éste de aspecto humilde, pero no derrotado )

ESCENA XI

DON MIGUEL, DON EDUARDO y LORENZO.

- EDU. (A don Miguel.) El porrazo fué tremendo. Yo no sé todavía si ha traído las narices á casa, ó si se las ha dejado en el redondel. La verdad es que los picadores debían llevar los huesos numerados, y así, al reconocerlos, sabríamos los médicos el que les faltaba.
- MIG. ¡Lo peor es la pierna, que se le ha quedado tan encogida!
- EDU. Eso no me da cuidado. Ya haremos que vuelva á su posición natural. Por de pronto, haga usted el favor de disponer que lleven esta carta adonde dicen las señas. La pobre familia no tiene por quién mandarla, y por eso le doy á usted esta molestia.
- MIG. De ningún modo. Lo que me sobra á mí es gente. Treinta guardias de orden público hay en la calle, para lo que se ocurra en casa.
- EDU. Gracias, y hasta luego. (Vase foro.)
- MIG. Vaya usted con Dios. (Se asoma á la puerta.) A ver... uno. (Se presenta uno de Orden público.) Lleve usted esta carta á don Roque Sánchez, médico, Olivar, 21; y si está en casa, que venga en seguida.
- GUAR. (Tomando la carta.) Está bien. ¿Quiere vuecencia algo más?

- MIG. Nada, usía; que vuelvas pronto.  
LOR. ¡Lu menus se ha creído que eras el ministro de Marina!

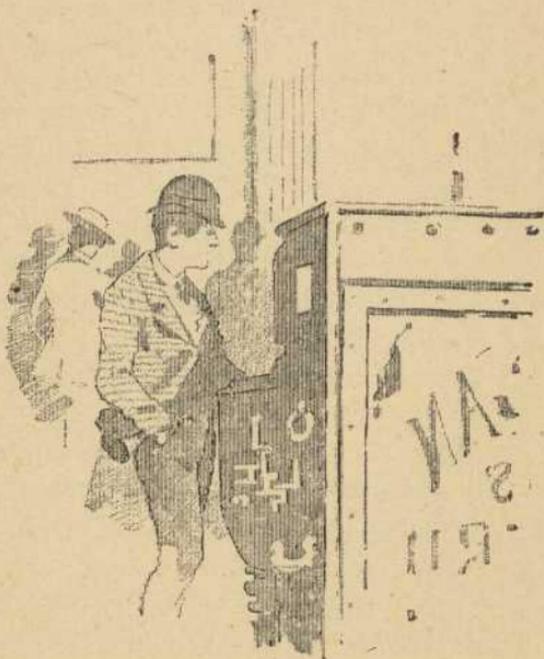
## ESCENA XII

LORENZO, DON MIGUEL y CHULOS 1.º y 2.º, que se paran delante de la puerta con un piano de manubrio. Chulo 2.º se pone á tocar, produciendo un ruido y una desafinación muy grandes. Al poco rato, la doncella de S. E., que se asoma á la barandilla.

LOR. (Saliendo á la puerta precipitadamente.) ¡Silencio, granujas... á ver si os calláis! (Cesa el ruido.)

CHULO 1.º (Entrando.) ¿Y por qué? ¡Si es nuestro oficio!

LOR. Porque hay enfermo.



- CHULO 1.º Pues me alegraré que se alivie
- MIG. Es que el enfermo es un alto personaje.
- CHULO 1.º Pues si es alto, mejor; así no llegará el ruido hasta él.
- DONC. (Asomándose al descansillo, y en voz baja.) Miguel, de parte de la señora, que dé usted un duro á esa gente, y que se vaya. (Se entra.)
- MIG. (Llamando aparte á Lorenzo) Toma, dales cuatro pesetas, y que se larguen.
- LOR. (Aparte al Chulo 1.º, y guardándose dos pesetas.) Ahí tienes dos pesetas, y ya estáis aquí de más.
- CHULO 2.º (Acercándose al 1.º) ¿Cuánto te ha dao?
- CHULO 1.º Dos reales.
- CHULO 2.º ¡Ay, qué gachól Dentro de media hora volvemos á tocarle la *Marsellesa*, á ver si acaba de una vez. (Vanse por el foro. Lorenzo entra en la portería y Miguel se ha subido á casa de Presidente)

### ESCENA XIII

DOÑA CLOTILDE y DOÑA LUISA, señoras muy elegantes, de alguna edad, pero bien conservaditas. Salen de casa del Presidente.

- LUISA. Es una grosería que no tiene nombre. Venimos con el mayor interés á saber cómo sigue, y ni su mujer ni su hija nos dejan pasar á la alcoba.
- CLO. ¡Parece mentira que se den tanta importancia!... ¡Y conmigo, que los he conocido con un trapo atrás y otro adelante, como suele decirse!

- LUISA. Pues yo sin ningún trapo, hija mía. Cuando vino á Madrid este hombre, y mi marido fué á verle, ¿cómo dirá usted que le recibió?
- CLO. ¡Vaya usted á saber!...
- LUISA. Pues sin más ropa que un gorro griego y unos tirantes.
- CLO. ¡Ave María Purísima! ¿Y el danzante del secretario? A ése le he conocido yo de tenor cómico de la compañía de Jesús...
- LUISA. ¿De la compañía de Jesús?
- CLO. Sí, de Jesús Martínez, director de escena del teatro de Tacón.
- LUISA. ¡Ah! Eso es otra cosa. Por supuesto, que de estos desaires tenemos la culpa nosotras, que venimos á visitarlos. Yo me marchó. (Besándola.) He tenido tanto gusto...
- CLO. Espérese usted un poco. Mi coche no tardará en venir, y yo la llevaré adonde usted quiera.
- LUISA. ¡Ah! ¿Tiene usted carruaje?
- CLO. Es de mi primo el subsecretario; pero como lo paga el Estado, le usamos toda la familia. Ahora ha ido al Instituto á recoger á mi hijo; después irá al Congreso á llevar á mi marido, luego por mi prima, que tiene que ir á tiendas, y más tarde vendrá por mí.
- LUISA. Pues crea usted que compadezco...
- CLO. ¿A quién, á nosotros?
- LUISA. No, á los caballos que paga la nación (y la nación que paga los caballos). Pero,

- diga usted, ¿qué vamos á hacer tanto tiempo en el portal?
- CLO. Pues, hija mía, ¿qué hemos de hacer? Murmurar un poco, que bien se lo merecen.
- LUISA. Si es para eso, entonces me esperaré con mucho gusto.
- CLO. De todos modos, yo he de volver á la noche, porque este señor me inspira un interés grandísimo, y sentiría que se nos malograra sin firmar el nombramiento de mi marido para intendente de Cuba.
- LUISA. ¿Pues no me ha dicho usted que había venido chiflado de Filipinas?
- CLO. Eso sí, completamente; pero chiflado y todo, es diputado á Cortes... y ¡si viera usted qué bien habla!... Algunos párrafos, hasta le salen en caste lano.
- LUISA. ¿Y en qué consiste la chifladura? Porque yo se lo he preguntado á muchos, y nadie ha sabido contestarme.
- CLO. La de mi esposo es de las más raras que yo he visto. Le ha dado por ser excesivamente amable y ceremonioso con todo el mundo. A mí me hace pasar unos ratos terribles. Figúrese usted que el otro día se encontró á un sacerdote amigo suyo.— “¿Cómo está usted?”, le dice mi marido.— “Bien, gracias; ¿y la señora?”, contesta el cura. Y mi esposo responde:— “Perfectamente; ¿y la de usted?”,
- LUISA. ¡Tiene gracia! ¡Já, já!
- CLO. El sofocón grande fué el que ayer pasé

aquí. Estaba la sala llena de visitas; se acerca la hija del Presidente, y le dice:— “¿Conque mañana es su Santo de usted?” Y mi esposo, por echárselas de galante, responde:— “Sí, señora; y el de usted.”— ¡El mío! ¡Si yo me llamo Mercedes y usted Policarpo!”— “No importa. Es que todo lo que es mío, es de usted también.” Todavía se están riendo.

LUISA. ¡Ya lo creo! ¡Por Dios... si eso es muy gracioso! ¡Y es verdad que le ha traído al Presidente grandes regalos de Filipinas?

CLO. Eso sí, espléndidos. Pañuelos de Manila, veladores maqueados, colmillos de elefante... y, sobre todo, un cuchillo que fué del sultán de Joló, de un mérito extraordinario. El mango no es el mismo, porque se perdió en la travesía; y la hoja se la hemos puesto nueva, porque la otra estaba mellada; pero es auténtico. Yo misma los voy á traer después, y si está usted aquí, podrá verlos.

LUISA. ¡Ya lo creo! Yo no dejo de venir á preguntar por su estado hasta que me sirva en lo que le he pedido.

CLO. ¿Pues qué le ha pedido usted?

LUISA. Una pequeñez. Que á mi esposo, que le sienta muy mal esto, lo traslade á Lugo; y que á mi primo, que le sienta muy mal aquello, me lo coloque en Madrid. Pero, si no nos dejan verle, serán inútiles nuestras gestiones.

CLO. En cambio, á la Duquesita la permiten que

no se aparte de la cabecera. ¡Es claro! Tiene que mostrarse agradecida, porque si su marido es coronel, se lo debe al Presidente.

LUISA. ¿Quién era aquel que estaba en mangas de camisa, batiendo unas claras de huevo, en la cocina?

CLO. Don Pedro Núñez, capitán general de los ejércitos nacionales.

LUISA. ¿Y el que probaba las medicinas y daba friegas al enfermo?

CLO. El gobernador de Barcelona, que por ese medio quiere ganarse una gran cruz.

LUISA. Pero ¡cuánta adulación, hija mía! A todo el que viene aquí, le trae algún interés. No así á nosotras, que venimos espontáneamente y sin otro móvil que la salud del ilustre enfermo. (Se presenta en el foro un lacayo de librea.)

LAC. Señora...

CLO. Ahí está el coche. ¿Viene usted?

LUISA. Sí; me dejará usted en el convento.

CLO. ¿Cómo?...

LUISA. Tengo que ir á ver á mi tía la monja.

CLO. La conozco. ¡Y qué hermosa es, por cierto! ¡Qué ojos tiene tan interesantes!

LUISA. Como que las demás compañeras no la llaman más que sor Barbiana.

ESCENA XIV

DICHAS, y DON LUIS, que sale de casa del Presidente, y se dirige a la puerta de salida; las dos señoras le detienen.



CLO. Luisito... ¿Qué ocurre? ¿Se ha puesto peor?  
LUIS. No, señora, todo lo contrario.

- LUISA. ¡Ay!... Respiro.
- CLO. ¡Qué susto tan horrible! He creído otra cosa.
- LUIS. Pues tranquilícense ustedes. Adiós. No me puedo detener. Voy al ministerio de la Guerra á un asunto urgente.
- CLO. Le llevaremos á usted en el coche.
- LUIS. Muchas gracias. Ya sé de lo que van á hablarme. Ahora no puede ocuparse el Presidente de las recomendaciones de ustedes.
- CLO. ¿Pero quién pretende eso?
- LUISA. ¡Ave María Purísima! Lo primero es su salud.
- LUIS. Me ha dicho esta mañana que piensa colocar primero al protegido de la más bonita.
- LAS DOS. ¡Ay!... Muchísimas gracias.
- LUIS. A los pies de ustedes. (Vase por el foro.)
- LAS DOS. Siento mucho que no sea usted la preferida. (Vanse por el foro.)
- LOR. ¡Jesús! ¡Qué par de cutorronas!

### ESCENA XV

- LORENZO el DESCONOCIDO, que entra con el sigilo de siempre.
- DESC. (Al Portero, que habrá salido de su cuchitril.) ¿Ha recaído, verdad? Ahora no me negará usted que está peor.
- LOR. Pues, sí, señor, se le niego á usted. Se encuentra mucho más aliviado.
- DESC. Usted me engaña; usted está comprado por alguien para ocultarme la verdad.

- LOR. No, señor, no oculto nada.  
DESC. Pero esos médicos, ¿qué hacen?  
LOR. Nada: por eso está mejor.  
DESC. No hay más: tiene que morir á la fuerza.  
LOR. ¡Naturalmente! Por su gusto no ha de ser.  
DESC. Pues la gente dice por ahí que este hombre no sale de hoy. Las tropas están en los cuarteles, la policía se agita, y todo hace creer que la revolución ha de estallar muy pronto. Cuando esto sucede, es que el enfermo se va; y como no me tenga usted al corriente de todo, se ha de acordar de mí.  
(Vase corriendo, y tropieza con el Inspector, que entra.)

## ESCENA XVI

INSPECTOR y LORENZO.

- LOR. Llega usted á tiempo.  
INSP. ¿Qué sucede?  
LOR. Ese hombre que acaba de salir, ha venido ya dos veces á preguntar por el amu; y en cuanto le digo que está mejor, se enfurece. Para mí, trae muy malas intinciones.  
INSP. ¡Qué me vas á decir á mí! Estoy harto de saber que se conspira contra la vida de su excelencia y contra el orden social. Sé el número y el cuarto donde se reunen los perturbadores.  
LOR. ¿Y la calle?  
INSP. Eso es lo único que me falta averiguar.  
LOR. ¡Pues es una friolera!

INSP. Sé igualmente que para que le abran á uno la puerta de la casa, es preciso decir *amén*. He recorrido todos los números 60 de Madrid, he llamado en todos los pisos bajos, he dicho *amén*...

LOR. Y le habrán contestado Jesús.



INSP. No: me han dado con la puerta en las narices. El jefe de la revolución está en Madrid hace dos días. Le he visto llegar por la estación del Norte; pero después se me ha escabullido. He dado parte á mis superiores, y se están tomando todo género de precauciones, y se ha puesto en juego toda la policía. Ahora que digo *juego*, me mar-

cho á escape al Casino á decir que los voy á sorprender esta noche, y en seguida vuelvo.

LOR. (¡Jesús, qué hombre! ¡No descansa un momento!)

INSP. (Muy preocupado, como hablando consigo.) A esos pájaros del *amén*, si los cojo, no les arriendo la ganancia. Codo con codo, y al *abanico*. Ya me estoy gozando en lo que van á pasar allí... si es que los coge sin dinero. Por supuesto, que yo los fusilaría y *requiescant in pace...*

LOR. Amén.

INSP. (Alarmado, y como volviendo en sí.) ¿Eh?... ¡Ah!... ¿Eres tú? Ten cuidado con esa palabra, porque hoy la considero subversiva. Hasta luego... No; antes voy á decir al señor Presidente un secreto que acabo de descubrir. Mucho ojo; y en cuanto vuelva ese hombre que viene con tanta frecuencia, me avisas. ¡*Amén*, ya les daré yo el *amén*!  
(Sube la escalera, se encuentra en el descansillo con Merceditas y don Sebastián, que salen de casa del Presidente, saluda, y entra.)

## ESCENA XVII

MERCEDITAS y DON SEBASTIAN, en el descansillo. A poco DON ANTONIO.

SEB. Yo le encuentro mucho mejor.

MER. Y yo también, y eso que ayer me llevé un

susto tremendo, porque estuvo muy amable con todos; pero desde que hoy he visto que á mi mamá le ha llamado estúpida y al secretario alcornoque, he dicho;—mi padre se salva.—Por supuesto, ¿nada de alimentos?

SEB. Puede comer de todo; pero, por Dios, no le den ustedes café, porque una excitación nerviosa nos traería grandes perjuicios. (Se despide y baja la escalera. Sale don Antonio, y antes de despedirse, dice á Merceditas:)

ANT. Lo menos en seis días no puede tomar alimento. Si pide café, le dan ustedes cuanto quiera, porque una excitación ahora, tal vez fuera nuestra salvación. (Baja la escalera, se une á don Sebastián, que le está esperando, y se van por el foro.—Conviene, para no estorbar á los personajes que salen en seguida, que bajen por la escalera de la izquierda.)

MER. ¡Pues cualquiera sabe lo que se le debe dar á mi padre!

LOR. (Saliendo de la portería con telegramas y periódicos.) Vamos á entregar los telegramas que vinieron anteanoche. Desde el lunes los voy á subir por semanas, para no hacer tantos viajes. (Va á subir la escalera, se encuentra con que van á bajar don Ceferino y los niños, y se detiene hasta que estos personajes han bajado. Después sube, entrega los papeles á Merceditas y baja otra vez, metiéndose en la portería.)

ESCENA XVIII

MERCEDITAS, asomada á la barandilla. DON CEFERINO, que sale de casa del Presidente con una NIÑA y un NIÑO muy elegantemente vestidos.



CEF. Vamos, niños, vamos á paseo. (A Merceditas.) Descuide usted. Van conmigo lo mismo que si fueran con su padre.

- MER. ¡No sabe usted, don Ceferino, cuánto agradecemos sus atenciones!
- CEF. Me gustaría que supiera el señor Presidente que los saco de paseo todas las tardes, que los llevo en mi coche, y que, á la vuelta, los meto en casa de Lardhy y los convido á pasteles y á Jerez. Por lo demás, yo mismo los traeré, porque no me fío de nadie. (Van bajando la escalera.)
- MER. Que no déis guerra á don Ceferino. Los lleva usted al Retiro; se sienta usted allí, y que corran por donde quieran.
- CEF. Sentarme, no, hija mía; porque como soy senador, en cuanto me siento me quedo dormido.
- MER. Hábleles usted en francés, que la institutriz les ha prohibido que hablen en español.
- CEF. ¡Hola, hola! ¡Ya tan ilustraditos!
- MER. Lo que es Enrique, devora la gramática francesa.
- NIÑA. El otro día, si no se la quita papá, se la come.
- CEF. ¿Y en qué te andas ya?
- NIÑO. En *Télémaque ne pouvait se consoler*.
- CEF. ¡Muy bien! ¿Y tú, hermosa?
- NIÑA. En *morceaux* escogidos, que me ha traído *madame*.
- CEF. No se dice *madame*, se dice *madam*, hija mía. ¿No ves que la *e* es muda?
- NIÑA. (Con tristeza.) ¿Es muda? ¡Pobrecilla!
- CEF. Y la otra niña, ¿no quiere salir de paseo?
- MER. Está delicadilla. Le ha salido una erupción,

- y como se llama Pompeya, estamos con mucho cuidado.
- CEF. Me parece muy bien. ¡Ese sí que es el colmo de la precaución!
- MER. Que los traiga usted mismo, ¿eh?
- CEF. Estas alhajas no se las entrego yo á nadie. Que no se le olvide á usted decir al papá que vengo por ellos todos los días, y...
- MER. Sí; y que los convida usted á pasteles, etc.
- CEF. Hasta luego, ¿eh?
- MER. Adiós. (Los niños la tiran besos con las manos, y ella á los niños. Don Ceferino, como distraído, le tira también un beso á Merceditas.) ¡Adiós, ricos! (Entrando y cerrando la puerta.)

## ESCENA XIX

DON CEFERINO y los NIÑOS.

- CEF. (Acariciando á los niños.) ¡Rical... ¡Preciosos!...  
¿Quién me quiere á mí?
- NIÑOS. Yo.
- CEF. ¿A quién le gustan más los pasteles?
- NIÑOS. A mí.
- CEF. ¿Quién le va á decir á papá que me haga consejero de Estado?
- NIÑO. Ésta.)
- NIÑA. Éste.) (Los dos con rapidez.)
- CEF. Los dos á un tiempo, y así haréis mas fuerza.
- NIÑO. Yo no me atrevo, porque le he pedido para mi profesor de latín una canonjía, y me ha

dicho que los destinos vacantes se los tiene que dar á los sargentos.

CEF. Pero ¡qué salidas tenéis! No he visto niños más despejados que vosotros. Programa de hoy: de aquí á casa de Lhardy; tomamos unos pastelillos y una copita de Jerez...



NIÑA. Una copita de Jerez, cada uno.

CEF. ¡Es claro! Luego al Retiro.

NIÑO. Y allí un vasito de leche con un mojicón.

NIÑA. Con un mojicón... cada uno.

CEF. Sí, hermosa. (¡Qué afición tiene á especificarlo todo!) Jugáis un ratito, y después...

NIÑA. Otro vaso de leche con otro mojicón.

CEF. Y antes de llegar á casa... un cólico.

NIÑA. ¿Para los tres?

CEF. No, hija mía; un cólico para cada uno. De todos modos, estad tranquilos, que por mo-

jicón más ó menos no he de quedar mal. Así como así, el que da más mojicones en esta vida, es el que gana. *¿Allons à la proménade?*

NIÑOS.

*Oui, oui,*

CEF.

*Allons, enfants...* (Vanse por el foro cantando "La Marsellesa". Don Ceferino lleva de las manos á los niños.)

## ESCENA XX

DON ROQUE, viejo y no bien vestido, con una caja electro-medicinal en la mano; UN GUARDIA.

ROQ.

(Desde la calle y figurando que mira el número de la casa.) Número 60. Aquí es, no cabe duda.

GUAR.

(Sin entrar.) Sí, señor, sí; yo mismo le he llevado á usted la carta.



ROQ.

(Fijándose en el Guardia.) Es verdad. ¿Y quién se la entregó á usted?

- GUAR. El mayordomo de su excelencia, que vive ahí, en ese principal... (Señala á la derecha y vase.)
- ROQ. Muchas gracias. (Entra en el portal.)

## ESCENA XXI

### DON ROQUE

¿Quién había de decirme que, á mis años, me iban á llamar para asistir nada menos que á un personaje de esta importancia? ¿Por dónde habrá sabido este señor que yo soy una eminencia, cuando he sido siempre tan modesto, que no se lo he confesado á nadie? La verdad es que mi talento no es un grano de anís; mi reputación tampoco es un grano de anís, y la cuenta que voy á ponerle... tampoco va á ser un grano de anís. Desde que me he dado á la electricidad, el éxito en mis operaciones es brillante. El caso es que mi compañero sólo me dice en su carta que traiga la máquina eléctrica; pero no me indica el sitio en que he de aplicar los reóforos. Eso corre de mi cuenta. Subamos, que el gran estadista se halla pendiente de mis conocimientos científicos. (Sube, llama y entra en casa del Presidente.)

ESCENA XXII

LUIS y DON SEBASTIAN, por el foro.

- LUIS. Las imprudencias de este Inspector no sabe usted adónde nos han conducido. Todo Madrid está creyendo que la revolución se viene encima.
- SEB. A mí me han dicho que el que ha de ponerse al frente de ella, está en Madrid hace dos días.
- LUIS. Pues yo acabo de averiguar que el que ha llegado hace dos días, procedente del Escorial, de girar una visita al cuartel de Carabineros jóvenes, es el ministro de la Guerra; pero como este Inspector lleva tres días en su destino y no le conoce, se le ha antojado que era el jefe de los revolucionarios. Ha hecho cundir la alarma, se han tomado precauciones militares, y resulta que hace dos días el ministro de la Guerra se está persiguiendo á sí mismo, y tomando precauciones contra sí propio.
- SEB. ¡Cuánto me alegro! Todo eso va á servirme para referirlo en la sesión de mañana y poner en ridículo al Gobierno.
- LUIS. Muchas gracias: con eso acaba usted de matar á mi jefe.
- SEB. Hombre, no me acordaba de que era médico... y estaba hablando como diputado.

LUIS. Ese es el inconveniente de tener dos naturalezas.

ESCENA XXIII

DICHOS, EL DESCONOCIDO, por el foro, y LORENZO, que sale de la portería en cuanto ve á éste.

DESC. (Muy contento.) Buenas tardes, señores. ¡El ver á ustedes con esa cara de mal humor, me indica que ha muerto ya!... ¡Por fin!  
(Con alegría.)

LOR. Pues no, señor, no ha muerto.

DESC. Entonces esto es una burla... Volveré.  
(Medio mutis.)

LOR. (Deteniéndole.) ¡Eh, amiguito, quieto! ¡Usted va á cantar ahora mismo!

DESC. ¡Hombre, cantar habiendo enfermo!

LOR. Oiga, señor mío: ¿qué quiere decir *amén*?

DESC. ¡Así seal!

LOR. ¿Todavía con brumitas? Hagan ustedes el favor de no dejarle salir de aquí, hasta que yo avise á don Calixto, para que se lu lleve al Gobierno civil pur conspirador.

DESC. ¡Por conspirador! ¡Eh, poco á poco, señores! Yo no soy más que un dependiente de una funeraria, titulada "El Sauce llorón," y por si hacía falta, he venido tantas veces.

TODOS. ¡Qué barbaridad!

DESC. Yo no faltó á nadie. ¿Está mejor su excelencia? Pues quiere decir que aquí sobra uno. (A don Sebastián.) ¡Doctor, no me le abandone usted, por Dios! (Vase precipitadamente.)

ESCENA XXIV

DICHOS, EL INSPECTOR, que saca á empujones á DON ROQUE de casa del Presidente. Detrás DON MIGUEL.

- INSP. ¡Esa es una infamia! Usted no saldrá de esta casa sin decir las intenciones que traía.
- ROQ. Señores, por Dios, que yo he venido con el noble propósito de salvar la vida de su excelencia. (Bajando.)
- INSP. Sí, y le ha soltado una descarga eléctrica que á poco más se nos marcha por el balón.
- ROQ. Yo he seguido las órdenes del médico de cabecera.
- SEB. ¡Las mías!
- ROQ. Yo no me dirijo á usted para nada.
- INSP. Señor secretario, no hay que ponerlo en duda; la conspiración está descubierta: los jefes son éstos.
- LUIS. (A don Sebastián.) ¡Pero es posible, don Sebastián!...
- SEB. Expliquémonos con calma, porque de lo contrario... vamos á perder el juicio.
- INSP. (A don Roque.) A ver: ¿cómo justifica usted?...

ESCENA XXV

DICHOS, y DON EDUARDO, por el foro.

- EDU. (Dirigiéndose á don Roque.) ¡Ahl ¿Usted aquí? ¿Supongo que habrá usted cumplido su misión?

- INSP.       ¿Otro? ¡Ya van cayendo!
- EDU.        {
- SEB.        { Pero...
- INSP.       ¡Silencio! Vamos por partes. (A don Roque.)  
¿Con qué derecho ha penetrado usted en la alcoba del señor Presidente?
- ROQ.        En virtud de esta carta. En ella se me dice que venga en seguida á la calle del Pez, que es ésta, núm. 60, que es éste, cuarto principal... (Señalando al cuarto principal derecha.)
- EDU.        Que no es ése, mi querido don Roque, sino el cuarto principal interior.
- MIG.        Pues ya está comprendido: yo mandé la carta por un guardia de Orden público.
- ROQ.        (Muy triste.) ¿De modo que no he sido llamado para asistir al señor Presidente del Consejo de ministros?
- EDU.        No: para asistir al Berenjena, picador de novillos embolados.
- ROQ.        ¡Pues me parece que aquí el embolado he sido yo! (Vanse don Roque y don Eduardo por la escalera de la izquierda.)

## ESCENA XXVI

DICHOS, menos DON ROQUE y DON EDUARDO.

- LUIS.       Me parece, don Calixto, que está usted tocando el violón.
- INSP.       Me parece, don Luis, que lo que está sucediendo es motivo muy fundado para levantar sospechas.

- LUIS. Y esos demagogos que se reúnen á la voz del *amén*, ¿ha dado usted con ellos?
- INSP. Esta noche caerán en mi poder. Sé fijamente dónde se reúnen, y he de traérselos á usted á todos para que no dude de mi actividad.

ESCENA XXVII

DICHOS, DON MANUEL, mal vestido; aspecto entre revolucionario y cesante. Se acerca á la puerta del cuarto bajo izquierda, y llama.



VOZ MUJER (Desde dentro.) ¿Quién es?

MAN. ¡Amén!

LUIS. (A los tres con quienes está hablando.) ¿Han oído ustedes?

VOZ. Aquí no vive nadie de ese apellido.

MAN. Pero, señora, mire usted que estoy desesperado. ¿Diciendo *amén*, no puede usted abrirme? ¿Si habré equivocado la palabra?

INSP. (Cogiendo de un brazo á don Manuel y llevándole en medio de la escena.) Oiga usted, señor mío, ¿por qué ha dicho usted *amén*?

LUIS. ¿A qué ha venido usted á esta casa?

INSP. ¡Ustedes se reúnen ahí!

MAN. Debe ser en otra parte: habré confundido las señas. ¿Usted las sabe?

INSP. Sí, señor.

MAN. Pues haga usted el favor de llevarme, porque el asunto urge.

INSP. Usted se viene conmigo al Gobierno civil, por conspirador.

MAN. ¡Ah! ¿Por eso? Pues antes voy á confesar á ustedes todo lo tremendo del plan.

INSP. Eso, eso.

MAN. (Con misterio.) Yo padezco de horribles dolores de estómago. Como los médicos me han dicho que no tome otra cosa más que líquidos, llevo dos años alimentándome sólo de aguardiente. Y, no estoy seguro, pero me parece que de ahí viene esta irritación.

LUIS. ¿Se está usted burlando de nosotros?

MAN. ¡Dios me libre! Esta mañana me desperté

- con agudas punzadas: quise desayunarme,  
y... ¡nadal
- SEB. No se lo permitiría á usted el estómago.
- MAN. No, señor: la falta de recursos.—Me voy á  
suicidar, le dije á mi patrona; y empecé á  
acariciar...
- MIG. ¿A la patrona?
- MAN. No: ¡la idea de quitarme de en medio!—“Yo  
conozco, dijo la patrona, á un médico que  
no sabe medicina...,”
- SEB. (¡Si seré yo?)
- MAN. “Cura todos los males sin receta. Dice una  
oración, y poniendo la mano sobre el sitio  
dolorido, desaparece el mal.”—A mi pa-  
trona le ha curado un dolor que le corría  
todo el cuerpo...
- LUIS. (¡A que tenemos otro del “Sauce llorón!,”)
- MAN. En la calle del Pez, 60 duplicado—y ahora  
me figuro que éste es 60 sin duplicar—  
cuarto bajo, vive ese hombre, de quien  
todos dicen que es santo. El Gobernador le  
persigue porque ejerce la medicina sin tí-  
tulo. No admite en su casa más que perso-  
nas conocidas, y que no puedan comprometerle. Llame usted á su puerta, diga usted  
*amén*, nada más, y le dejarán el paso libre.
- INSP. (Amenazándole.) Si no fuera mirando que es  
usted un desgraciado...
- LUIS. (Al Inspector.) Y usted otro, hoy mismo que-  
daba usted cesante. Está visto que el único  
perturbador del sosiego público es usted.
- INSP. Poco á poco; yo no me fio. Vamos al 60

duplicado; y como en realidad ese curandero no sea un santo, ya puede usted encomendarse á Dios. (Vanse el Inspector y don Manuel, éste empujado por el primero.)

SEB. Oiga usted, don Luis; para que se calmen los temores que ha infundido ese desgraciado Inspector, lo mejor será que anuncie usted á todos que el señor Presidente está muy aliviado, y que puede recibir á sus amigos. (Sube, seguido de Miguel, á casa del Presidente.)

### ESCENA ULTIMA

LUIS, DOÑA LUISA, DOÑA CLOTILDE y DON CEFERINO con los NIÑOS; éstos traen algunos juguetes. EL LACAYO con cajas y objetos. Todos entran con alguna agitación y rodean á don Luis.



CLO. Vengo muerta, Luisito. ¿Es verdad que el Presidente está gravísimo?

- LUISA. A mí me han dicho que acaba de morirse.  
CEF. Pues á mí que hoy era la misa de cabo de año.
- LUIS. Todo lo contrario. Tengo el gusto de anunciarles que se encuentra ya perfectamente, y que desde hoy empieza á recibir visitas.
- CLO. ¿De manera que podemos verle?  
LUIS. Cuando ustedes quieran.  
LUISA. ¡Qué felicidad! ¡Lo que he sufrido mientras ha estado enfermo, sólo Dios lo sabe!
- CLO. Paulino, (Al lacayo ) usted delante. (A don Luis.) Son los regalos que mi esposo le ha traído de Filipinas. (Empiezan á subir la escalera.)
- CEF. (Dirigiéndose con los niños á la escalera.) Quiero dejaros en la misma alcoba de vuestro papá, para que vea que no os abandono un instante. Decidle que yo os he comprado estos juguetes. ¡Y tú, *monín*, no te olvides de aquellol
- LUIS. (Me parece que acabo de hacer una barbaridad. Cada uno va á hablarle de sus pretensiones, y le van á volver loco. ¡Ah! ¡Qué idea!) Señores: aunque el ilustre enfermo tendrá mucho gusto en recibir á ustedes, les suplico que no le hablen de política, porque hace dos horas que ya no es Presidente del Consejo de ministros. (Todos se quedan estupefactos en la escalera, y luego empiezan á descender, acercándose á don Luis.)
- CLO. ¿Qué dice usted? ¡Es posible!  
CEF. (A los niños, dejándolos en el comienzo de la escalera.)

Vosotros subid solitos, que ya tenéis edad para ello.

CLO. ¿Y se sabe á quién han nombrado en su lugar?

LUIS. (Como vacilando.) Al general Alvarez.

CLO. ¿Al general Alvarez? (A Paulino, que ya habrá llegado al cuarto principal.) Paulino, baje usted en seguida... y lleve usted todo eso á casa del general Alvarez. Dígale usted que mi esposo le ha traído ese recuerdo de Filipinas. (Vase con doña Luisa y el lacayo.)

CEF. Adiós, Luisito. Siento la caída; pero, francamente, este Gobierno no podía seguir. A este hombre le faltaba cabeza.

LUIS. Y á usted le falta nariz, porque no ha oído que esto fué una broma y que el Presidente sigue en su puesto, y seguirá por muchos años.

CEF. ¿Es de veras? ¿No ha caído? Niños... niños... (Echando á correr, tropieza en la escalera, y cae.) ¡Yo sí que he caído! (Se levanta y sube corriendo hasta que alcanza á los niños, que han llegado al descansillo de la escalera. Luis, riéndose, sube tras ellos.)

LOR. (Saliendo de la portería y como dirigiéndose á los que se fueron por el foro.)

¡Vayan benditos de Dios,  
que ya volverán mañanal  
Lo que estoy diciendo siempre:

(Al público.)

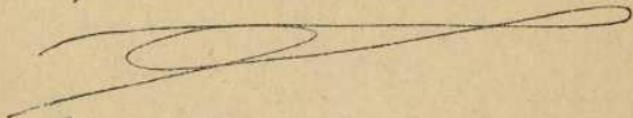
este mundo es una farsa...

Y aquí da fin el sainete;

perdonad sus muchas faltas.

(Antes de bajar el telón aparecen los Chulos del organillo, y después de decir los últimos versos Lorenzo, tocan desafortadamente «La Marsellesa».)

Tomás Lucena



# LAS RECOMENDACIONES

SAINETE EN UN ACTO

DIVIDIDO EN DOS CUADROS, EN VERSO Y PROSA

ORIGINAL DE

TOMÁS LUCENO

Estrenado en el Teatro Lara el 16 de Abril de 1892.

# REPARTO

---

## PERSONAJES

TULA.....  
PATRO.....  
MERCEDES.....  
CELEDONIA (criada).....  
PURA.....  
RAMONA (criada).....  
MINISTRO.....  
GENERAL.....  
CARDONA.....  
AGUSTÍN LUQUE.....  
GARCÍA.....  
EDUARDO PÉREZ.....  
DON ANTONIO..... }  
ANSELMO REYES..... }  
DON JOSÉ (portero mayor).....  
RUFINO (portero segundo).....  
PEDRO ROJAS.....  
BONIFACIO.....

## ACTORES

SRA. VALVERDE.  
RODRÍGUEZ.  
MAVILLARD.  
PINO.  
SRTA. RIAZA (JULIA).  
CANELA.  
SR. ROSELL.  
RUBIO.  
RUIZ DE ARANA.  
LARRA.  
RAMÍREZ.  
LACASA.  
GONZÁLVEZ.  
CAPILLA.  
SOTO.  
ORTIZ.  
MATA.

---

La escena en Madrid.—Época actual.

# ACTO ÚNICO

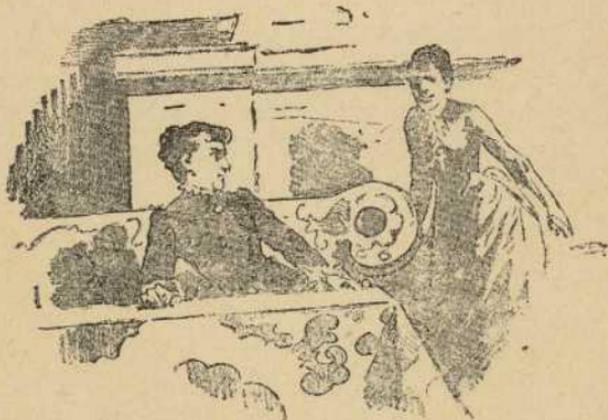
## CUADRO PRIMERO

Telón corto de sala. Algunas sillas y una mesa pequeña á la derecha.  
Puerta al foro. Derecha é izquierda, siempre la del espectador.

### ESCENA PRIMERA

DOÑA MERCEDES y RAMONA.

**RAM.** ¿Pero tiene usted de mí alguna queja, señora?



**MERC.** Nada de eso: siempre has sido ordenada y económica.  
Si alguna vez te he reñido,

tú no has abierto la boca,  
y por eso en todas partes  
puedo, con razón de sobra,  
decir que no me ha salido  
la criada respondona.  
Guisas muy bien, y repasas  
divinamente la ropa;  
y en cuanto á planchar, lo mismo  
que la mejor planchadora.  
Pero no puedes seguir  
en mi casa, por ahora;  
mi hermana Tula, que viene  
con su familia de Loja,  
trae consigo una muchacha  
que, aunque no es muy hacendosa,  
viene muy recomendada  
por don Anselmo Pantoja,  
á quien debemos favores  
de esos que si las personas  
son agradecidas, quedan  
grabados en la memoria.

RAM. Está bien, me iré al instante, (Llorando.)  
ya que mi presencia estorba;  
pero usted, que al fin y al cabo  
no tiene nada de tonta,  
se hará cargo de que es triste  
que á la que tan bien se porta,  
se la eche de casa, como  
si una fuese cualquier cosa.

MERC. No, mujer: la que se va (Acariciándola.)  
por algo que la deshonra,  
no sale de la manera

que tú. ¡Por Dios, reflexiona  
que te llevas mi cariño,  
mi amistad... y, no seas boba,  
no te aflijas, la paleta  
ya verás, á las tres horas  
de estar en Madrid, se cansa,  
se aburre y descorazona,  
comprendiendo que no es  
para ella esta Babilonia.

RAM. Ahí queda el baúl, me voy (Afligida.)  
á buscar quien lo recoja.  
Si entre tanto quiere usted  
registrarle...

MERC. Me incomoda  
que pienses de esa manera:  
yo conozco á las personas,  
y no te juzgo capaz  
de una acción tan bochornosa.

RAM. Un beso á la señorita (Despidiéndose.)  
y al señor muchas memorias.

MERC. (Besándola cariñosamente.)  
Adiós, mujer: que no dejes  
de venir... (Vase Ramona.)

## ESCENA II

DOÑA MERCEDES

¡Pobre Ramona,  
tan servicial y tan buenal...  
Con seguridad la otra  
será una zafia, una torpe,

que no sabrá ni la jota.

(Suenan la campanilla con mucho estrépito.)

¡Ya están aquí Bonifacio,  
abra usted, antes que rompan  
la campanilla. ¡Esta gente  
se figura que una es sorda!

(Se ve cruzar á Bonifacio en dirección á la puerta.)

### ESCENA III

**TULA, EDUARDO y CELEDONIA**, en traje de camino. **DON ANTONIO y BONIFACIO**; éste y **CELEDONIA** se dirigen á la segunda lateral derecha, con maletas y mantas de viaje, saliendo y entrando cuando lo indique el diálogo.



- TULA. ¡Mercedes! (Abrazándola y besándola.)
- MERC. ¡Tula! ¡Sobrino! (Idem á Tula.)
- EDUAR. ¡Tía!
- MERC. ¡Querido Eduardo!
- TULA. Sírvenos el desayuno (A Bonifacio.)  
en seguida, Bonifacio:  
tenemos que hacer muchísimo.
- MERC. ¡Y sin descansar un rato!
- TULA. ¿Descansar? No hay que perder  
un minuto.
- MERC. ¿Es para tanto?
- TULA. Ya hablaremos... ¡Qué viaje!  
Si los asuntos que traigo  
me salen tan bien, de fijo  
no hay sér más afortunado.
- MERC. ¿Es posible?
- TULA. Mira: el tren  
ha venido sin retraso;  
no ha habido choque, ni robo:  
donde nos hemos bajado  
á comer, hemos comido  
perfectamente y barato,  
sin que nos dieran ni una  
moneda falsa en el cambio.  
¿Qué más? No váis á creerlo...  
Muy finos los empleados  
de toda la línea.
- MERC. ¡Calla,  
por Dios, no exageres tanto!  
Se ve que eres andaluza  
á la legua.
- TULA. No te engaño.

(Se oye dentro gran ruido, como de haberse roto cacharos.)

MERC.

(Corriendo aterrorizada á la puerta.)

¡Ay, Dios mío! ¡La vajilla  
que me la han hecho pedazos!

#### ESCENA IV

DICHOS y BONIFACIO, que sale apresuradamente, y al encuentro de DOÑA MERCEDES. BONIFACIO trae varias jicaras de chocolate en una bandeja, que pone sobre la mesita.



BON.

(Sobresaltado y balbucando.)

Yo no he tenido la culpa  
de nada de esto, señora,  
que fué la recomendada  
de don Anselmo Pantoja.

- TULÁ.** (Riéndose.) ¡Pues ha entrado con buen pie!
- MERC.** (Disimulando su disgusto.)  
¿Ha sido ella?... No importa.  
Sin duda la turbación,  
el deseo de... son cosas  
naturales!
- ANT.** (Aparte á Tula, pero de modo que lo oiga doña Mercedes.)  
No hagas caso,  
porque está que se la ahoga  
con un cabello.  
(Se sientan á tomar el chocolate.)
- MERC.** ¡Por Dios,  
Antonio, que me sofocas!
- EDUAR.** No se apure usted, que yo  
prometo comprarle otra,  
si me dan al fin la cátedra  
de Derecho en Barcelona.
- ANT.** ¿En eso estamos? ¡Pues, hombre,  
fuera injusticia notoria  
después de unos ejercicios  
tan brillantes!
- TULA.** ¿Y qué importa,  
si en España es el favor  
el que resuelve las cosas?  
Éste hizo oposiciones  
á una cátedra de Historia,  
vacante en el Instituto  
provincial de Zaragoza;  
no sé lo que le pasó,  
pero no dió pie con bola...  
Dijo que Carlos tercero

nació antes que Mahoma,  
que Colón fué primo hermano  
de doña Juana la Loca...

EDUAR. Confieso que estuve torpe,  
pero no dije esas cosas,  
mamá.

TULA. Pues muy parecidas.  
Si bien es verdad que ahora  
se ha lucido, y ha logrado  
que el Tribunal le proponga  
en primer lugar, y en único,  
al Ministro que los nombra.

ANT. Pues entonces, hija mía,  
comprende que está de sobra  
toda recomendación.

MERC. Mas, por si acaso, no estorban.

TULA. Por eso no ha de quedar,  
porque me traigo de Loja  
la mar de cartas, escritas  
por todas cuantas personas  
tienen cerca del Ministro  
influencia.

ANT. ¡Hola, hola!

MERC. ¿Y traerás del diputado?...

TULA. ¿De quién? ¿De Perico Rojas?

¡Qué disparate! Ese es  
el que me pone furiosa,  
porque sé que está en Madrid  
con el cacique Cardona,  
ante el cual, todo Gobierno  
cede, transige y se postra.

ANT. ¡Qué vergüenza!

TULA.

Es natural:

¿no ves que es hombre de *mosca*?  
Ambos tienen interés  
en favor de otra persona.  
Así, pues, desde este instante  
pongo manos á la obra.  
Me voy á arreglar un poco.

(Se levantan de la mesa.)

ANT.

¡Tú mandas, y punto en boca!

TULA.

Ahora vamos á Palacio,  
que hay Consejo, y á la hora  
en que bajen los ministros,  
vosotros me dejáis sola,  
me acerco... le doy tres cartas...  
si es caballero, las toma.

ANT.

¡Puede ser que las rechace!

TULA.

Cuando esté almorzando, otra.  
Después, en el Ministerio,  
seis más... no me quedo corta.  
(A Bonifacio.) Entretanto, tú le llevas  
á don Regino Bedoya,  
académico de número  
de la Academia Española,  
esta carta, en la que un tío  
suyo, que reside en Loja,  
le pide que hable al Ministro  
por nosotros.

BON.

Voy, señora;

pero antes...

(Indicando que tiene que recoger las jcaras.)

TULA.

No pierdas tiempo;  
que las quite Celedonia;

así se irá acostumbrando...  
No tardo ni un cuarto de hora.  
(Vase por la derecha.)

### ESCENA V

DICHOS, menos TULA.



- MERC. (Fijándose en una insignia que lleva Eduardo en el ojal de la levita.)  
¿Conque estás condecorado,  
y no has dicho una palabra?  
Está bien.
- EDUAR. Es que á estas cosas  
yo no les doy importancia.
- ANT. ¿Y qué acción ejecutaste  
para merecer tan alta



- de que una buena influencia  
vale más que la justicia  
y tiene siempre más fuerza?  
¿Tú los acompañarás?  
ANT. Sólo porque no se pierdan;  
pero te debo advertir  
que no paso de la puerta  
del Ministerio: ¿lo entiendes?  
Que ha pasado ya la época  
de sufrir humillaciones,  
de tolerar caras serias,  
y de consentir que á uno  
le miren con displicencia,  
como diciendo: "no hay nadie  
que mi posición merezca."  
MERC. Vamos, hijo, que también  
tú vas echando una lengua...

## ESCENA VII

DICHOS, TULA y en seguida EDUARDO.

- TULA. Ya estoy aquí preparada  
á la lucha.  
ANT. Cuando quieras.  
EDUAR. ¡Por mí, andando!  
TULA. ¡Ven acá,  
que eres un pozo de ciencia!  
(Abrazándole con cariño, y dirigiéndose á los demás.)  
Sabe Derecho romano  
más que el mismo Julio César.  
Es una risa allá en Loja:

cuando estamos en la mesa  
á mí me llama Agripina,  
á la muchacha Lucrecia,  
y á su padre, Bruto.

ANT. (Con ironía, y como reconviniéndole con cariño.)

¡Hombre,

eso es no tener vergüenza!

MERC. ¿Vendréis á almorzar?

TULA. Veremos.

Mas, si tardamos, almuerza,  
que yo á casa he de venir  
con la credencial, ó muerta...

MERC. Que le hables al alma, ¿oyes?

TULA. ¡La cuestión es que la tengal

EDUAR. Adiós, tía.

MERC. Adiós, sobrino.

ANT. Hasta luego.

MERC. (A don Antonio.)

¡Y tú, modera,

si es posible, esos alardes  
que tienes de independencía!

ANT. ¡Seré mudo: es lo mejor  
para que no haya quimeras! (Vanse los tres.)

### ESCENA VIII

DOÑA MERCEDES, y en seguida CELEDONIA. Ésta ha de hablar  
con marcado acento andaluz, muy calmosa, y pareciendo que se burla  
de doña Mercedes.

MERC. ¡Celedonia!

CEL. Buenos días.

MERC. Ya puede usted recoger

la mesa.

- CEL. Con mucho gusto,  
puesto que lo manda usted.
- MERC. Me ha roto usted dos soperas.
- CEL. Es verdad, ¿cómo ha de ser!  
*to* tiene fin en el mundo,  
y las soperas también.
- MERC. Y un jarrón, que era recuerdo  
de mis padres.
- CEL. Ya lo sé,  
*miè ustedé* que si levantaran  
la cabeza, puede ser  
que los pobres der disgusto  
la volvieran á *escondé*.
- MERC. (¿Me estará tomando el pelo?)  
Que no suceda otra vez.
- CEL. No: los cacharros que he roto  
ya no los vuelvo á romper.
- MERC. Despacito: ahora dos jícaras,



y las otras dos después.

(Vase Celedonia con las jícaras, y vuelve.)

No salgo de mi extrañeza.

¡Qué muchacha tan soez!

Si no fuera porque viene

recomendada, yo sé

lo que hoy mismo hacía con ella...

(Sale otra vez Celedonia.)

Y á todo esto, oiga usted,

no hemos hablado de cosas

que nos importa saber.

¿Usted guisa?

CEL.

¡Ya lo creol

Aunque no lo hago muy bien,

porque no es esa mi cuerda,

siempre se podrá comer

lo que yo guise; y si no,

con el tiempo aprenderé.

MERC.

Es natural, y entretanto

se ayuna, y lo mismo es.

(¡Me gusta su desparpajol)

¿Al menos sabrá usted hacer

un chocolate?

CEL.

¡Señora,

y dos, si se empeña usted!

MERC.

¿Tiene usted novio?

CEL.

¡Una miaja!

MERC.

¿Y está en Madrid?

CEL.

Hace un mes,

y vendrá á verme á *menúo*,

como es natural.

MERC.

Muy bien:

vendrá, si se lo consiento,  
que no lo consentiré,  
y hoy mismo al señor Pantoja  
voy á escribirle que usted  
no me conviene.

CEL.

Lo siento,  
pero no lo va á creer;  
y además va á resentirse,  
porque dirá, y dirá bien,  
que sus recomendaciones  
no las quiere usted atender.  
Esto es hablar en confianza  
y como persona fiel,  
que si me muerdo la lengua  
*aluego* me va á escocer.

MERC.

Con franqueza, como dos (Con ironía.)  
amigas de la niñez.  
Y si me quieres llamar  
de tú, lo admito también.

CEL.

¡Caramba, doña Mercedes,  
eso es muy de agradecer!  
(Señalando á la mesa.)  
Ea, *pus* coge de ahí,  
no se nos vaya á *cae*.  
No seas torpe, de ese *lao*.

MERC.

(Remedándola con ironía muy marcada.)  
Ya voy; ten *carma*, mujer,  
anda *pá* allá, no resbales  
y *vaya* á quebrarte un pie.  
¡Dios mío! ¡Malditas sean  
las influencias, amén!  
(Vanse, llevando entre las dos la mesa.)

## MUTACIÓN

### CUADRO SEGUNDO

Escena dividida. A la derecha del espectador el despacho, amoblado con gran lujo, del Ministro. Puerta lateral derecha que da á las oficinas: otra en el foro, que figura ser la de la calle; y á la izquierda de ésta, y en el foro también, otra puerta que da á un gabinetito. A la derecha una mesa grande con papeles, expedientes, etc., etc., y su correspondiente sillón ostentoso y regio. A la izquierda, antesala con retratos al óleo; todos del mismo tamaño; representan los personajes que han sido Ministros. Divanes, sillas, butacas, un velador en medio con periódicos, etc., etc. A la izquierda, primer término, la puerta de la calle; á la derecha, la que comunica con el despacho de S. E.; en el foro otra puerta.

### ESCENA PRIMERA

EL MINISTRO en su despacho, leyendo un periódico. DON JOSÉ y RUFINO, porteros, de gran uniforme. Rufino, con un plumero limpiando ligeramente los muebles y pasándolo por encima de los retratos.



- JOSÉ. ¡Vaya un modo de limpiar!  
Trae, no sirves para nada.  
(Le coge el plumero.)  
A los retratos, así,  
con suavidad, se les pasa  
el plumero por encima;  
de otro modo, los arañas.  
Mira, por si no lo sabes,  
cosa que á mí no me extraña,  
porque eres muy avestruz.
- RUF. ¡Don José!
- JOSÉ. No he dicho nada.
- RUF. ¡Eso es faltarme al respeto!
- JOSÉ. Está bien: si es que te enfadas  
porque te insulto, me callo,  
porque á mí, siempre, por malas  
se me lleva á cualquier parte:  
¡por buenas soy un Veragual!
- RUF. Bueno, ¿qué iba usted á decirme?
- JOSÉ. Que estos retratos reclaman  
atención, porque son todos  
de personas de importancia,  
que han desempeñado el cargo  
de Ministro en esta casa.  
(Señalando á un cuadro.)  
Mira: éste ha sido un bendito...  
buen mozo, de hermosa lámina;  
recibió cuatro puyazos  
de una señora muy guapa,  
y á ella debió la cartera  
y otra infinidad de gangas.  
(Señalando á otro.)

Este fué muy desgraciado.  
Sin tener culpa de nada,  
le metieron en un lío  
del que pudo salir, gracias  
á que acudió muy á tiempo  
y *sobreasaron* la causa.

(Idem á otro, y golpeándole en la cara con el plumero.)

Aquél fué un bribón; no hay más  
que fijarse en esa cara.  
Fué Ministro cuatro días,  
y... ¡maldita sea su estampa!  
en cuanto entró, me dejó  
cesante de una plumada.  
Ni en pintura puedo verle.  
Mírale...

(Encarándose con el retrato.)

¡Bárbaro! ¡Mandria!

¡Siempre que paso, le insulto,  
y él no responde palabra!

RUF.

Hombre, la lengua de usted  
no es lengua, es una navaja.  
A los muertos y á los pobres  
les da usted unas puñaladas  
*que yo entiendo*; pero, en cambio,  
cuando el Ministro le llama,  
hace usted unas cortesías  
y pone usted una cara,  
como diciendo: — “¡Señor,  
deme usted una bofetada,  
que, viniendo de su mano,  
me favorece y ensalza!”  
¡Bajo, adulador!...

- JOSÉ. (Encolerizado.) ¡Rufino,  
ten cuenta con lo que hablas,  
porque á grosero, ni tú  
ni ninguno me aventaja:  
para eso he sido portero  
del Congreso tres semanas!
- RUF. ¡Y le echaron en seguida  
por no servir para nada,  
y porque los caramelos  
que el presupuesto pagaba  
para endulzar el gazzate  
de los padres de la patria,  
á casita, en los bolsillos,  
por libras se los llevaba!
- JOSÉ. ¿Quieres callar, insolente?
- RUF. ¡Aprenda de mí!
- JOSÉ. ¡Ya baja!
- RUF. Que hablo al Ministro lo mismo  
que á un igual. ¡Pues no faltaba  
otra cosa! Los dos somos  
hombres, y aunque en otra escala,  
su obligación es tratarme  
con respeto. En dos palabras  
yo se lo daré á entender.
- JOSÉ. Hombre, ¿á que no?
- RUF. ¡Anda, anda!  
Y soy capaz de decirle  
con muchísima arrogancia:  
“Señor, si es que á su excelencia  
mi proceder no le agrada,  
lo mejor es que presente  
la dimisión, y se vaya.”

(El Ministro toca el timbre.)

**JOSÉ.** Ya está llamando, éntre usted.  
Ahora no me da la gana.  
Entra tú.

**RUF.** Con mucho gusto.  
¡Si no se me encoge el alma!  
¡Ministros á mí! Lo mismo  
que me bebo un vaso de agua.

(Entra en el despacho del Ministro, y antes de hablar le hace una cortesía muy respetuosa y exagerada, sin levantar la cabeza, hasta que el Ministro le habla.)

**MIN.** ¿Ha llamado su excelencia?  
¡Sí, hombre! Toma esa carta,  
que la lleven en seguida.

**RUF.** Iré yo mismo á llevarla;  
las órdenes de vucencia  
(Con mucha humildad.)  
son para mí muy sagradas.  
¿Quiere vucencia algo más?

(Recogiendo la carta.)  
**MIN.** Sí: de paso, que me traigan  
el almuerzo.

**RUF.** Iré en persona  
por él, que los ordenanzas  
son torpes, y no quisiera  
que vucencia se enfadara.  
Su salud para nosotros...

**MIN.** (Enfadado.) Bueno, cállate; ya basta.  
Cumple lo que yo te mando  
sin replicar.

**RUF.** En el alma  
sentiría que vucencia

me retirase su gracia.

(Hace una profunda cortesía y sale del despacho, diciendo en la antesala á don José:)

Ya le he dicho cuatro frescas;  
conmigo no quiere chanzas. (Vase.)

MIN.

Desde que nació, pensando  
en ser Ministro, y hoy, puede  
que diera dinero encima  
por salir del Gabinete.

Pero ¿y quién me sustituye,  
si en España se carece  
en absoluto de hombres  
de mi talla y de mi temple?

Y cuidado que las noches  
me las paso casi siempre  
sin dormir, dando mil vueltas  
y barajando en mi mente  
los nombres de las personas  
ilustres que España tiene,  
para ver si encuentro alguna  
de dotes sobresalientes  
que pueda, si hay una crisis,  
en mi cargo sucederme...

Pero, nada, no hay ni una,  
de mis méritos, se entiende.

Por esta razón, me duermo  
diciendo constantemente:

*“para jardines, Valencia,  
y para Ministros, éste.”*

(Señalándose á sí mismo.)

Así, pues, me sacrifico  
por ti, patria, ¿qué más quieres?

¡Pero no abuses de mí,  
que mi salud se resiente,  
y, si me muero, no sabes,  
desdichada, lo que pierdes! (Transición)  
Esto no quita que yo  
diga delante de gente  
que quiero dejarlo; pero  
sólo es por cumplir...

GARCÍA. (Dentro.) ¿Se puede?  
MIN. Adelante.

## ESCENA II

DICHOS, GARCÍA con varios papeles figurando expedientes.

GARCÍA. Buenas noches.  
MIN. ¿Noches? (Sonriéndose.)  
GARCÍA. Digo, buenos días.  
Dispense usted.  
MIN. Yo no sé  
en qué consiste, García,  
que cuando habla usted conmigo  
de tal modo se le excitan  
los nervios, que muchas veces,  
francamente, desatina.  
GARCÍA. (Atortolado.) Señor, es verdad; la causa  
voy ahora mismo á decírsela.  
Cuando me encuentro delante  
de un fenómeno...  
MIN. (Como reprendiéndole.) ¡García!  
GARCÍA. Fenómeno de talento...  
MIN. No digo que sea mentira;

pero sepa usted que yo  
tengo por norte en mi vida,  
descender hasta el nivel  
del que me habla.

GARCÍA. Lo sabía.

MIN. Bueno: ¿qué me trae usted?

GARCÍA. Asuntos de la oficina...

MIN. A despacharlos. Procure  
tener la lengua expedita.  
Despacito y sin turbarse.

(El Ministro se sienta en la poltrona, y García enfrente de él. García, siempre azorado y confuso, desata los expedientes; y como han de temblarle las manos, se le caen al suelo multitud de papeles, que recoge lleno de turbación.)

¡Hombre, por María Santísima!  
Beba usted un poco de agua,  
á ver si se tranquiliza.

GARCÍA. (Cada vez más nervioso y desconcertado, coge el tintero en lugar del vaso, y se dispone á beber.)  
Muchas gracias. Con permiso...

MIN. (Conteniéndole y aterrorizado.)

¡Que se bebe usted la tinta!

GARCÍA. ¡Es verdad! Crea usted que esto  
no me sucede en la vida  
más que cuando estoy delante...

MIN. (Interrumpiéndole.)

Sí; de un fenómeno... Siga,  
ó, mejor dicho, comience  
á darme cuenta sucinta  
de los negocios.

GARCÍA. (Cogiendo un pliego grande, que figura una solicitud.)

Instancia

de Antonio Luque y Bonilla,  
exsargento, procedente  
del arma de Infantería.

(Leyendo, pero siempre tembloroso.)

“Con todo respeto pide  
que se le otorgue una *mitra*.”

MIN. ¡Una mitra! (Admirado.)

GARCÍA. (Azarado y leyendo de nuevo:)

No: “...una muestra  
de su rectitú y justicia,  
dándole colocación  
de comisario en la línea...”

(El Ministro hace signos como diciendo “eso es otra  
cosa”, y siguen hablando en voz baja, como si García  
continuara despachando con él los demás asuntos.)

ESCENA III

DICHOS, GENERAL en la antesala.—(Don José, durante la escena anterior, habrá estado leyendo periódicos y arreglando algunos muebles. Cuando entra el General, don José está sentado. El General da un bastonazo en el velador, y asusta á don José.)

GEN. ¡Portero!

JOSÉ ¡Qué atrocidad!

¡Vaya un modo de anunciarse!

GEN. ¡Soy General!

JOSÉ. (Haciendo una cortesía.)

¡Ay, vucencia  
perdone!

GEN. Y si no bastase,  
soy diputado por... Mula.

JOSÉ. (¡Lo conocí en cuanto entraste!)

GEN. Y quiero ver al Ministro,  
conque en el momento pásale...

(Le entrega una tarjeta.)

JOSÉ. Ahora está muy ocupado.

GEN. Mejor, para que descanse.

(Don José entra en el despacho del Ministro, y entrega á éste la tarjeta, después de hacerle una profunda y ridícula cortesía.—Entretanto el General se pone á mirar los cuadros de la antesala.)

MIN. (Levantándose rápidamente, después de leer la tarjeta.)

¡Si es mi mayor enemigo!

Dile en seguida que pase.

(Don José hace otra cortesía, descorre la cortina de la puerta del despacho, y la sostiene hasta que entra el General.)

JOSÉ. Pase vucencia.

GEN. (Abrazando al Ministro, que se habrá levantado para recibirle.) ¡Don Roquel

MIN. (Abrazándole con efusión.)

Don Lucas Marín y Sánchez,  
el General más valiente  
de todos los generales;



el que me dice en las Cortes  
un montón de atrocidades...

GEN. Y el que en privado le estima,  
aunque en público le falte.  
Son deberes de partido...

MIN. Ayer me dió usted la tarde,  
cuando dijo usted que yo  
era un Ministro de hojaldre,  
que no tenía vergüenza...

GEN. Política.

MIN. Ya se sabe;  
y que siempre he sido un necio...

GEN. Político.

MIN. No se afane;  
si ya sé que los insultos  
que en sesión suelen cruzarse  
son desvergüenzas... políticas  
que no resienten á nadie.  
Bueno: ¿en qué puedo servirle?

GEN. Sentiría molestarle.

MIN. ¡Por Dios, General, no diga  
usted generalidades!

(Con amabilidad exagerada.)

¿Me deja usted que un momento  
con este señor despache?

Me quedan pocos asuntos,  
y así podré dedicarle  
después el tiempo que quiera.

GEN. Sí, señor.

MIN. (A García.) Pues adelante.

(El General se sienta en un diván que habrá algo dis-  
tante de la mesa.)

ESCENA IV

DICHOS, PATRO, PURA, elegantes, algo exageradas, pero no cursis.

Don José levanta el portier de la puerta del foro de la antesala dejándolas pasar.

JOSÉ. Siéntense ustedes, señoras;  
el Jefe tiene visita.

PATRO. Está bien. No pretendemos  
que le avise usted en seguida.  
Yo sé muy bien lo que son  
Ministros, porque soy hija  
de uno que lo fué, y es fácil  
que vuelva á serlo algún día.

JOSÉ. ¿Sus nombres?

PATRO. Dígale usted  
que está aquí la marquesita  
del Dengue, con la señora  
duquesa de Hojacaída.

JOSÉ. Perfectamente. Si mientras  
quieren estar distraídas,  
aquí hay periódicos.

PATRO. Bueno;  
les echaremos la vista.

(Se sientan junto al velador.)

PURA. ¿Usted lleva mucho tiempo  
sirviendo en esta oficina?

JOSÉ. ¡Ya lo creo! Hoy mismo hace  
veinte años y nueve días.

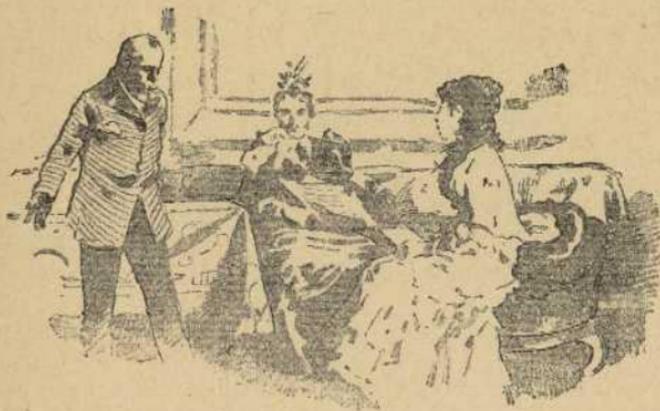
PURA. ¿Y no ha estado usted cesante  
nunca?

JOSÉ. Una temporadilla

muy corta. Ese mamarracho

(Señalando al retrato de antes.)

tuvo la culpa maldita.



A estas horas estará  
purgando sus picardías.

PATRO. ¡Si no ha muerto!

JOSÉ. ¿Usted lo sabe?

PATRO. Vive y bebe todavía.

¡Si es mi padre!

JOSÉ. No, no es éste,

el otro, el de la perilla.

¡Este señor era un ángel!

¡Pues poco que me quería!

(Siguen hablando en voz baja y repasando periódicos.)

GARCÍA. (Leyendo una instancia)

“Un empleado, moderno

en esta Secretaría,

pide un año de licencia

con todo el sueldo.”

MIN. ¡Magnífica

pretensión! Mi General;  
en este caso, ¿qué haría  
usted?

GEN.                    Antes que todo,  
en el acto pediría  
antecedentes, y si era  
buen funcionario...

MIN.                    (A García.)            Pues diga.

GARCÍA.                Debo confesar á usted  
que no viene á la oficina;  
que si viene no trabaja,  
y si trabaja algún día,  
todo lo embarulla y todo  
lo vuelve patas arriba.

MIN.                    ¿Qué es eso de patas, hombre? (Enfadado.)  
¡Me gusta la palabrital

GARCÍA.                Bueno, quise decir piernas. (Aturdido.)

MIN.                    Y yo que usted, pantorrillas.  
Bien: como yo no tolero  
gentes que tomen á risa  
los destinos, ahora mismo  
mande usted la cesantía  
á ese señor.

GEN.                    Muy bien hecho;  
ante todo la justicia.

(MIN.                    ¿Cómo se llama?

GARCÍA.                Don Luis  
Gutiérrez y Quintanilla.

MIN.                    Nada, cesante.

GEN.                    ¡Imposible! (Con mucha energía.)  
Precisamente venía  
á pedirle á usted el ascenso

para esa persona.

GARCÍA.

(¡Atizal)

MIN.

¿Pero usted le recomienda? (Con extrañeza.)

GEN.

Sí, señor; es cosa mía.

Si le deja usted cesante... (Amenazándole.)

MIN.

¡Hombre, parece mentira (Con amabilidad.)

que me haya usted á mí creído

capaz de acción tan indigna!

¿Usted le protege?

GEN.

Sí.

MIN.

Pues no hablemos más. García,  
asciéndalo usted.

GEN.

Un millón (Abrazándole.)

de gracias muy expresivas.

MIN.

¿Va usted contento de mí?

GEN.

¡No lo olvidaré en mi vida!

MIN.

¿Es decir, que ya podré  
sentarme todos los días  
en el banco azul, sin que  
me busque usted las cosquillas?

GEN.

¡Ya lo creo: desde hoy  
no diré esta boca es mía!

MIN.

Adiós; á la Generala  
y á las dos Generalitas,  
mis recuerdos.

GEN.

Una idea,

ya que nombra usted á mis hijas.

La mayor se casa pronto  
con ese que usted quería  
dejar cesante, y deseo  
darle una buena noticia.

¿Podría usted proponerle

para una gran cruz?

MIN. Durilla (Reflexionando.)

es la cosa... ¿Él ha hecho algo notable... que le distinga?...

GEN. Él ha hecho en todas partes lo que hace en la oficina.

MIN. (Después de haber estado reflexionando un breve rato.)

Pues la de Carlos tercero.

¡Precisamente es la misma que se da siempre á los que no han hecho nada en su vidal

GEN. (Estrechándole la mano.)

Es usted un gran hombre.

MIN. Gracias.

GEN. No hay en toda la política un Ministro más decente ni más sabio... (¡Ni más lila!)

Ahora le suplico que no me tome antipatía, si en las Cortes le dirijo alguna que otra pullita.

Mi partido me ha encargado que hoy en la sesión le diga que es usted un hombre funesto que á la nación perjudica.

MIN. ¿Y usted lo dirá? (Poniéndolo en duda.)

GEN. ¿Qué hacer?

Lo exige la disciplina...

Mas... como particular le profeso amistad íntima.

MIN. Ya entiendo: como político usted me rompe la crisma,

- y como particular  
va por la Unción en seguida.
- GEN. Con mucho gusto... ¡Eso es!  
Conque, adiós, señor García...
- (Le da la mano al Ministro, y García se levanta y hace una cortesía.)
- MIN. Que vuelva usted por aquí.
- GEN. Ya vendré con menos prisa  
á recomendarle á usted  
una porción de cosillas:
- (El Ministro le acompaña hasta la puerta de su despacho, y no se aparta de ella hasta que el General ha cruzado la antesala y ha desaparecido.)
- MIN. ¡Quiera el cielo que al bajar  
te rompas una costilla!  
Cuando quiero resolver  
algún asunto en justicia,  
una recomendación  
me sale al paso, y lo evita;  
y siendo, como soy, bueno,  
aquí me estoy todo el día  
haciendo barbaridades  
á que los demás me obligan.  
¿Falta mucho?
- GARCÍA. No, señor.  
Los maestros solicitan  
que se les pague.
- MIN. Es muy justo,  
y es necesidad prevista  
por mí: que se pague á todos.
- GARCÍA. (Levantándose, saludando y retirándose con todos los papeles.)

Está bien.

MIN. ¡Pero, de prisa!  
¡Gracias á Dios que hice al fin  
una obra meritísima!

### ESCENA V

MINISTRO, PATRO, PURA y DON JOSÉ, que entra en el despacho.

JOSÉ. Señor...

MIN. ¿Qué ocurre?

JOSÉ. Ahí están  
dos señoras...

MIN. Al momento  
que pasen, porque muy pronto  
he de marcharme al Congreso.

(Don José les indica que pasen al despacho,] lo cual ha-



- cen después de haber levantado el portier don José.)  
PATRO. ¡Señor Ministro!  
MIN. ¡Señora!...  
PURA. ¡Don Roque, cuánto celebró!...  
MIN. Muchas gracias. ¿Cómo va?  
PURA. Muy buenas... ¿y usted?  
MIN. ¡Muy bueno!  
¿Y las niñas?  
PATRO. Tan traviesas,  
muchas gracias.  
MIN. Pues me alegro.  
PATRO. Gracias. ¿Y usted y sus hermanas?  
MIN. Sin novedad y contentos,  
mil gracias; ¡pero, por Dios,  
tomen ustedes asiento!  
PATRO. Gracias. (Sentándose.)  
PURA. (Indicando que se sienta entre las dos.)  
Gracias. Aquí.  
MIN. Gracias. (Sentándose.)  
¡Qué gracioso que está el tiempo!  
PATRO. Venimos recomendadas  
por la industria y el comercio,  
por la aristocracia entera,  
por la milicia y el clero,  
por las clases productoras...  
MIN. Bien, por todo el universo. (Atajándola.)  
PATRO. Firmadas por personajes  
importantes de esos centros,  
estas cartas le entregamos...  
(Patro le entrega un paquete descomunal de cartas, y  
Pura otro igual; el Ministro las coge asombrado, y las  
pone sobre la mesa.)

- que puede usted ir leyendo.
- MIN. Doy á ustedes mi palabra...  
(de echarlas todas al fuego).
- PATRO. La Sociedad, á la que  
con honra pertenecemos,  
nos ha dado una misión  
caritativa en extremo,  
y le corresponde á usted  
prestarnos apoyo y medios.  
Usted es muy buena persona.
- MIN. Eso dicen en mi pueblo.  
(Con seriedad cómica.)
- PATRO. Y no será indiferente  
á los dolores cruentos  
de esos seres desvalidos.
- MIN. Me está usted enterneciendo.  
¿Y en qué puedo yo servir,  
señora, á esos caballeros?
- PATRO. La Sociedad, á la que...
- MIN. Con honra pertenecemos...
- PATRO. Quiere que usted nos ayude,  
vamos, que nos dé dinero  
para edificar en breve  
un hospital, donde á esos  
desgraciados se les dé  
luz, abrigo y alimento.
- MIN. ¡Es una idea evangélica!
- PATRO. Por de pronto, evitaremos  
el espectáculo horrible  
que nos están ofreciendo  
esos que por las mañanas  
les echan el lazo al cuello.

- MIN.                   ¿Pero, cómo, á los mendigos  
los cogen por ese medio?
- PATRO.                Señor Ministro, ¡por Dios!  
hablábamos de los perros.
- PURA.                Somos de la Sociedad  
protectora de...
- MIN.                   Ya entiendo,  
de animales y de plantas.  
Pues, señoras mías, siento  
dejar á ustedes plantadas.
- PATRO.                ¡Es posible! ¡No lo creo!  
¡Don Roque! ¿No es usted padre?
- MIN.                   ¿Yo? No, señora, ni perro. (Levantándose.)
- PATRO.                (Como resentida y preparándose á marchar.)  
Dispense usted, si abusando  
de su bondad...
- MIN.                   Nada de eso;  
pero el Gobierno no puede  
disponer de un solo céntimo.  
Precisamente no ha mucho,  
y á costa de un gran esfuerzo,  
he dado orden para que  
se les pague á los maestros  
de escuela.
- PATRO.                Pero ¿por qué  
no aplican ese dinero  
al hospital, y otro día  
les pagan á los maestros?  
¡Si ya están acostumbrados  
á no comer, y estoy viendo  
que en cuanto coman dos días  
no resisten al tercerol!

- MIN. Señoras, advierto á ustedes  
que hablan con un hombre serio.
- PATRO. Pues nosotras no cejamos.  
Es decir, que buscaremos (Con ironía.)  
otras personas á quienes  
no tenga usted más remedio  
que servir.
- MIN. ¡Lo dudo mucho!
- PATRO. Pronto de vuelta estaremos,  
acompañadas de todo  
el Senado y el Congreso.  
y si por acaso usted  
no se ablandase, traeremos  
una recomendación,  
para usted de mucho peso.
- MIN. Si no es justo lo que piden...
- PATRO. (Con marcadísima ironía )  
¿Conoce usted á Luis Berrendo,  
que es diputado por Toro...  
gracias á usted?
- MIN. ¡Ya lo creo! (Confuso.)
- PATRO. Pues á su esposa.
- MIN. (¡Ay, Dios! ¡Ya  
tienen hospital los perros!)  
García... García...
- PATRO. (Despidiéndose ) Conque...
- PURA. Señor Ministro... (Idem.)
- MIN. ¡Un momento!  
(A García, que sale.)  
Oiga usted: la cantidad  
destinada á los maestros,  
es necesario emplearla

- en un hospital de perros.
- GARCÍA. ¿Y de perras?
- MIN. (A las dos.) Eso, ustedes lo dispondrán.
- PATRO. Por supuesto.
- ¡Adiós, hombre generoso,  
Ministro sabio y experto!
- PURA. El día en que se abra tan piadoso establecimiento, es preciso que nos honre con su presencia.
- MIN. Lo ofrezco.
- PATRO. ¡Oh! ¡Con cuánta gratitud van á ladrarle los perros!... (Mirando maliciosamente á García.) y las perras.
- MIN. ¡Pero, en cambio, me morderán los maestros!
- PATRO. Que siga usted bien, y gracias.
- PURA. Gracias.
- MIN. ¡Oh! ¡No las merezco! Muchos besos á las niñas.
- PATRO. Gracias. Dé usted mis afectos á sus hermanas.
- MIN. Mil gracias.
- ¡A su papá mis recuerdos, (A Patro.) (A Pura.) y á su tío!
- PURA. Gracias.
- PATRO. Gracias. (Yéndose.)
- MIN. Gracias... (á Dios que se fueron.)

ESCENA VI

MINISTRO, GARCÍA y RUFINO, que aparece en la puerta izquierda.

- RUF.           ¿Entro el almuerzo, señor,  
ó almuerza en el gabinete?
- MIN.           Déjelo usted ahí: ya voy,  
á no ser que se presente  
alguien á recomendarme  
que de ningún modo almuerce.  
Usted puede retirarse,  
García, á menos que quede...
- GARCÍA.       El asunto de la cátedra  
de Barcelona. Es muy breve.  
El Tribunal le propone  
que nombre á Eduardo Pérez,  
calificado por todos  
como el más sobresaliente.
- MIN.           Pues á nombrarle en seguida,  
que es justo. Precisamente  
tengo aquí catorce cartas  
que una señora, á las nueve,  
cuando subía á Palacio,  
me disparó como un cohete.  
(Entregándole las cartas que sacará de todos los bolsillos.)  
Ya está servida. ¡Por fin  
hago una cosa decente! (Se dirige al gabinete.)

ESCENA VII

DICHOS, DON JOSÉ y LUQUE (portero). En el momento en que el Ministro va á pasar al gabinete, entra en el despacho don José, que ha estado hablando en voz baja momentos antes con Luque, que vestirá muy modestamente chaquet ó americana y gorra con galón plateado é iniciales A E; muy pulcro y atildado.

JOSÉ. ¡Señor!... Dispense vucencia.

MIN. ¡Hola! ¿Qué es lo que sucede?

JOSÉ. Ahí está un hombre que trae una carta, y que pretende, porque así se lo han mandado, dársela personalmente.

MIN. Bueno: pregúntele usted que de parte de quién viene.

JOSÉ. De don Regino Bedoya.

MIN. Que pase inmediatamente. (Con resignación.)

LUQUE. (Muy cumplido, con la gorra en la mano.)

A las órdenes, señor,  
de vucencia, digno miembro  
del Gabinete que rige  
el desventurado reino  
de España—antes *Hispania*,—  
aunque en muy remotos tiempos.

(Movimiento de asombro en el Ministro.)

Traigo aquí para vucencia  
una carta de un sujeto,  
no sólo docto y eximio,  
si que también de altos méritos,  
lo cual no empece que á mí  
me distinga con su aprecio.

MIN. (Nuevo gesto de asombro y de estupefacción.)  
(¿Será Menéndez Pelayo  
disfrazado de portero?)  
Está bien; venga.

LUQUE. Señor,  
ante todo, cumplir debo  
con lo mandado, á saber:  
para que vea el deseo  
de que vucencia le sirva,  
hágase cargo primero  
de que de su puño y letra  
viene escrito todo el texto,  
pues ya su excelencia sabe  
que no es extraño ni nuevo,  
el que uno escriba la carta  
y otro firme. Sin ir lejos,  
Aspasia, antigua matrona,  
sabia y hermosa en extremo,  
escribía las arengas  
que dirigía á sus pueblos.  
Pericles, el orador  
más famoso entre los griegos...  
¿Será Periclés? Algunos  
sostienen que debe serlo;  
otros Péricles. . mas yo,  
dicho sea con respeto,  
opino que ni Pericles  
ni Periclés.

MIN. (Impaciente.) Bueno, bueno.  
Demeusted la carta; lo otro  
después lo averiguaremos.

LUQUE. (Entregándole respetuosamente la carta. Mientras el

Ministro la lee, sigue diciendo:  
Es lógico que los hombres  
de Estado tengan mal genio;  
siempre ocupados, y siempre  
mareados por el incienso  
de la adulación, que es vicio  
que corroe el universo.

En China—me sale al paso  
y lo cito como ejemplo—  
la adulación ha llegado  
á su más alto apogeo.  
Estornuda el rey, y los  
cortesianos al momento  
sueltan su estornudo, como  
testimonio de respeto;  
los mandarines lo oyen  
y dicen: “estornudemos,  
no vayan los cortesianos  
á creer que es un desprecio.”  
Por lo cual, cuando estornuda  
el Emperador supremo,  
un estornudo espantoso  
recorre todo el Imperio,  
de la Tartaria al Pacífico,  
de...

MIN. (Interrumpiéndole.) Madrí á Navalcarnero;  
ya lo sé; sólo de oírle  
voy ya sintiendo mareos.  
Dígale usted á don Regino  
que puede estar satisfecho,  
que nombraré á Eduardo Pérez.

LUQUE. Pondré en su conocimiento

lo que vucencia traslada  
al mío, Señor, le beso  
la mano, y si por ventura  
en algo servirle puedo,  
ya lo sabe su excelencia;  
Agustín Luque; portero  
de la Academia Española...  
de la Lengua... (Como rectificándose.)

MIN. ¡Ahora lo entiendo!

(Como burlándose de él, pero con seriedad.)  
¿Y cuándo acaban ustedes  
el Diccionario?

LUQUE. Va lento;  
aún estamos en la jota.

MIN. ¿En la jota?... Pues me alegro.

LUQUE. Celebraré que vucencia  
sea muy pronto académico.

MIN. Gracias, pero ahora ando mal  
de ortografía, y no puedo...

LUQUE. ¡Que siempre ha de estar vucencia  
dando pruebas de su ingenio!

MIN. Vaya, me voy á almorzar. (Vase.)

LUQUE. Señor; que derrame el cielo  
sobre vucencia diez lustros  
de bienandanzas sin cuento.

(Sale del despacho, y al salir le dice don José:)

JOSÉ. ¿Es muy buen hombre, verdad?

LUQUE. Varón sabio é integérrimo.  
Y su carácter es plácido.

JOSÉ. Ya ves tú si será bueno  
que escribe *aduanas* sin *h*.

LUQUE. Hace bien; es lo correcto.

- JOSÉ. No, señor; aduanas, ¿no es un ramo ó departamento de Hacienda?
- LUQUE. Nadie lo duda.
- JOSÉ. Pues si *hacienda*, majadero, se escribe con *hache*, "aduanas," una *hache* está pidiendo.
- LUQUE. ¿La pide? No se la des, y haz caso de mi consejo.
- JOSÉ. ¡Pero, chico, cuánto sabes!
- LUQUE. Estimo el alto concepto que tienes de mí, colega. ¿Será cólega? Yo creo que ni colega, ni cólega, porque si viene del griego... ¿Tú sabes griego?
- JOSÉ. Yo no.
- LUQUE. Pues haces mal. Yo, Gobierno, se lo exigiría á todo portero de Ministerio. (Vanse por la izquierda.)

### ESCENA VIII

TULA y REYES; hombre ordinario del pueblo, con levita y sombrero de copa anticuados. Después DON JOSÉ. Tula y Reyes salen por el foro de la antesala.

- REYES. ¿Pero te figuras tú que la recomendación de un Juez municipal suplente no es nada para un Ministro? Además, ya sabes que nos hemos criado juntos.
- TULA. (Bajando la voz.) ¿Y qué tales entrañas tenía?

REYES. Atravesadillas; pero ya se le habrán *ende-  
rezao*.

TULA. Y de vergüenza, ¿cómo andaba?

REYES. Poca, y esa muy *disimuláa*. Mira, no te ol-  
vides de darle tratamiento.



TULA. Si me concede el nombramiento de mi hijo,  
le daré alteza; pero si me le niega, le llama-  
ré de tú.

REYES. Lo peor es que no hay nadie que le pase  
recado. Por supuesto, que en cuanto le  
digan quién soy, me manda entrar.

JOSÉ. (Saliendo.) ¿Qué desean ustedes?

REYES. Ver al señor Ministro.

JOSÉ. Pues no le puedo pasar recado...

- TULA. El señor es amigo suyo de la niñez, y si sabe que ha estado aquí y usted le ha impedido la entrada, le va á dejar cesante.
- JOSÉ. ¿A mí? Quisiera verlo. Es decir, no, no quisiera verlo; pero, en fin, yo cumplo con pasarle recado. ¿A quién anuncio?
- REYES. Dígale usted que está aquí Anselmo Reyes.  
(Don José entra en el gabinetito donde se supone que el Ministro está almorzando.)
- TULA. Como comprenderás, es para mí cuestión de amor propio, porque si le dan la plaza al recomendado de Cardona, ¿con qué cara me presento yo en Loja?
- REYES. Es verdad. mujer; pero no tengas cuidado, que me parece que hemos de vencer en la demanda.
- JOSÉ. (Saliendo del despacho del Ministro.) Dice que no le conoce á usted... que debe usted venir equivocado... (Mirándole con desprecio.) Ya decía yo...
- REYES. (Irritado.) ¿Que no me conoce? Hombre, déjeme usted entrar, porque le voy á dar un coscorrón á ver si me recuerda.
- TULA. No te sofoques... habrá almorzado fuerte.  
(Hablan acaloradamente entre sí. Entretanto sale el Ministro del gabinete.)
- MIN. Nada, que no me dejan un momento de tranquilidad... Anselmo Reyes, Anselmo Reyes... (Como queriendo recordar el nombre.)
- REYES. (A don José.) Dígale usted que soy el que le quitó la novia el año 61, y el que le dió

una paliza que le tuvo en cama dos meses...  
á ver si así...

JOSÉ. Bueno.

REYES. Añádale usted que cuando estaba conva-  
leciente, recayó porque le pegué con la gui-  
tarrá en la mollera. (Habla en voz baja con  
Tula.)

JOSÉ. (Al Ministro con mucho respeto.) Excelentísimo  
señor: ¡dice ese hombre que fué el que le  
quitó á vucencia la novia el año 61, y el  
que le pegó después con la guitarra en la  
molleral

MIN. ¡Ya lo creo que me acuerdol ¡Como que to-  
davía me duele cuando va á llover. Si es  
Guirlache, hombre, que pase...

JOSÉ. (Con respeto á Reyes.) Señor de Guirlache, que  
pasen ustedes.

REYES. ¿Lo ves? ¡Ya lo sabía yo!... Es que nadie me  
conoce en el pueblo por mi nombre. (Don  
José descorre el portier y les abre paso.)

MIN. (Abrazándole.) ¡Guirlache de mi corazón!

REYES. (Abrazándole también.) ¡Cabeza de chivo de mi  
alma!...

MIN. (En voz baja.) ¡Hombre, por Dios, que no te  
oigan los porteros, porque me van á llamar  
por ese nombre. (Saludando á Tula.) Señora...

REYES. Tulita Gómez, nuestra paisana...

MIN. Tengo mucho gusto y me considero muy  
honrado.

TULA. La honrada soy yo, señor Ministro.

MIN. De ninguna manera, yo soy el hon-  
rado.

- REYES. Ea, basta de cumplidos... El honrado no es ninguno de los dos.
- MIN. Puedo disponer de poco tiempo; pero, siéntense ustedes... (Les ofrece sillas y se sientan, quedando en medio Reyes.)
- REYES. ¡Pero, hombre, qué cambiado estás! Cuando éramos pequeños ni tenías bigote, ni perilla...
- MIN. (Con ironía.) Ni cincuenta y dos años que tengo ahora.
- REYES. Parece que te estoy viendo... ¿Te acuerdas de Pepito Jiménez?
- MIN. No recuerdo.
- REYES. Sí, hombre, aquel que te rompió las narices de un puñetazo.
- MIN. ¡Ah, sí, sí! Era muy gracioso.
- REYES. ¿Y de su hermano Ceferino?
- MIN. A ese no le conocí.
- REYES. ¿Cómo que no? Aquel que, jugando, te tiró al estanque de tu huerta.
- TULA. (¡A este Ministro le ha pegado todo el mundo!)
- MIN. ¡Ya caigo! Y que luego me pusisteis debajo de una higuera para que me secase.
- REYES. ¡Justo! ¡Y qué atracón de brevas te diste mientras te traían la ropa! Desde entonces dije yo: "este chico va á ser Ministro de Fomento.,"
- MIN. ¿De modo que todo el que de chico come brevas, es después Ministro de Fomento?
- REYES. ¡Infalible!
- MIN. Entonces, aquel que le guste la merluza,

- será luego Ministro de Marina. ¿Y á que debo esta visita tan agradable?
- REYES. (A Tula.) Dílo tú... Yo' recomiendo su pretensión como si fuera mía.
- TULA. Señor Ministro, yo tengo un hijo, estudioso, aplicado, de grandísimo talento...; en fin, ha estado muchas veces expuesto á ser concejal.
- MIN. ¡Pobrecillo!
- TULA. Se llama Eduardo Pérez... abogado.
- MIN. No siga usted... opositor brillante á la cátedra..
- TULA. El mismo.
- MIN. Pues es inútil toda recomendación.
- TULA. (Alarmada.) ¿Qué dice usted?
- MIN. Que yo soy amante de la justicia... y que he dado las órdenes para que se extienda el nombramiento á favor de su hijo de usted.
- TULA. (Levantándose con muestras de agitación.) ¡Pero es posible! ¡Y yo que le tenía á usted por un danzante!
- MIN. (Interrumpiéndola.) Pues soy más de lo que usted cree.
- TULA. ¿Más danzante?
- MIN. Quiero decir que soy algo más digno y elevado que danzante.
- REYES. Ea, ya sabes lo principal. Vamos á decírselo al chico, que estará esperando.
- TULA. Señor Ministro: siempre tendrá usted en mí una servidora muy agradecida. Yo haré que la prensa de Loja se ocupe de este rasgo de justicia.

MIN. ¡Hola, hola! ¿En Loja hay ya periódicos?

REYES. ¡Ya lo creo!

TULA. Hay una revista quincenal que se llama *El eco del ganado vacuno*. Su voz llega á todas partes.

MIN. ¡Ya lo creo! Desde aquí parece que le estoy oyendo.

REYES. (Despidiéndose.) Y ahora, como despedida, voy á darte una noticia que te va á satisfacer mucho.

MIN. Venga.

REYES. El Ayuntamiento en masa ha dispuesto poner tu nombre á una calle del pueblo.

TULA. Justo, sí, señor; lo que antes llamaban callejuela del Atún, le van á llamar ahora "Recodo de don Roque,,.



- MIN. (Conmovido.) Muchas gracias, muchas gracias... Adiós, señora... Adiós, Recodo, digo, adiós, Guirlache.
- TULA. ¿Por qué no será usted Ministro eternamente?
- MIN. ¡Haré todo lo posible por servir á usted!  
(Se marchan hablando en voz baja y dando muestras de alegría.)

## ESCENA IX

EL MINISTRO, dirigiéndose al gabinete de donde salió.

¡Pero, señor, cómo se pasa la vida! Tan joven como era yo cuando empecé á almorzar, y ya no puedo con los años. (Entra en el gabinete.)

## ESCENA X

CARDONA y ROJAS, precedidos de DON JOSÉ, que los conduce resueltamente al despacho del MINISTRO.

- JOSÉ. Ustedes no necesitan que le pase recado.  
(Don José entra en el gabinetito y Cardona y Rojas en el despacho.)
- CARD. (A Rojas.) Y usted á callar, como si estuviera votando en las Cortes...; no diga usted más que sí ó no, que para eso le ha sacado á usted diputado.
- ROJAS. No diré esta boca es mía.
- CARD. No, si la boca no es de usted; la boca de los diputados ministeriales es del Gobierno.

ESCENA XI

DICHOS, el MINISTRO que sale del gabinete.

- MIN. (Con alegría.) ¡Señores y milores! ¡Amigo Cardona!
- CARD. ¿Estaba usted almorzando?
- MIN. No, señor; nada de eso: además, ya pronto será la hora de cenar, y empalmaré.
- CARD. (Presentándole.) El señor Rojas, diputado por el mismo distrito por donde usted es senador.
- MIN. Tengo mucho gusto... Me extraña no haberle visto nunca por el Congreso.
- CARD. Se lo he prohibido yo. Le he encargado que huya de las malas compañías.
- MIN. ¡Usted siempre de tan buen humor! (Se sientan.)
- CARD. Al grano. Usted ya sabe que soy amigo y defensor del Gobierno. El Gobierno me dijo: "quiero que salga senador por Loja el Ministro de Fomento, y usted salió..." Me costó mucho dinero.
- MIN. ¡Es verdad! Nunca se lo podré pagar.
- CARD. Eso ya lo sabía yo. Cuando el Gobierno quiere que saque diputado á una persona determinada, yo pongo en juego todos mis recursos, y ese sujeto sale diputado, así sea el adoquín más grande de la tierra. ¿No es cierto, don Pedro?
- ROJAS. (Levantándose de la silla, y como si votara en las Cortes.) Rojas, sí. (Se sienta.)

- CARD. Yo tengo un sobrino que es una maravilla... Va para poeta.
- MIN. ¿Va para poeta? Pues me alegraré que llegue sin novedad.
- CARD. No podemos dejarle solo un instante, porque en cuanto nos descuidamos, escribe un drama.
- MIN. Los compadezco á ustedes.
- CARD. Con todos esos elementos, ¿sabrá el chico Derecho romano?
- MIN. Hombre, lo ignoro. (A Rojas.) Señor Rojas, ¿sabrá el chico Derecho romano con todos esos elementos?
- ROJAS. (Levantándose como antes.) Rojas, no; digo, sí.
- MIN. (No sabe ni siquiera lo que vota.)
- CARD. Pues bien: ha hecho oposiciones á una cátedra de la Universidad de Barcelona, y sus ejercicios han sido...
- MIN. ¿Brillantes?
- CARD. Hombre, la verdad es que nadie sabe cómo han sido, porque no contestó una palabra.
- MIN. ¿Y qué quiere usted que haga yo?
- CARD. Pues nombrarle catedrático de la Universidad de Barcelona.
- MIN. ¿Pero qué dirían el país y la prensa, si yo no nombrase al único que me ha sido propuesto por el Tribunal?
- CARD. (Levantándose.) Aquí sobramos, don Pedro.
- ROJAS. (Suplicante.) Hágame usted el favor, señor Ministro, de nombrar al sobrino del señor Cardona; mire usted que es un chico que no sirve para nada, que no entiende una

palabra de la asignatura, y yo le ofrezco á usted que no irá un día á clase.

MIN. Hombre, con esas cualidades me hace usted titubear... ¡Pero, no, es imposible! He dado orden para que extiendan el nombramiento á favor de don Eduardo Pérez.

CARD. ¡Al hijo de mi prima Tula Gómez!... Hemos concluido. Pasado mañana son las elecciones municipales...; le juro á usted que todos los candidatos del Gobierno serán derrotados y formaremos un Ayuntamiento de oposición.

MIN. ¡Por Dios y María Santísima! (¡Este hombre me va á comprometer!) Espere usted un momento. ¡García! ¡García! (Llamando.)

GARCÍA. (Saliedo con una credencial en la mano.) Señor Ministro...

MIN. ¿Qué trae usted ahí?



GARCÍA. La credencial á favor de don Eduardo Pérez, por si quiere usted firmarla.

MIN. Rómjala usted inmediatamente, y extienda

- GARCÍA. usted otra á nombre del sobrino del señor...  
¡Pero si el sobrino de este caballero ha sido el peor de todos en las oposiciones!
- MIN. ¡Pues por eso mismo!
- ROJAS. Un momento. A mí me consta que el hijo de Tula es un joven de relevantes méritos, y sería una injusticia no recompensarle de alguna manera.
- MIN. Yo creo lo mismo, señor Cardona.
- CARD. No me opongo, y voy á dar á ustedes una solución muy acertada. Déle usted la plaza de catedrático de historia de Zaragoza.
- GARCÍA. Nada más natural: precisamente cuando hizo oposiciones dijo que Carlos III fué asesinado por Favila.
- MIN. (¡Este hombre dispone de mi departamento como si fuera el jefe!) Inmediatamente vengán los dos nombramientos, que voy á firmarlos á escape.
- CARD. Señor don Pedro: vaya usted á casa de la modista por los vestidos de mi mujer, y de paso á la sastrería de Salustiano Bernáldez por mi gabán de pieles...; que para eso es usted diputado.
- ROJAS. Con mucho gusto. Señor Ministro... (Despidiéndose.)
- MIN. Hasta luego.
- ROJAS. (Aparte con tristeza cómica.) ¡Cuántas humillaciones por un acta de diputado! (Vase izquierda.)
- MIN. Sólo por usted soy yo capaz de faltar á la justicia.

CARD. ¡Contento me tiene el Gobierno! En este mes no me han mandado ustedes más que veinte credenciales. Casi todos mis parientes están sin colocar.

MIN. ¿Todavía?

CARD. Además, hace tres meses que estamos clamando por que nos pongan ustedes un ramal, y como si no.

MIN. La verdad es que lo tienen ustedes bien merecido... (Siguen hablando en voz baja.)

GARCÍA. (Presentando dos pliegos al Ministro.) Aquí tiene usted, señor Ministro: la credencial del sobrino, y la del señor Pérez.

MIN. (Sentándose.) Las firmaré y me marcharé corriendo al Congreso.

CARD. No se detenga usted mucho, que por ahí dicen que hoy cae el Ministerio.

MIN. ¡Caracoles! (Levantándose de un salto.)

CARD. ¿Pero usted no sabía nada?

MIN. Ni una palabra. ¡Si los únicos que no sabemos cuándo hay crisis somos los Ministros!... ¿Y se dice quién sale?

CARD. En primer lugar, usted...; después ..

MIN. (Todo esto con mucha rapidez.) No siga usted, que los demás no me importan nada. A ver, mi sombrero, mi bastón... el coche. ¡Pero no es posible, si no ha nacido quien me sustituya!... (Mas por si acaso, voy ahora mismo á buscar una buena recomendación para no salir del Ministerio.) Adiós, Cardona, que venga usted por aquí... que nos veamos, sobre todo en éste despacho,

que es lo que nos conviene á los dos. (Se dirige á la puerta de la antesala.)

**JOSÉ.** (Interponiéndose y evitando respetuosamente que salga por allí el Ministro.) Señor, perdone vucencia que le *recomiende* que baje por la escalera reservada, porque en la antesala hay gente, y le van á detener.

**MIN.** Esta es la única recomendación que hoy me han hecho á favor mío.  
(El Portero le abre la puerta de la escalera reservada, y ambos bajan precipitadamente.)

## ESCENA XII

**CARDONA, TULA y EDUARDO.** Éstos dos entran por la puerta del foro de la antesala.

**TULA.** Pasa, hijo, pasa. ¡Verás que amable es el Ministro!

**CARD.** ¡Queridísima Tulita! (Saliendo del despacho del Ministro.) Dame un abrazo. ¡Tú por este sitio! (Entran todos en el despacho del Ministro.)

**TULA.** ¡Vengo á recoger la credencial de Eduardo!  
**EDUAR.** Por esta vez se ha llevado usted chasco. Estoy nombrado para Barcelona.

**CARD.** Estás equivocado: para esa plaza está nombrado mi sobrino, y aquí llevo la credencial. Esta es la tuya, para Zaragoza. (Dánosela.)

**EDUAR.** ¿Cómo? Yo no admito un cargo que no he de desempeñar dignamente.  
Pero...

CARD. No seas tonto; desempéñalo como puedas, y convéncete de que todavía debes darme las gracias. Si en lugar de mandarte á Zaragoza hubiera pedido que fueras á Fernando Póo, allí te habría enviado el Ministro.

TULA. Acéptala, hijo mío. ¡Que para vivir en España no hay más remedio que hacer lo que mandan los caciques!

(Se oye un gran estruendo y se acercan todos á la puerta por donde salió el Ministro con don José, y sale éste apresuradamente por ella.)

### ESCENA ULTIMA

DICHOS y DON JOSÉ.

JOSE. ¡Señores, por Dios, un médico, que ha ocurrido una desgracia!

TULA. ¿Qué ha sido?

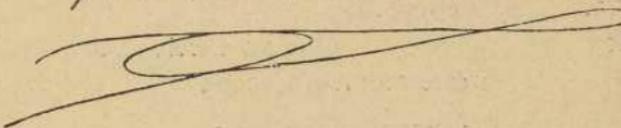
JOSÉ. Que su excelencia en este momento acaba de rodar las escaleras, de lo cual yo soy la causa, que porque saliera antes, y creyendo que acertaba, le *recomendé* que, al irse, fuera por la reservada.

TULA. ¡Toma recomendaciones! (Con júbilo.)  
¡Castigo del cielo, anda!

CARD. ¡Pobre hombre! Vamos corriendo á ver qué es lo que le pasa; pero antes, ya que de re-

comendaciones se trata,  
es justo recomendarnos  
á la bondad extremada... (Por el público.)  
TULA. ¡No más recomendaciones,  
por Dios! Que una vez se haga  
en este mundo justicia  
seca, y que caiga el que caiga.  
Si no te gustó, demuéstralo (Al público.)  
en la forma que te plazca.  
Y aquí da fin el sainete;  
*no perdonéis* nuestras faltas.  
(Marcándolo mucho y muy enfadada.)

Tomás Lucero



# CARRANZA Y COMPAÑÍA

SAINETE EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

TOMAS LUCEÑO

Teatro Lara, 7 de Marzo de 1893.

# REPARTO

| PERSONAJES                          | ACTORES            |
|-------------------------------------|--------------------|
| DOÑA SINFOROSA.....                 | SRA. VALVERDE.     |
| BARONESA.....                       | SRTA. MOLINA.      |
| PATRO.....                          | BLANCO.            |
| PETRO.....                          | SRA. PINO.         |
| DOÑA LAURA.....                     | LARXÉ.             |
| CLOTILDE.....                       | MAVILLARD.         |
| SOLEDAD.....                        | SRTA. LASHERAS.    |
| LOLA.....                           | } MOLINA (AMPARO). |
| AMA DE CRÍA.....                    |                    |
| PAQUITA (niña mendiga).....         | NIÑA RIAZA.        |
| UNA CHULA.....                      | LASHERAS.          |
| CARRANZA (dueño de la tienda).....  | SR. MANSO.         |
| DON RUPERTO (dependiente).....      | ROSELL.            |
| BARÓN.....                          | } RUIZ DE ARANA.   |
| CAYETANO (mozo de tahona).....      |                    |
| DON JOAQUÍN.....                    | GONZÁLVEZ.         |
| LUCAS (dependiente).....            | MENDIGUCHÍA.       |
| SERAFÍN (dependiente).....          | FUENTES.           |
| NARCISO.....                        | RAMÍREZ.           |
| MOTILÓN (dependiente).....          | SRTA. RIAZA.       |
| POBRE 1.º.....                      | SR. PALOMERA.      |
| POBRE 2.º.....                      | MANCHÓN.           |
| Una que pasa besando á su hijo..... | N. N.              |

*La acción en Madrid.—Derecha é izquierda, las del actor.*

# ACTO ÚNICO

---

Tienda de objetos de fantasía en uno de los sitios más céntricos de Madrid. Puerta al foro, y á un lado y otro de la misma un escaparate muy grande, ocupado por numerosos objetos propios de estos establecimientos. Gran mostrador que venga desde el fondo, por ambos lados, á los dos primeros términos, derecha é izquierda. Aparato de luz eléctrica que pende del techo. Al lado izquierdo, dentro del mostrador, una puerta que comunica con las habitaciones interiores, con una gran cortina. En esta decoración ha de resplandecer el lujo más refinado y exquisito. Muebles raros y caprichosos, esparcidos convenientemente.

## ESCENA PRIMERA

DON RUPERTO y LUCAS, dependientes, muy compuestos y elegantes. LOLA y SOLEDAD, costureras, modestamente vestidas. Lola está entregando la ropa blanca, que indicará el diálogo, á don Ruperto, que estará en el mostrador de la izquierda, y Soledad en el de la derecha, haciendo lo mismo con Lucas. DON JOAQUÍN, sentado en cualquier sitio de la tienda, y abstraído echando humo á una boquilla, SERAFÍN, dependiente también, detrás del mostrador de la derecha, en último término, leyendo un libro. MOTILÓN, en el de la izquierda, sin hacer nada.

RUPER. (Examinando atentamente la ropa blanca que le entrega Lola.) Mira estos respuntes. ¿Dónde has aprendido estas mañas? Fíjate: entre punto y punto cabe un carro de mudanza. ¿Cuándo caerás de tu burro?

LOLA.       ¿De mi burro? ¡Tiene gracia!  
              ¿Cómo he de caer, si yo



casi siempre voy á pata?

- RUPER. (De mal humor.) Es que no ponéis cuidado;  
que pensáis sólo en jaranas,  
en los novios y otras cosas  
que os perjudican y dañan,  
y queréis que la labor  
ella solita se haga.  
¡Cómo está la juventud!
- LOLA. ¿Que cómo está? Buena, gracias.  
¿Y la familia de usted?
- RUPER. Sí, ¡vente con patochadas!  
(Tirando la labor con muy malos modos.)  
Lo siento mucho, pero esta  
labor hay que rechazarla.  
(Continúa examinando la ropa blanca, dando muestras  
de desagrado.)
- LUCAS. (A Soledad, muy cariñoso y sonriente.)  
Mira, hija mía, la nesga  
no me gusta, y estas mangas  
son cortas, es decir, una,  
porque la otra es más larga.  
Es: os ojales, pimpollo,  
más que ojales son ventanas  
por las que puede pasar  
la estatua de Mendizabal.
- SOLE. ¡Qué atrocidad! ¡Por supuesto  
que será sin la peana!  
No lo puedo hacer mejor.
- LUCAS. (Bajando la voz y con mucha ternura.)  
Lo que no puedes, ingrata,  
es quererme, cuando yo  
suspiro por tus miradas.
- SOLE. ¿Me da usted la cuenta?

- LUCAS. (Con dulzura cursi.) Dime:  
¿quién te ha dado á ti esa cara?  
¿Quién te ha dado á ti esos ojos?  
¿Quién te ha dado esas pestañas  
que parecen, por lo extensas,  
las varillas de un paraguas?
- SOLE. Ocurrencias de mis padres.
- LUCAS. Me estás destrozando el alma.  
(Cog.éndole una mano y con pasión.)  
Sí, lucero matutino.
- SOLE. Matu... ¿qué?
- LUCAS. De la mañana.  
Es que yo he nacido poeta.
- RUPER. (Suspendiendo el examen de la labor de Lola y en tono  
guasón.) Pues esa es una desgracia;  
porque la forma poética  
ya sabes que está llamada  
á largarse, como tú  
si insistes en esas mañas.  
En cuanto entra aquí una joven  
ya empiezas á enamorarla,  
á suspirar, y á decirle  
que quisieras tener alas,  
que el mundo no es para ti,  
que el mostrador te rechaza,  
que has nacido para algo...  
Pues te quedarás en nada.
- LUCAS. (A Soledad.) No le hagas caso. Es que tiene  
enferma la calabaza.  
(Indicando que Ruperto está chiflado.)
- RUPER. Como Serafin. A ése  
le da por cosas más altas:

por la oratoria. Y el Círculo  
Mercantil es quien lo paga.

¡Pronuncia cada discurso,  
que deja caer de espaldas!

(Figurando que imita á Serafín cuando pronuncia un  
discurso.)

“El déficit no se enjuga...,”

Enjúgate tú la baba:

“El comercio agonizante...,”

Es claro: con esas latas,  
en vez de vivir dos meses,  
le matáis en dos semanas.

SERA.

(Dejando de leer.) Pues aquí dice Bastiat,  
economista de fama,  
que la Economía es  
del Comercio prima hermana.

(Leyendo) “Dadme un duro,”—añade luego—  
“y en catorce horas escasas,  
á interés compuesto, os doy  
cuatro millones.”

RUPER.

¡Caramba!

Yo digo más, y no sé  
de esa ciencia una palabra.  
Dadme un duro, y en la vida  
le volvéis á ver la cara.

(Serafín y Lucas se ríen á carcajadas.—A Motilón, dán-  
dole un pescozón.)

Y tú, ¿para qué has nacido?

MOTI.

(Lloriqueando.) ¿Yo? Para bestia de carga.

RUPER.

Pues lo serás, hijo mío,  
que yo te protejo, y basta.

(A Lola, y refiriéndose otra vez á la ropa:)

Esta pretina no sirve.  
No te la tiro á la cara  
porque estoy bien educado,  
que si no, te la tiraba. (Arrojándosela á la cara.)

LOLA. (Recogiéndola y metiéndola en un pañuelo.)

¡Esté usted toda la noche  
dándole á la aguja, para  
que después, sin miramientos,  
me ponga usted colorada!

RUPER. ¿Qué murmuras?

LOLA. No murmuro;  
es que maldigo mi estampa.  
Aliviarse.

(Yéndose muy incomodada por el foro, y llevándose la  
ropa.)

RUPER. Anda con Dios.

(A Soledad.) Niña, basta ya de charla,  
que hay trabajo, y no me gusta  
la gente desocupada.

¿Qué se te debe?

SOLE. (Pasando al sitio en que está Ruperto.)

Pues cinco

pesetas, costura y plancha.

RUPER. (Sacando dinero del cajón.)

Ahí tienes un duro.

(Soledad le hace saltar sobre el mostrador y mira mucho  
el duro para convencerse de que no es falso.)

¿Es malo?

¿Quieres otro?

SOLE. Bueno.

RUPER. ¡Vaya!

(Le da otro. Soledad lo coge y se prepara á marcharse  
sin devolver el pin ero.)

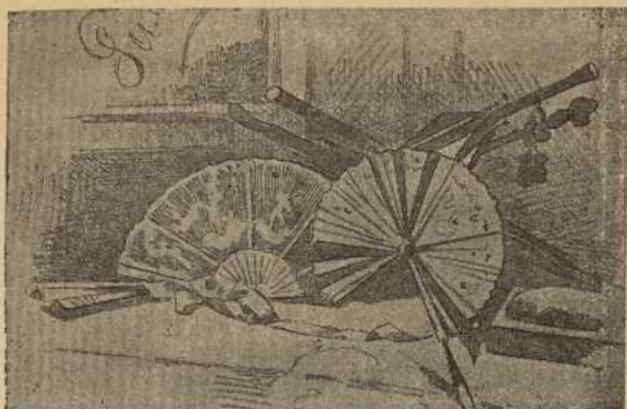
- SOLE. Con Dios, y que usted se alivie.
- RUPER. (Mal humorado.) ¡Si á mí no me duele nada!  
¡Que te llevas los dos duros!
- SOLE. Como usted me preguntaba  
si quería otro, y le quiero,  
lo admití sin repugnancia.
- RUPER. En el caso de que el uno  
fuera falso. No eres manca.
- SOLE. ¡Verdad que lo que usted dé!...  
(Le tira el duro sobre el mostrador y se va.)
- RUPER. (Contemplándola con picardía y regocijo.)  
¡Qué caderitas más anchas  
y sandungueras que tiene  
el diablo de la muchacha!

## ESCENA II

DICHOS, DOÑA LAURA y CLOTILDE, muy elegantes. Se dirigen al sitio en que está Serafin leyendo. Éste, al verlas, deja el libro y se dispone á servirles, lo cual ha de hacer siempre con exagerada amabilidad.

- CLOT. ¿Abanicos?
- SERA. Sí, señora.
- CLOT. Saque usted.  
(Volviéndose de espaldas para sacar más cajas. Motilón les ha puesto sillas y queda en el mostrador de la derecha.)
- SERA. Esta mañana  
hemos recibido un gran  
surtido de clases varias.  
¿Quiere usted sándalo, ébano,  
palo de rosa... de nácar?

- LAU. Los veremos todos.
- SERA. Bueno:  
síntense. ¡Ah! Me olvidaba...  
¿Es para viuda... soltera?
- CLOT. No, señor: para casada.



- SERA. ¿De cuántos años?
- CLOT. De treinta,  
dos meses y tres semanas.  
Hemos debido traer (Con ironía.)  
la cédula.
- SERA. No hacía falta;  
pero á veces es preciso  
saber ciertas circunstancias.  
(Doña Clotilde y Laura abren y cierran los abanicos y  
los examinan con detenimiento.)
- LAU. Los quisiéramos mejores,  
aunque fuesen caros.
- SERA. (A Motilón.) Saca  
de los *mosmis*, que ahí están,

debajo de esas corbatas.

**MOTL.** (A Lucas, en voz muy baja para que no lo oigan los demás.)

¿De los *mosmis*? ¿Y qué es eso?

**LUCAS.** De los mismos, papanatas. (Pegándole.)

(Motilón coge una caja, se la presenta á Serafín, y éste á las señoras, que siguen abriendo y cerrando abanicos, dándoselos á Serafín, echándose aire con ellos y haciendo gestos de disgusto. Serafín va amontonando cajas y abanicos conforme avanza la acción del sainete.)

**NARCI.** (Haciendo como que habla por señas con una señorita á quien se supone en un balcón de enfrente. Este personaje aparece en la puerta y se coloca de espaldas al público desde las últimas palabras de Lucas á Motilón.)

¿A las siete? ¡Qué feliz!

¿Que suba? ¿No? ¡Ya!... Pensaba...

Has hecho una *be*. ¡Ah! ¡Que sudas cuando tu padre está en casa!

Como se asome tu primo  
al balcón, no miro nada  
y desde aquí le disparo  
un tiro, y á ti, por falsa,  
otro que te deje seca  
lo mismo que una calandria.  
¿Que no sea bruto? Lo soy;  
y á mucha honra, ¡caramba!

### ESCENA III

DICHOS, MENDIGO 1.º á la puerta.

**MEN.** Caballero, ¡una limosna

por Dios y la Virgen santa!



NARCI. Perdona, hermano... Te adoro.  
(Dirigiéndose a donde se supone que está el balcón.)

- MEN. Para pan.
- NARCI. ¡Dale, matracal...  
Yo tomaré los billetes  
para el estreno de Eslava.
- MEN. Que no me he estrenado.
- NARCI. Hombre...  
ya le he dicho que no hay nada.  
¿No ve usted que está estorbando?
- MEN. Sí, señor; y esa es la causa  
de no irme, á ver si me da  
algo para que me vaya.
- NARCI. No vivo sin ti; y á Dios  
le pediré, si no me amas,  
que me dé una pulmonía  
ó que de un rayo me parta.
- MEN. ¡Que Dios le conceda á usted  
lo que le pida!
- NARCI. ¡Ay qué lata!  
Tome usted. (Le da dinero.)
- MEN. Dios se lo pague.  
Señorito, hasta mañana. (Vase.)

#### ESCENA IV

DICHOS, menos el MENDIGO 1.º

- NARCI. ¡Ay, don Ruperto! ¡Qué pobres!  
(Sigue de espaldas al público.)  
¿Pero por qué no trabajan  
como hacemos todos?
- RUPER. Todos...  
menos usted.





ESCENA VI

DICHOS, menos NARCISO, POBRE y PAQUITA.

RUPER. Luego me la comprarás,  
porque de ésta no te escapas.  
Ya que conviertes la tienda  
en campo de tus hazañas,  
te ha de costar el dinero.

JOAQ. Pero lo que á mí me extraña  
es que el amo lo permita.

RUPER. ¿El amo? El amo está en Babia.  
Tiene hace un año la tienda  
por completo abandonada.  
Le ha dado por figurar  
y ser hombre de importancia.  
Ahora quiere á todo trance  
ser concejal.

(Durante el parlamento que sigue, da á Motilón unas cuantas facturas; éste las coge, como igualmente una caja con correa de las que se usan para llevar objetos, y vase por el foro, después de haberse puesto la gorra, que sea de las llamadas de plato, con una C. y C.<sup>a</sup> encima de la visera.)

JOAQ. ¡Buena ganga!

¿Y qué adelanta con eso?

RUPER. ¡Figúrese usted! Adelanta  
el quedarse sin un cuarto,  
porque la cosa está clara.  
Como nadie le conoce,

la elección, si ha de ganarla,  
ha de ser á fuerza de oro,  
de promesas y esperanzas.  
Hoy es, como usted ya sabe,  
el día de la batalla.  
Pues antes de amanecer  
ya estaba fuera de casa.  
Cada diez minutos viene  
y se dirige á la caja,  
con agitación la abre,  
con mano temblona saca  
un paquete de billetes  
en cantidades que espanta;  
sale, vuelve, no saluda,  
habla solo, no descansa;  
y, en fin, que desde que ha entrado  
la política en la casa,  
no me cabe duda, el mismo  
demonio metió la pata.

JOAQ.

¿Y su mujer?

RUPER.

Su mujer,  
¡pobrecilla! avergonzada;  
y, es natural, porque dice  
que su familia es cristiana  
y jamás ha habido en ella  
un concejal.

JOAQ.

¡Tienc gracia!  
No hay mortal sin chifladura,  
aunque la mía es bien cándida.  
Yo, teniendo una boquilla  
que culotar, ¡viva España!  
Ni política, ni toros,

ni Fiesta Alegre, ni nada.

(Levantándose de la silla y dirigiéndose al mostrador en que está Ruperto.)



En uno de estos bolsillos  
llevo casi siempre varias

que me traen á la memoria  
fechas para mí muy gratas.

Esta, cuando me casé;

(Va sacando sucesivamente las boquillas que indica.)

cuando creí que enviudaba;

cuando tuve el primer chico;

cuando entró á mandar Sagasta;

y ésta... ya no lo recuerdo.

RUPER. (Con ironía.) Sí, de cuando usted mamaba.

JOAQ. Tiene usted razón, de cuando  
me hicieron vista de Aduanas.

¿Han venido algunas nuevas?

RUPER. ¡Ya lo creo! Y de Alemania.

Novedad verdad. (Marcándolo mucho.)

JOAQ. ¿A verlas?

(Joaquín se dirige al otro mostrador.)

LUCAS. Todavía no están marcadas.

RUPER. No importa. Ponle lo justo,  
lo que nos cuestan, y basta.

*Erre y jota.* (Que es lo mismo  
que dos duros más en cada  
boquilla. Las aficiones  
es necesario explotarlas.)

(Don Joaquín pasa al lado donde está Lucas: éste saca  
un cajón con boquillas, que examina aquél con avidez.)

## ESCENA VII

DICHOS, CARRANZA por la puerta de la izquierda, figurando que  
habla con alguien que está dentro.

CARR. Bueno: yo haré lo que quiera,  
que en mi casa soy el dueño.

- JOAQ. ¡Don Felipe!...
- CARR. Adiós, amigo.
- JOAQ. ¿Qué le ocurre á usted? ¿Qué es eso?
- CARR. Mi familia, que va á dar  
conmigo en el cementerio.
- RUPER. Tu familia, que se empeña  
en que no pierdas el seso  
y atiendas á tus negocios,  
que debe ser lo primero.
- CARR. ¡Me gusta! Ten entendido  
de hoy para siempre, Ruperto,  
que el llevar veintidós años  
en esta casa, no creo  
que te autorice á meterte  
en lo que te estás metiendo.  
¡Vaya! Figúrese usted (A don Joaquín.)  
que anda tan mal el comercio,  
que hay que vender por noventa  
lo que nos cuesta uno y medio;  
que entre las contribuciones,  
las tarifas, el impuesto  
de consumos, y además  
otra porción de derechos,  
el comerciante no tiene  
sobre qué caerse muerto,  
y yo tendré que morirme  
de pie, lo cual es molesto.  
Mi situación—le decía—  
se empeora por momentos:  
mis chicos, sin ropa; yo,  
con este traje y el puesto;  
mi mujer medio desnuda,

por no decir que está en cueros...

JOAQ.

¿Puedo verla?

(Haciendo el movimiento de echar á andar.)

CARR.

Ahora, imposible.

Si está presa...

JOAQ.

(Alarmado.) ¿Pues qué ha hecho?

CARR.

(Riéndose.) ¡Hombre, por Dios! Digo presa

de un gran ataque de nervios,  
nada más que porque en estas  
elecciones me presento  
concejal, cuando lo hago  
precisamente por ellos.

Porque siendo concejal,  
ni pagaré los impuestos,  
ni pagaré las tarifas,  
ni pagaré los derechos  
de consumos, y á muy poco  
que me apuren, ni al casero.  
Además, mi afán es mora-  
lizar el Ayuntamiento.

CLOT.

(Viendo un abanico.)

¡Qué avestruz... tan mal pintado!

Yo creí que era un jilguero.

CARR.

Me voy á ver cómo va  
la elección. Conque hasta luego.

(Al irse le sale al paso Cayetano, hombre del pueblo,  
pero bien vestido. Es gallego.)

### ESCENA VIII

DICHOS, CAYETANO. Pronunciación mareadamente gallega.

CAYE.

Buenos días, don Felipe.

- CARR. Buenos días, Cayetano.  
CAYE. Me alegro de verle bueno,  
porque estoy hace un gran rato  
pra entrar aquí, y como siempre  
veo el comercio ocupado,  
he sentido curtedaz  
para darle á usté un recadu.  
CARR. ¿De parte de quién?  
CAYE. De un ser-  
vidor que besa su mano.  
CARR. Hombre... ahora estoy muy de prisa.  
CAYE. En un momentu despachu:  
es una curiosidaz  
que está revoloteyando  
por todo mi cuerpo, y quiero  
que usté me saque del paso.



Dígame usté, don Felipe:  
¿á usté nu le han reventadu

alguna vez? Cun franqueza ..  
como si fuera su hermano.  
¿Que le han reventadu? Bueno.  
¿Que no? Pues éste que traigo,  
(Ens: nándole un grosísimo bastón.)  
traígolo yo aquí con el  
objeto arriba indicado.

CARR. Dígame usted lo que quiere,  
pero en términos más blandos.

CAYE. Baje usted la voz, que ni  
estoy sordo ni borrachu,  
y yo merezcu respeto  
porque soy buen ciudadano  
y trabajo honradamente  
y honradamente lo gasto;  
y si bebo, es cuando quiero  
hablarle á un amigo claro.  
Yo soy mozo de barriga  
de la tahona de don Paco.  
Don Paco es, como usted sabe,  
el candedato contrario  
de usted, y como nun salga  
concejal el señor Paco,  
le doy á usted un recorrido  
desde el tubillo hasta el cráneo  
de la cabeza, que tienen  
qui introducirle en un sacu  
si han de llevarle á jurar  
al Ayuntamiento el cargu.  
Conque su candedatura  
ya la está usted retirando.

CARR. Eso al cuerpo electoral,

- que es el que me ha designado.
- CAYE. Es que pra mí no hay más cuerpo  
que este cuerpo que me traigo.  
(Blandiendo el garrote.)  
Mire usted que aunque de Vigo  
soy muy chulo y soy muy guapu,  
que me mire usted de frente,  
que me mire usted de lado.
- CARR. Vamos, déjeme usted en paz.  
A mí me ha dicho su amo  
que no ambiciona ese puesto.
- CAYE. Pues pur eso está empeñado  
todu el destrito en sacarle  
vetorioso: porque, es claro,  
por lo mismo que no quiere,  
desempeñará su cargo  
con fedeledaz, equidaz  
y aseo... porque es aseado.
- CARR. ¡Hombre... venga usted acá!...  
(Aparte á Ruperto.)  
(Lo que éste busca son cuartos.)  
Tome usted cuarenta reales  
para que se eche usted un trago.
- CAYE. (Con dignidad cómica.)  
Eso es para mí una ofensa;  
y á un elector de mi rango,  
el darle dinero, es darle  
pur la espalda un navajazu.  
En fin, vengan los dos duros.  
Mas conste que no me ablando  
ni me vendo... y si le votu  
porqui he de votarle... lu hago

por gratetuz.

CARR. ¡Se comprende!

CAYE. Ahora, dieme esa mano.

(Con risa estúpida.) ¿Lo ve usted cómo la gente  
hunrada se entiende hablando?

CARR. Cierto, cierto. Ea, á votar.

CAYE. Pero, por Dios y los santos,  
que conste que no me vendu.

CARR. ¡Ya se sabe!

CAYE. (Y no le engaño,  
porque le tomo el dinero  
y luego votu á mi amu.) (Vase.)

## ESCENA IX

DICHOS, menos CAYETANO.

JOAQ. ¡Tiene gracia!

CARR. ¿Lo ve usted? (A Joaquín.)

(A Ruperto.) ¿Te convences, viejo raro?



Con dinero se consigue  
todo en el mundo.

RUPER.

No tanto.

Lograrás algunos votos  
de dos ó tres mentecatos;  
pero no la estimación  
de todos los ciudadanos,  
porque esa sólo se alcanza  
á fuerza de gran trabajo,  
de virtudes y otras prendas  
que Dios á ti te ha negado.

CARR.

¡Ah! ¿No ha vuelto todavía  
cón las cuentas el muchacho?  
Me va á hacer falta dinero.

RUPER.

¿A que no te trae un cuarto?

## ESCENA X

DICHOS, MOTILÓN con la caja y las facturas.

CARR.

Ya viene aquí. ¿Me traerás  
veinte mil reales lo menos?

MOTI.

(Mal humorado y tirando una á una sobre el mostrador  
las cuentas conforme va diciendo nombres.)

¡Cál No, señor. ¡Si en Madrid  
no hay nadie que tenga un céntimo!  
Don Pedro Sánchez no estaba  
en su casa, porque ha muerto  
de repente... un primo suyo  
que residía en Oviedo.

Cruz... ese señor que ha sido...

CARR.

Sí, ministro de Fomento (A don Joaquín.)

En las tarjetas se pone  
“exministro,, el majadero;  
pero lo pone con ese  
y cree que lo está siendo.

MOTI.

Que ya vendrá por aquí.  
Don Sebastián... me ha devuelto  
los guantes y las corbatas,  
diciéndome que ni éstos  
son guantes, ni éstas corbatas.

(Sacando de la caja varios guantes y corbatas destruzados.)

RUPER.

¡Claro! Después de año y medio..

MOTI.

También vendrá por aquí  
á que le vuelva el dinero.  
De lo contrario, no vota  
á favor de usted.

CARR.

Ruperto:  
ya lo oyes... Cuando venga  
devuélvele...

RUPER.

¡Por supuesto!  
¿Sabes que con la política  
vamos á echar muy buen pelo?

CARR.

¿Y los demás?

MOTI.

¿Los demás?  
(Tirando las facturas sobre el velador.)  
Se alegran que esté usted bueno.

JOAQ.

¡Qué escándalo!

CARR.

Ea, adiós.

JOAQ.

Que si triunfa usted, yo espero...

CARR.

Encargo á París hoy mismo  
una boquilla de mérito  
con mi busto de tamaño

natural.

RUPER.

¡Echa!

JOAQ.

La acepto.

Me voy con usted, que ya  
en su elección me intereso.  
Concejales como usted  
honran al Ayuntamiento.

CARR.

Usted me conoce.

JOAQ.

(A Lucas.)

¡Ah!

Cuatro boquillas me llevo.  
Ya las pagaré.

RUPER.

(Con mucha ironía.) ¿Usted vota  
por Felipe?

JOAQ.

¡Ya lo creo!

RUPER.

Pues entonces, no las pague.  
Es suficiente con eso.

CARR.

¡Mamarracho! Si la baba  
se te va á caer en viendo  
que me hacen teniente alcalde,  
ó quizá alcalde primero.

RUPER.

(En tono muy burlón.)

Adios... Cubas... Da expresiones  
mías al doctor Esquerdo.

(Vanse Carranza y don Joaquín.)

## ESCENA XI

DICHOS, menos CARRANZA y DON JOAQUÍN.

SERA.

(A doña Clotilde.)

Suba usted un poco, señora.

CLOT.

Baje usted algo.

- SERA. ¡Si no puedol !  
CLOT. Pues yo no subo.  
SERA. Pues yo  
no bajo ni un solo céntimo.  
Alárguese usted algo más.  
CLOT. Encójase usted primero.  
SERA. Vamos, se lo dejo en ocho.  
CLOT. En cinco, y es trato hecho.  
SERA. Se lo doy en lo que marca:  
siete cincuenta.  
LAU. ¡Qué terco!  
SERA. Pero, señora, ¿usted cree  
que estoy mal con mi dinero?  
CLOT. Pues vamos á ver los otros.  
SERA. (Aparte á Lucas:)  
(Lucas, ven aquí un momento,  
que yo ya estoy mareado  
y voy á caerme al suelo.)  
Con el permiso de ustedes. (A ellas.)  
LUCAS (Muy amable.) Vamos á ver si yo tengo  
mejor mano. Ya verán  
cómo al fin nos entendemos.  
(Sigue despachando y discutiendo en voz baja.)

## ESCENA XII

DICHOS y DOÑA SINFOROSA, PATRO y PETRO, lujosamente  
vestidas.

- SINF. Muy buenas tengan ustedes.  
RUPER. Felices. Cuánto celebro...  
SINF. ( Venimos á lo de siempre,

- á dejar aquí el dinero.
- RUPER. Sin las clases opulentas,  
¿qué sería del comercio?  
(Doña Sinforosa se sienta al lado izquierdo.)
- PETRO. (A doña Sinforosa.)  
Mientras haces esas compras,  
para no perder el tiempo,  
Serafín puede probarme  
los guantes.
- SERA. (Preparándose á servirla, y colocando sobre el mostrador  
la almohadilla que se usa para poner guantes.)  
En el momento.
- PATRO. Yo también los necesito,  
porque éstos están muy viejos.
- RUPER. (A Motilón.) Sirve tú á esta señorita;  
anda. (Motilón pasa á la derecha del mostrador.)
- PATRO. No, señor: prefiero  
que Serafín me despache.
- SERA. Bien; pero á las dos á un tiempo...  
es imposible.
- PETRO. Es verdad:  
sírname usted á mí primero.
- PATRO. (Con marcada ironía.)  
Sí; que al fin y al cabo eres  
la mayor.
- PETRO. No es verdad eso,  
porque ambas somos gemelas.
- SERA. ¿Gemelas?
- PETRO. O poco menos,  
porque le llevo dos meses  
nada más.
- SERA. (¡Pues no lo entiendo!)

¿Y de qué color los guantes?

PETRO. Yo, blancos.



PATRO.

¿Sí? Pues yo negros.

Y haces mal en elegirlos  
blancos, porque no teniendo  
vestido de seda, harás  
un papel de lo más feo...

PETRO. Serafin, no haga usted caso:  
diga usted que sí le tengo.

PATRO. Diga usted que no.

PETRO. Mamá,  
regáñela usted.

SINF. (Que habrá estado hablando en voz baja con don Ru-  
perto.)

¿Qué es eso?

¿Empezáis ya?

PETRO. Yo no soy.

SINF. Patro, deja en paz á Petro. (A don Ruperto.)

¿Las ve usted así? Pues se adoran  
las dos; pero con extremo.

En casa es una delicia...  
siempre de broma y jaleo.

Coge la badila Patro  
y le da con ella á Petro  
en las narices, y Puri,  
la más chica, va corriendo  
detrás, y con las tenazas  
á Boni, el niño pequeño,  
le pellizca las orejas  
ó le chamusca los pelos.

Segis, que es el medianito,  
no puede vivir sin Petro.

Ayer le tiró una fuente  
de ensalada de pimientos  
que, si no es por Celes, cae

sin decir Jesús al suelo.

Todo por puro cariño.

RUPER. ¡Se comprendel Según eso,  
su casa de usted será...

SINF. Una sucursal del cielo.



Y á Dios pido me conserve  
para solaz y contento,  
á Boni, á Segis, á Celes,  
á Patro, á Puri y á Petro.  
Creámelo usté, don *Rúper*.

RUPER. Doña *Sinfo*, no lo niego.

SINF. Y como voy para vieja...  
los hijos son mi consuelo.

- RUPER. ¿Vieja? ¡Cá! ¡Qué tontería!
- SINF. Sí; que los cuarenta peino.
- RUPER. Entonces, yo soy más joven.
- SINF. ¿Cuántos peina usted?
- RUPER. No llego  
á peinar veinte.
- SINF. (Con asombro.) ¿Veinte años?
- RUPER. (Quitándose el gorro y dejando ver una calva con po-  
quísimos pelos.)  
No, señora: veinte pelos.
- SINF. Vamos á nuestro negocio,  
que aún no he dicho á lo que vengo.  
(Durante el diálogo precedente y el que sigue, Serafín  
prueba guantes á Patro, y cuando el diálogo lo indique,  
Lucas á Petro, figurando que sostienen una conversación  
muy animada.)  
Mire usté, se trata de  
un muchacho amigo nuestro  
que se casa, y yo quisiera  
regalarle algún objeto  
de gran valor, elegante,  
de novedad y de mérito;  
pero, francamente, que  
me cueste poco dinero.
- RUPER. ¿Cuánto quiere usted gastarse?
- SINF. Tres duros... ó tres y medio  
si lo mereciese.
- RUPER. (Como vacilando.) Entonces...  
Espere usté á ver si encuentro...  
(Buscando objetos que presentarla.)  
¿El novio es de confianza?
- SINF. A mí no me importa eso.

- Será á la novia en tal caso.
- RUPER. Si le tratan hace tiempo.
- SINF. ¡Ah!
- RUPER. Porque ayer han llegado  
unos calzoncillos...
- SINF. Petro,  
¿tú sabes cómo anda el novio  
de ropa blanca?
- PETRO. De cuellos  
y de puños, decentito;  
de lo demás...
- LUCAS. (A Motilón.) Tú, mastuerzo...  
(A Clotilde y Laura.)  
Con permiso... ven acá.  
Entretanto iré sirviendo  
á esta señorita yo,  
que trae priesa, según creo. (Por Patro.)  
(Motilón se dispone á despachar á Clotilde y Laura.)
- LAU. Y éste, ¿cuánto? (Cogiendo un abanico.)
- MOTI. Seis pesetas.
- LAU. ¿No puede ser algo menos?
- MOTI. Si me cuesta más, señora.  
Es abanico de precio. (Continúa despachándolas.)
- LUCAS. (Probando los guantes á Patro.)  
¡Qué mano más diminuta!  
Como de un niño pequeño.  
¡Ay! ¡Quién fuera militar!  
(Suspirando con exageración.)
- PATRO. ¿Pero por qué dice usted eso?
- LUCAS. (Suspirando como antes.)  
¡Ay! Porque los militares  
tienen un partido inmenso.

entre ustedes, y su novio  
será capitán lo menos.

PATRO. ¡Cál No, señor: ¡si ahora empezal  
Segundo teniente... de esos  
que en la bocamanga llevan  
dos galones muy estrechos.

PETRO. (Burlándose.)  
Como que han dado en llamarlos,  
con muchísimo salero,  
comandantes de vía estrecha.

PATRO. Mamá, regañe usted á Petro,  
porque me está avergonzando.

SINF. Dejádme en paz. (A Ruperto.) El tintero  
no me llena.

RUPER. (Que habrá puesto ya sobre el mostrador multitud de  
objetos.)

Es de metal  
finísimo todo esto,  
y la hoja del cuchillo,  
mire usted, de asta de ciervo.

SINF. Eso ya tiene... Quisiera  
una cosa de provecho...  
algo que le fuera útil.

RUPER. Pues, señora, yo no acierto.  
¡Ahl Puede usted regalarle  
dos docenas de pañuelos  
para frac... ó estos tirantes  
(Presentándole una caja donde figura que hay tirantes.)  
bordados, de mucho mérito.

SINF. ¿A ver? ¡Si no sabe una  
cómo acertarl Oye, Petro,  
¿gasta tirantes?



canta con un sentimiento...  
Anteayer enternecía.

SERA. No era el caso para menos.  
¿Y cuando el Real se cierra  
qué hacen ustedes?

PETRO. Meternos  
en un teatro de piezas.

SINF. Pero siempre prefiriendo  
aquel teatro que tiene  
más *numeroso* el sexteto.  
Y eso que ya la afición  
va en España decayendo.  
Antes moría un amigo,  
y daba gusto. ¡Qué entierro!  
¡Qué funerales! ¡Qué tiples  
cantaban el *Tantum ergum!*  
Y ahora ni á misa mayor.  
Yo, si voy, es en mi pueblo,  
porque allí tocan el dúo  
de los "paraguas".

RUPER. (¡Zopencos!)

SERA. (A Patro, como está escrito:)  
¿Usted será *dilletanti*  
también?

PATRO. ¿Quién, yo? Ni por pienso.  
A mí déme usted un buen drama.

SERA. Hija, de eso no tenemos.

PATRO. Quiero decir, que un buen drama  
á las óperas prefiero.

LUCAS. Usté es de los míos.

SERA. Si:  
ahí donde le está usted viendo

es poeta el pobrecillo.  
Ayer escribió un soneto...  
si le viera usted... capaz  
de resucitar á un muerto.

LUCAS. Se llama: "¡Cómo me pican  
los sabañones'."

PATRO. Lo siento,  
porque á mí también me pican  
y muchas noches no duermo.

LUCAS. No, señora: si ése es  
el título del soneto.

SINF. ¿Y qué función hacen hoy  
en el Español?

LUCAS. No puedo  
decírselo á usted, porque  
no está todavía resuelto.  
He visto el cartel, y dice,  
en letras gordas por cierto,  
que hacen *Otelo ó el moro  
de Venecia*, y yo sospecho  
que una de las dos será.

SINF. (A Ruperto.) Este chico es muy despierto.

RUPER. Instruidísimo. ¡Si usted  
le viera fregar el suelo!

SINF. Ea; ¿estáis ya? (Levantándose.)

PATRO. Falta poco.

SINF. Pues mire usted, don Ruperto,  
francamente, me parece  
carísimo todo eso.

Siento mucho la molestia.

RUPER. No, señora, nada de eso.  
Estamos acostumbrados...

- (A que nos tomen el pelo.)
- SINF.** (A Patro y Petro.)  
Que tenemos hoy muchísimo  
que hacer... que va á faltar tiempo.  
Desde aquí á Apolo, á pedir  
tres butacas, que hay estreno.
- LUCAS.** ¿Van ustedes?
- PETRO.** Sí: el autor  
es un chico á quien queremos.  
¡Qué gusto si le patean!  
Es cuando más me divierto.
- SINF.** Después, á pedir á López,  
que le han hecho consejero  
del Norte, cuatro billetes  
de primera, para Oviedo;  
que, siendo amigo, no es cosa  
de que nos cueste el dinero.
- PATRO.** No olvide usted que mañana  
se inauguran los conciertos.
- SINF.** Ya he pedido á Mancelli  
que nos mande un entresuelo.
- PETRO.** Y los toros el domingo.
- SINF.** Tu padre corre con eso,  
porque es amigo de Miura  
desde que era muy pequeño,  
y su familia le quiere  
como si fuera uno de ellos.  
Tendremos palco, de fijo.  
Le digo á usted, don Ruperto,  
que en estas chicas me gasto  
un capital.
- RUPER.** (Con ironía.) ¡Ya lo creo!

**SINF.** Un capital... (en saliva,  
porque estoy siempre pidiendo.)  
(Vanse las tres, despidiéndose con muchos cumplimientos.)

### ESCENA XIII

DICHOS, menos SINFOROSA, PATRO y PETRO.

**RUPER.** Pues, señor, lo que es el día  
se nos presenta muy bueno.  
De seguir así, no hay duda,  
mejor será que cerremos;  
y el caso es que con estar  
aquí de pie tanto tiempo,  
me he quedado frío... A ver  
si en la puerta me caliente.  
(Sale del mostrador; se dirige frotándose las manos á la  
puerta del foro; queda de espaldas al público, y las  
frases que pronuncia á continuación, figura que se re-  
fieren á las personas que van pasando por la calle.—A  
una que pasa besando á su hijo:)  
Quisiera ser ese niño  
á quien va usted dando besos...  
— ¡Vaya usted con Dios, morena!  
— ¡Bendito sea ese cuerpo!

**UNA CHULA** (que pasa rápidamente.)

¡El demonio del hortera,  
se está cayendo de viejo!

**RUPER.** Pues todavía soy joven...  
(Riéndose, como si le hiciera gracia lo que dice.)  
comparado con mi abuelo!

—Adiós, hermosa... ¡Qué carnes!

(Con pasión.) ¡Las gordas son mi embeleso!

(Frotándose las manos y dirigiéndose al mostrador.)



Ea, ya he entrado en calor;  
voy otra vez á mi puesto.

CLOT. Este es un poco ordinario.

SERA. Sí: es algo churrigueresco.

LAU. Y diga usted, ¿por qué llaman  
así á todo lo que es feo?

SERA. Porque en el siglo pasado  
hubo en Madrí un arquitecto  
que se llamaba Churruca...  
el que construyó, por cierto,  
la fachada del Hospicio.

- CLOT. ¡Ah, sí! ¡Tiene usted talento!
- SERA. No, señora... la afición...  
es que estoy siempre leyendo  
y se me pega muchísimo.  
(En este momento le pega Ruperto un cachete á Motilón.)
- MOTI. Y á mí también... y no leo.

#### ESCENA XIV

DICHOS y el BARÓN.

- BARÓN. Señores...
- RUPER. Señor barón,  
¿cómo está usted?
- BARÓN. Bueno, gracias.
- RUPER. Y guapo, y joven, y airoso.  
¡Si parece que no pasan  
por usted los años!
- BARÓN. Pues  
no me cabe duda, cada  
año tengo más edad,  
y conforme el tiempo avanza  
se va uno haciendo más viejo.
- RUPER. ¡Viva el ingenio y la gracial!  
En cuanto abre usted la boca  
dice una... (perogrullada).  
Comprendo que sea usted  
ídolo de las muchachas,  
que le adoren las solteras...
- BARÓN. Y mucho más las casadas.  
Crea usted me veo negro.

- Me ocurren cosas que pasman:  
hago la mar de conquistas,  
y muchas veces en casa  
me miro al espejo y digo:  
Señor, ¿qué hay en esta cara?  
¿Qué hay en este cuerpo? ¿Qué hay  
en mi conjunto que llama  
la atención del sexo débil,  
que me abrumba y me embaraza?  
RUPÉ. ¿Qué ha de haber? Que es usted rico,  
generoso con las damas,  
(idiota) y hombre de chispa,  
(memo) de talento y gracia...  
¿Y á qué debemos la honra?...
- BARÓN. Se puede decir que á nada.  
¿Tiene usted ahí mil pesetas?
- RUPÉ. Sí, señor; ¡pues no faltaba!...
- BARÓN. Démelas usted.
- RUPÉ. Eso no,  
porque me hacen á mí falta.  
Si no fuera así, en seguida,  
porque todo se arreglaba  
con unirlas á la cuenta  
que tiene usted en esta casa. (Con ironía.)
- BARÓN. ¡Pillín! ¡Vaya una manera  
tan fina y tan delicada  
de recordarme el piquillo!...
- RUPÉ. ¡Si ya no es pico, si es águila!  
¡Señor Barón!... yo lo siento...
- BARÓN. Bien: pues déme usted una caja  
de medias de seda azules...  
no: mejor es... encarnadas:

- se las pagaré en el acto.
- RUPER. En ese género raya  
á gran altura esta tienda;  
¡no hay otra igual en Española!  
Si á su señora de usted  
las amarillas le agradan...  
porque son de última moda.
- BARÓN. ¿Mi señora? (Con malicia.)
- RUPER. ¡Ah, yal Basta. (Con picardía.)
- BARÓN. Que las lleven al momento  
muy cerca de aquí, á la plaza...  
(Bajando la voz y hablándole al oído.)
- RUPER. Descuide usted.

### ESCENA XV

DICHOS, la BARONESA con el AMA de cría, que lleva un niño en brazos.

- BAR.<sup>a</sup> ¡Maridito!
- BARÓN. (¡Ay, mi esposa! ¡Virgen santa!)
- BAR.<sup>a</sup> ¡Cuánto me alegro de verte!  
¿Qué haces aquí?
- BARÓN. Pues compraba...
- RUPER. (Anticipándose como para sacar del apuro al Barón.)  
Estas medias para usted.
- BAR.<sup>a</sup> Te lo agradezco en el alma.  
Pero me extraña que tú,  
que no te fijas en nada...
- BARÓN. Pues ahí tienes tú, me fijo.
- BAR.<sup>a</sup> Está bien: vengan, y gracias. (A R. iperto.)



el chiquitín de mi hermana.

RUPER. ¡Ah!

BAR.<sup>a</sup> Yo chicos, no los quiero  
ni me hacen ninguna falta:  
dan muchísimo que hacer,  
(Mirando con intención al ama.)  
y sobre todo las amas.  
Debieran nacer los niños  
con la carrera acabada.

AMA. (Con mal gesto.)  
(Y además con el canuto  
de la licencia en la faja )

RURER. (Que ha sacado cajas de pañuelos.)  
Tiente usted el género; vea  
la clase; los hay á rayas  
y lisos. (La Baronesa los examina.)

BARÓN. (Acercándose al Ama y contemplando al niño.)  
¿Está durmiendo?

AMA. (Siempre malhumorada.)  
Sí, señor: cuando nun mama  
es que duerme.

BARÓN. (Retirándose.) ¡Bueno, buenol  
(El mejor día nos mata.)

BAR.<sup>a</sup> (Después de haber escogido dos pañuelos.)  
Estos dos. (Al Ama.) ¿Quiere usted más?

AMA. Otros cuatro... éstos se rajan  
en seguida..., son baratos  
y nun sirven para nada.

BAR.<sup>a</sup> ¿Y cuánto? (A Ruperto.)

RUPER. Ochenta  
pesetas... para usted.

BAR.<sup>a</sup> (Levantándose.) Si no rebaja,

- RUPER. no los llevo... son muy caros.  
Señora, si es lo que marcan.  
Se los doy á usted de balde,  
si en otra parte los halla  
más baratos.  
(Frotando los pañuelos y haciéndolos una pelota.)  
Seda pura,  
no tienen de algodón nada.
- BAR.<sup>a</sup> Si no los encuentro en otra  
tienda, volveremos... ¿Ama?  
¿Y tú dónde vas ahora? (Al Barón.)
- BARÓN. Al Congreso, porque Cánovas  
me ha encargado que no falte.
- BAR.<sup>a</sup> ¿Vas á hablar al fin? (Con asombro.)
- BARÓN. (Con petulancia.) ¡Anda, anda!  
y á derribar al Gobierno.
- BAR.<sup>a</sup> ¿A derribarle? ¡Qué lástima  
me da el Gobierno! ¡No dura,  
de fiyo, ni una semana!  
Adiós. (A don Ruperto.)
- BARÓN. (Acercándose al Ama y dando un beso al niño.)  
¡Un besol
- AMA. (Muy bajo para que no lo oiga la Baronesa.)  
(Nun tienes  
vergüenza ninguna.)
- BARÓN. ¡Calla! (Vanse.)  
(Cuando desaparecen, todos se echan á reir.)

## ESCENA XVI

DICHOS, menos BARÓN, BARONESA y AMA.

- RUPER. ¡Pobre Barón! Cuando menos

el infeliz lo esperaba,  
¡cataplum!



LUCAS.

¡Si está Madrid

que ardel... ¡Si cada casa  
es un lío!

RUPER. Por si vuelve,  
le prepararé otra caja.  
(Saca otra de la estantería.)

### ESCENA XVII

DICHOS y el BARÓN, que entra muy agitado.

BARÓN. Don Ruperto, ¿ha visto usted  
lo ocurrido?

RUPER. De eso hablaba.

BARÓN. ¿Tiene usted más medias?

RUPER. Todas  
las que á usted le dé la gana.  
¿Le gustan éstas?

BARÓN. ¡Preciosas!  
Mándelas usted á la plaza...

### ESCENA XVIII

DICHOS y la BARONESA.

BAR.<sup>a</sup> ¿Me he dejado la sombrilla  
aquí?

RUPER. Sí, señora.  
(Entregando á la Baronesa la sombrilla, que habrá de-  
jado antes olvidada.)

BAR.<sup>a</sup> ¡Calla!

¿Otra vez tú? ¿Pues qué haces?  
BARÓN. (Turbado.) Nada, hija mía: compraba

más medias... Las amarillas  
me parecían muy claras,  
y he venido, porque éstas,  
como ves, son encarnadas;  
y así tienes los colores  
de la bandera de España.

BAR.<sup>a</sup> ¡Vengan! ¡Qué obsequioso eres!  
¡No hay en el mundo una alhaja  
como tú! Adiós, don Ruperto.

BARÓN. Hasta luego... hasta mañana,  
quise decir.

BAR.<sup>a</sup> (Con intención á don Ruperto.)  
Tenga usted  
las azules preparadas...  
porque de seguro vuelve...  
en cuanto me deje en casa. (Vanse.)

### ESCENA XIX

DICHOS y CARRANZA, apresuradamente, y dirigiéndose al mostrador.

CARR. (A Ruperto.) Dame quinientas pesetas,  
pero en el momento; anda:  
necesito veinte votos  
y hay que pagarlos; despacha.  
(Entra Ruperto en la puerta izquierda.—A Motilón.)  
Y tú, corriendo, al café...  
treinta *bisteks* con patatas,  
treinta raciones de queso,  
treinta botellas de Málaga  
y treinta cafés, con treinta  
gotas... y todo en volandas

al colegio electoral...

Travesía de Moriana.

(Vase Motilón por el foro.)

¡Hoy comen mis electores  
más que en catorce semanas!

RUPER. (Que ha salido con billetes que da á Carranza.)

Nos vas á arruinar, Felipe:

con el dinero que sacas,

no digo yo concejal,

¡se puede ser hasta Papa!

CARR.

¡Qué revolcón va á llevar

el señor Paco! Ese mandria

se figura que con ser

honrado y moral, le basta

para vencer... y no entiende

que siempre en estas campañas

quien no tiene una peseta

se suele quedar á pata.

(A Ruperto.) ¿Vosotros habréis votado?

RUPER.

¿Quién?... Lo que es yo, no pensaba...

CARR.

¿Cómo que no? ¡Pues me gusta!

¡A ver!... y esos papanatas

¿qué hacen aquí? A votar

á escape... (Dándoles papeletas á los tres.)

¡Pues tendría gracia

que por tres votos perdiera

la elección! Cierra la caja, (A Ruperto.)

y andando: ustedes lo mismo.

RUPER.

Pero, entonces, ¿quién despacha

quedando esto solo?

CARR.

Yo.

(Ruperto entra en la puerta de la izquierda.)

Y con noticias exactas  
venid pronto, que os aguardo.

SERAF. Yo ya estoy. (Poniéndose el sombrero.)

LUCAS. Pues por mí, en marcha. (Idem.)

Ahí quedan esas señoras.

CARR. Yo las serviré.

RUPER. (Que ha salido un momento antes, le dice desde la  
puerta del foro:)

¡Carranza!

que yo me lavo las manos,  
que juro en Dios y en mi alma  
que es una barbaridad  
lo que haces.

CARR. Bueno, basta.

RUPER. Que tu negocio está aquí,  
dentro de tu misma casa.

(Vanse los tres, haciéndose mutuamente señas de que Carranza debe estar chiflado. Durante las escenas anteriores ha oscurecido, y Carranza en este momento oprime el botón de la luz eléctrica y se ilumina la escena.)

## ESCENA XX

CARRANZA, CLOTILDE, LAURA. Después NARCISO por el foro.

CARR. (Dentro del mostrador de la derecha, y desde aquí al  
final muy nervioso y distraído.)

¿Conque ustedes lo que buscan  
son abanicos?

CLOT. Y es lástima  
no hallar uno que nos guste.

CARR. ¡Ya lo habrá!

LAU.

¿Y éste, qué marca?

CARR.

(Sin darse cuenta de lo que dice, después de haber mirado la etiqueta del abanico.)



¡Seis mil duros... que me cuesta  
la elección!

LAU.

(Cogiendo el abanico, y asombrada.)

¡Quién lo pensaral

¡Pues yo no le encuentro el mérito!

CARR.

¡Perdone usted! ¡Si no estaba  
en lo que hacía!

LAU.

¡Ah!

CARR.

(Mirando otra vez la etiqueta del abanico.)

Este...

M y H... ¡Tiene gracia!...

Pues no lo sé. (¡Qué vergüenza!)

(Viendo á Narciso en la puerta, y volviendo un poco la  
cabeza.)

¡Ay, don Narciso me salva!

Escuche usted, don Narciso,

- M. y H, ¿cuánto marca?
- NARCI. (Sin moverse de la puerta.)  
Diez pesetas. Si la H  
está después, no hay rebaja;  
es lo que nos cuesta... vamos  
lo que le cuesta. (Mirando al balcón.)  
¡Ay, me ama!  
¡Que me ama, don Felipe!
- CLOT. ¿Y éste? (Por otro abanico.)
- CARR. (A Narciso.) ¿Jota entrelazada  
con la R?
- NARCI. ¡Cinco duros!  
Han llegado esta semana.
- LAU. ¿No los tiene usted de blonda?
- CARR. Sí, señora... ¿Dónde estaban?...  
Don Narciso... ¿los de blonda?...
- NARCI. Están en la quinta tabla.  
(Muy contento y figurando que habla con su novia.)  
¿Que suba otra vez? ¡Monísima!
- CARR. No suba usted, que hace falta.
- NARCI. Hasta luego. (Sin hacerle caso, desaparece.)
- CARR. ¡Soy perdido!  
(A las señoras.) Ya sé. ¡Verá usted elegancia!  
(Coge una caja y la abre.)  
Son tirantes... ¡Ay Dios mío!  
Yo no sé lo que me pasa.  
(Coge otra, y la abre.)  
¡Estos son... blonda riquísima!  
¡Digo, no... si son elásticas!
- LAU. (Levantándose.) No se apure usted... otro día  
volveremos con más calma.
- CLOT. Será mejor...

LAU.

Hoy tenemos  
mucho prisa... Hasta mañana.  
(Vanse por el foro.)

ESCENA XXI

CARRANZA, después NARCISO.

CARR.

Estoy á los pies de ustedes.  
Pues con cuatro parroquianas  
como estas dos, no me queda  
vida para despacharlas.  
(Paseándose muy agitado.)  
¡Qué angustia, qué incertidumbre!...  
No, la verdad es que tardan...  
Si triunfo, no cabe duda,  
la satisfacción me mata;  
y si me derrotan, doy  
un estallido de rabia.  
¡Arruinado para siempre!  
No, no; ¡si está trabajada  
la elección con un acierto  
y con una diplomacia!...  
Yo, de mi puño y mi letra,  
para que no me engañaran,  
puse mi candidatura,  
la repartí por las casas,  
y escribí las circulares,  
exponiendo mi programa:  
"Moralidad y... adoquines."  
¡Y esta causa es muy simpática!  
(Asomándose á la puerta.)

Nada, no vienen... Me voy  
aunque deje abandonada  
la tienda... porque el asunto  
es de altísima importancia.  
Yo rogaré á algún vecino...

(Viendo á Narciso que aparece de nuevo y entra en  
escena.)

- ¡Don Narciso de mi alma!  
NARCI. No me quiere... yo creí...  
CARR. ¡Por Dios y la Virgen santa!  
Quédese usted aquí un momento;  
¡vuelvo en seguida!  
NARCI. ¿Qué pasa?  
CARR. Mi elección... estoy inquieto...  
ya debe estar terminada...  
NARCI. Vaya usted tranquilo, que  
yo me quedo aquí de guardia.  
(Vase Carranza precipitadamente.)

## ESCENA XXII

NARCISO, que en cuanto se va CARRANZA, empieza á hablar por  
señas con su novia: aparece el POBRE 2.º

- POBRE. ¡Señorito, una limosna  
al ciego!  
NARCI. ¡Ay, una cartal! (Mirando al balcón.)  
Allá voy. (Al pobre.) Eche aquí un ojo.  
¡Vuelvo pronto... no se vaya! (Vase.)  
POBRE. ¡Que eche aquí un ojo, Dios mío...  
qué más quisiera mi alma! (Vase.)

ESCENA ULTIMA

Salen muy alborozados, abrazando á CARRANZA, DON JOAQUÍN,  
DON RUPERTO, SERAFÍN, MOTILÓN. A poco NARCISO.

- RUPER. Sí, hombre, sí, enhorabuena...  
Un abrazo.
- CARR. (Conmovido.) ¿No me engañas?  
¿Pero es posible?
- RUPER. Es posible.
- CARR. ¡Dios escuchó mis plegarias!  
Serafín, Lucas, Ruperto... (Los abraza.)  
Mi esposa... voy á llamarla...  
(Se dirige á la izquierda.)
- RUPER. (Deteniéndole.) Espera... Como yo y todas  
las personas que te tratan  
sabíamos que iba á ser  
la ruina de tu casa  
el que salieras triunfante,  
mi enhorabuena te daba  
porque has quedado vencido  
y derrotado.
- CARR. (Desvaneciéndose.) ¡Ay... me faltan  
las fuerzas... no puedo más!  
(Entra Narciso, y con los demás, acude á Carranza.)
- RUPER. ¿Qué es esto?... ¡Que se desmaye!  
¡Felipe!
- NARCI. ¿Qué ha sucedido?
- JOAQ. (A Melitón.) Corre, trae un vaso de agua.
- RUPER. No... que traigan un bastón  
de teniente alcalde, para  
ponérsele en las narices  
á ver si vuelve. ¡Carranza! (Llamándole.)
- CARR. (Volviendo en sí.) ¡Ay! ¡No temas que pregunte

dónde estoy, como en los dramas!  
¡Ya sé que estoy en mi tienda,  
que tendré que traspasarla,



- JOAQ. que me he quedado arruinado!  
¡Pobre señor, me da lástima!
- RUPER. (Con energía.) No hay tal pobre, ¡qué demonio!  
(A Carranza.) Tu mujer, que es una santa,  
y yo, que le ando muy cerca,  
hemos cuidado con maña  
de exagerarte el estado  
financiero de tu casa,  
y trabajando con fe  
aún podremos levantarla.
- CARR. (Abrazando á Ruperto.)  
¿De veras? ¡Dios te lo premie!  
¡Me vuelves al cuerpo el alma!  
¡Pero habré tenido votos!
- RUPER. No te sirven para nada;  
que en tu fiebre concejil,

y llevado por el ansia  
del triunfo, en las papeletas  
has puesto... mira:

(Enseñándole una de las papeletas.)

“Carranza

y Compañía...” ¡Este nombre  
en el Censo no constaba!

CARR.

(Llevándose las manos á la cabeza.)

¡Derrotado... y en ridículo!

¡No he podido hacer más planchas!

¡La lección ha sido dura,

pero sabré aprovecharla!

(Como tomando una resolución.)

Desde hoy, ¡muera la política!

¡Aquí no ha pasado nada!

NARCI.

(Impaciente, porque al principio de esta escena Motilón  
habrá cerrado la tienda, para que los transeuntes no se  
enteraran de lo que en ella ocurría.)

Ruperto, que abran la tienda,

que si mi novia me llama...

RUPER.

Tenga usted paciencia, joven.

Ya la abriremos mañana

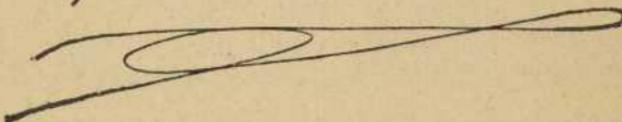
(Al público.) si tan ilustre senado

no protesta ni se enfada,

y de este humilde sainete

perdona las muchas faltas.

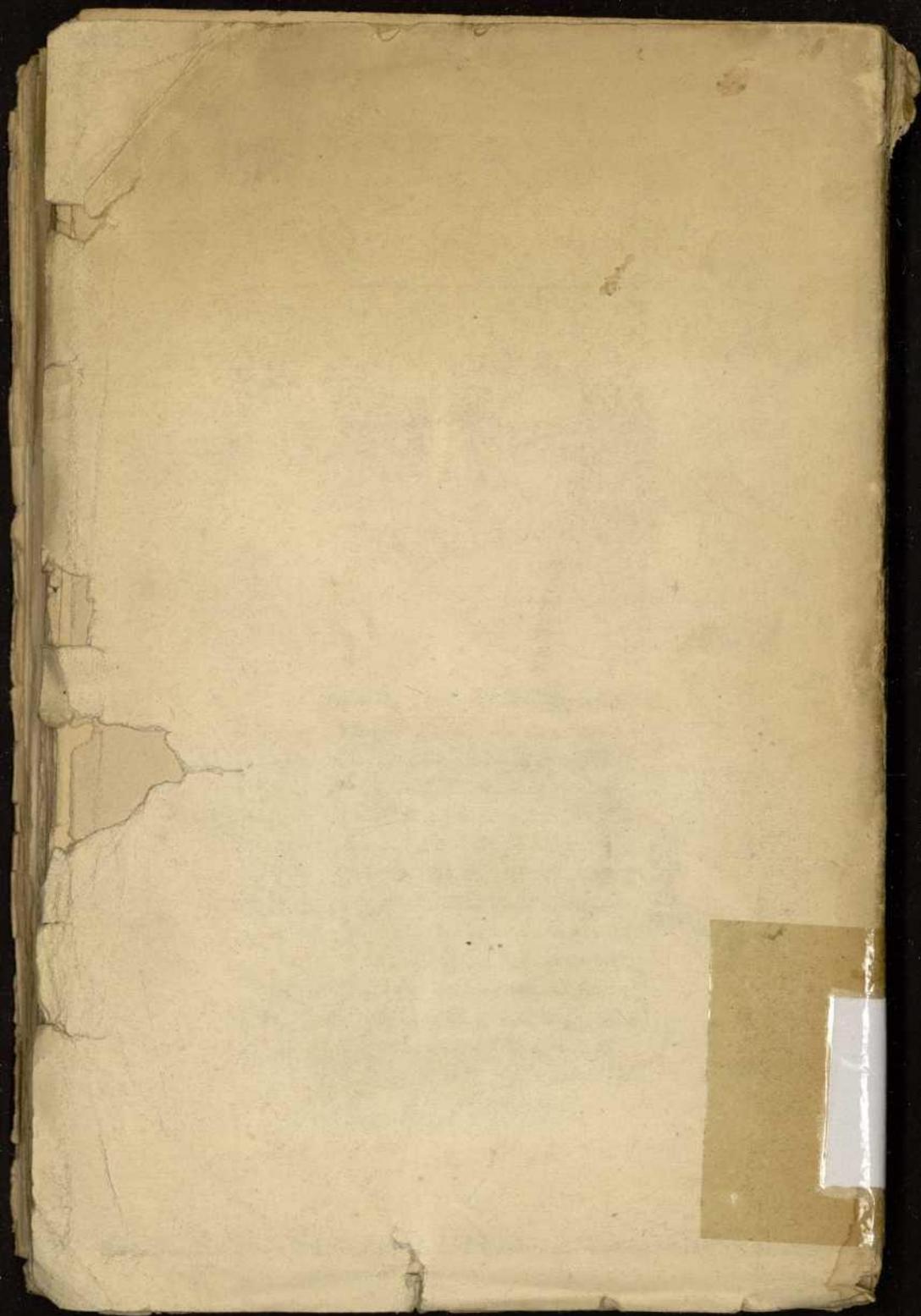
Tomás Lucero



B.P. de Soria



61174458  
DR 4406



Tomás  
Luceño

---

FEA T R O C O S I D O  
E S C O S I D O

DR

4486